

PEDRO CASALDÁLIGA

Obispo de São Félix do Araguaia,
Mato Grosso (Brasil)

Experiencia de Dios y pasión por el pueblo

Escritos Pastorales

Prólogo de Alberto INIESTA

Editorial SAL TERRAE

ÍNDICE

Prólogo, por Alberto Iniesta

Presentación en diálogo, por Teófilo Cabestrero y Pedro Casaldáliga

AL PASO DEL PUEBLO

1. Nuestra Iglesia: Pueblo de Dios en el sertão»

2. Carta mensual al pueblo de nuestra Iglesia

- Fermento en la masa
- Siempre quedan Dios y el pueblo
- El gran Animador de las comunidades
- ¿Para qué tantas reuniones?
- Palabra de orden: Participar
- Como el río, la vida sigue
- Puebla
- Cómo queremos la Iglesia de América Latina
- El papagayo reza mal
- Toda nuestra vida es un Adviento
- Pero, ¿cuándo es Navidad?
- La dura Cuaresma del pueblo
- Vía-Crucis de Jesús, Vía-Crucis del pueblo
- Pascua, vida nueva
- Junio: El Santo y los Santos
- María: muchos títulos y una sola gloria
- Mes de los muertos, mes para los vivos
- Nuestras familias son también sagradas
- Ha muerto el Padre Francisco Jentel
- Semana del Indio
- Día de los trabajadores
- Muere un compañero para que el pueblo viva
- Entre la cruz y la cárcel
- Día de los Negros
- Santas Misiones, Viento de Dios

3. Cartillas Pastorales de nuestra Iglesia

- Dios en la vida del pueblo
- Nuestro Catecismo
- Iniciación popular a los Sacramentos
- Bienaventuranzas del Pueblo Cristiano

ESPIRITUALIDAD Y MISIÓN

1. ¿Qué es para mí la experiencia de Dios

2. Cuestionario radiofónico sobre Jesucristo

3.. Convertirse

4. Los rasgos del hombre nuevo

5. La Misión como diálogo y pobreza

6. Dar la vida por las ovejas

7. Una nueva Vida Religiosa

8. María de nuestra liberación

9. Pastoral de los grandes Santuarios

10. Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina

SOLIDARIDAD Y MENSAJES

1. Compromiso ecuménico con los pobres

2. Seamos comunicación

3. Lo que siento ahora de aquellos Cursillos de cristiandad

4. Servidores del alma humana

5. La Ciencia y la Técnica al servicio del pueblo

6. Mensaje al mundo sardanista

7. A todos los indios de Roraima: Resistid unidos

8. A la Iglesia y al Pueblo de Guatemala

9. Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño

10. A vosotros, que sois en Nicaragua "Ministros de Dios y Ministros del pueblo"

11. Juicio por un obrero asesinado

12. Nuevo mártir de la tierra

13. Leónidas Proaño, profeta silencioso

14. Méndez Arceo, pastor de fronteras

15. Dom Pires, obispo negro y militante de la paz

16. Con los pescadores de la Isla de Vieques

17. Alvear y Sila Henríquez, pastores fieles de la Iglesia perseguida de Chile

18. En el martirio de Monseñor Romero

19. Arturo Rivera y Damas, sucesor de un profeta mártir

MEMORIA SUBVERSIVA

1. Los indios crucificados: un caso de martirio anónimo colectivo

2. Camilo Torres es una causa

3. Monseñor Angelelli, un mártir prohibido

4. Oscar Arnulfo Romero

Prólogo

¿Podría un rruiseñor ser director de orquesta?

*¿Es pensable un delfín que hiciera
de capitán de barco?*

¿Serían los poetas buenos guardias de tráfico?

¿Podría un profeta ser obispo?

¿O un obispo profeta?

*Muchas veces me he hecho esta pregunta,
sin encontrar respuesta.*

*La respuesta la tiene el lector en este libro
o, mejor, en la vida que él refleja.*

*Casaldáliga es, de una pieza,
un obispo, un profeta
y hasta poeta y rruiseñor del amor y la vida,
de la vida y la muerte,
de la muerte y de la Resurrección.*

Cuando me pidieron este prólogo, no pude por menos que exclamar, "a bote pronto", que de hacerlo sería algo así como si un pobre borrico tuviera que presentar ante el hipódromo a un pura sangre de carreras. Pero ante la insistencia, cedí, pensando que también una burra profetizó una vez como servicio a un profeta, Balaam. Aunque a mí no hizo falta que me propinaran, como a ella, una paliza para convencerme.

¡Curioso profeta este Dom Pedro, que no siendo "profeta en su tierra", desde lejos -¡desde tan lejos, y sin una fisura en el tiempo, sin una escapada, sin una escapatoria, sin una breve vacación!- profetiza y evangeliza no solamente América, sino a sus mismas tierras antiguas de Cataluña, de España y toda Europa!

¡Curioso obispo que, no queriendo brillar con las pompas del oficio, viviendo proletariamente su episcopado, desmitificando y "desmitrando" su presencia y su apariencia, va esculpiendo, con la pluma, la vida y la palabra; con la sangre, la paz y la paciencia, la figura del buen pastor del siglo XX, del obispo de siempre para hoy, que recoge lo más puro del venero, lo permanente de la antigua -que no vieja- Tradición, para encarnarlo de manera original y originaria en su tierra y en su tiempo, en su Iglesia y en su pueblo, en su mundo y en su historia!

¡Curioso este maestro, popular y sencillo, que no quiere subirse a altas cátedras para enseñar a su comunidad; que sabe que en los fieles el Espíritu es el único que mantiene y aviva la llama de la fe, y que el predicador no es más que un eco de la Voz que clama en el desierto, pero que se ha convertido, sin quererlo, en maestro de fieles y de obispos, en luz que alumbra desde la Iglesia nueva y luminosa, la Iglesia joven latinoamericana, virgen, fuerte, mártir, evangelizada hasta anteayer y ahora evangelizadora de las viejas iglesias, las grandes cátedras y las antiguas catedrales europeas!

Pero no necesita elogios Casaldáliga. Sí necesita -y sólo- comprensión y compasión; no conmisericordia. O, mejor dicho: somos nosotros los que necesitamos comprender su mensaje, traducir su voz, entender su evangelio. Somos nosotros los que necesitamos compartir su pasión, su amor y su dolor por Cristo y por su pueblo; por su Cristo en el pueblo; por su pueblo, en el que Cristo transvive su pasión, se transfigura y transverbera, se agoniza, se muere, se resucita; y no se asciende ni se va, sino se queda, se siembra, se comunica y se contagia, camina con nosotros hacia Emaús, y entra, se

sienta, descansa, nos habla y parte el pan...

Esa pasión y compasión, esa vocación y convocación es para todos, y en todos los caminos es gritada; por supuesto. Pero el Espíritu ha querido, en su amorosa y misteriosa providencia, rasgar de cuando en cuando el velo del misterio un poco más; hacer brillar con especial relieve algún jalón, alguna encrucijada, algún suceso de la historia del Reino y del Reino en la historia: Hipona o la Porciúncula, Subbiaco o Manresa, Tammanraseth, Memphis, San Salvador o Mato Grosso... Agustín y Francisco, Benito, Ignacio y Charles de Foucauld, Luther King, Romero o Casaldáliga y tantos otros, fueron prendidos por el fuego del Espíritu para que ardieran por la Iglesia y por los hombres, fueran luz y calor que encendiera a los tibios y orientara a los ciegos. Y a los demás, nos queda aprovechar esas bengalas que rasgan con sus luces las tinieblas, para encontrar otra vez el buen camino, siguiendo a Jesucristo tras sus huellas.

Yo he encontrado en este libro, como en otros escritos de Pedro Casaldáliga, esas luces y estrellas que orientan, como a la caravana de los Magos, hacia la cueva de Belén, lugar de nacimiento de la Iglesia e impronta para siempre de su estilo, el pobre Cristo de los pobres, el Dios que nos llama desde el pueblo, en los humildes, los sencillos, los marginados y oprimidos. Dios grande, Dios eterno, Dios rico y poderoso, que está en todas partes, desde las altas galaxias hasta las minas de oro y de brillantes de la tierra, se aparece solamente en un niño tan pobre y marginado que nace en una cuadra. Quizá sea esto y sólo esto el gran secreto, la gran riqueza de estos hombres cuyas palabras tienen la fuerza misteriosa de decirnos, como el Señor a Lázaro: "¡Levántate y anda!". Tengo la convicción de que este libro levantará a muchos de su siesta o de su muerte, y les empujará al camino de Belén... o de Belem!

Alberto Iniesta

Madrid, 1983

Presentación en diálogo

Es quijotesco venir a este Mato Grosso preamazónico del Brasil, a meterse en el archivo de la Prelatura de São Félix do Araguaia con la pretensión de que el mismo Pedro Casaldáliga seleccione un puñado de sus escritos pastorales, los ordene, los traduzca, los titule...

El archivo es sencillo y pobre, pero inmenso.

Y Pedro es obispo (y ejerce de cura) en un territorio de 150 mil kilómetros cuadrados, con problemas de graves emergencias y una pastoral de movilidad y trato directo con el pueblo de indios, posseiros, peones de haciendas y peones sulistas. Las gentes y los problemas vienen a "Dom Pedro" y "Dom Pedro" va a ellos sin compases de espera. Sería milagroso, "sería un pecado", dice Pedro, fijar en la agenda del obispo un tiempo prolongado libre de afanes pastorales, ajeno al día a día. Si se le pesca en São Félix, el trabajo se interrumpirá cuantas veces el obispo sea requerido, dentro o fuera del poblado, y siempre que entre en casa un ser humano; y entran muchos: saludan, conversan, informan, gestionan...

Hay que someterse a los límites que imponen el clima y la pobreza de este lugar, desde el calor y los mosquitos (excesivos, insaciables), a la carencia de medios y a la casa pobre de despensa pobre en territorio de gentes pobres.

Si queremos un libro con escritos de Pedro Casaldáliga, hay que venir aquí a hacer en 3 semanas el trabajo que en un medio desarrollado y confortable programaríamos para 3 meses. Así se hacen las cosas en el sertão. Quijotesicamente. Misioneramente.

- No hubiera publicado yo este libro de escritos si alguien -impertinente como tú- no me los hubiese pedido con insistencia y no viniese personalmente a prepararlos aquí conmigo, haciéndome incluso de mecanógrafo disciplinado. Sólo seleccionar en el archivo, sospechar desde aquí lo que podía o no podía interesar en otros mundos, traducir de este portugués popular y pasar a copias pulcras, ya era para mí un desafío difícil de torear. Me pedías en febrero que adelantase el trabajo para cuando volvieras en agosto y ya ves que no he podido hacer absolutamente nada.

Me mira, Pedro, a punto de confesión:

- Creo que escribir ha sido siempre una especie de carisma mío. Me gusta, me sale, necesito ejercitarlo. Creo en la Palabra de Dios y en nuestras palabras para comunicar la Buena Nueva. Siempre me ha parecido el escribir un don apostólico y yo se lo he agradecido a Dios desde mis años de seminario y en mis tiempos de cura joven. Cultivé, incluso, la literatura con una dedicación entre amada y prohibida; ya sabes que la literatura no se veía bien en aquellos viejos tiempos de formación ya idos. Creo que, de hecho, renuncié a la literatura como tal. Renuncié más concretamente a la poesía. No deja de ser otro celibato por el Reino. Venir a un país de otra lengua y a este confín de la tierra que es el Mato Grosso, parecía obligar definitivamente a esta renuncia. Sin embargo, he seguido escribiendo, ya sin mayores literaturas. Para este pueblo, en nuestra Iglesia, al calor de esta América Latina. Normalmente en portugués o conjugando las tres lenguas, con las limitaciones inherentes. El catalán, cuando hablo con mis raíces. El castellano, para los amigos de España y de América Latina o cuando me lo piden algunas revistas o lo exige un acontecimiento de la Iglesia o del pueblo del continente. Y el portugués, en este cada día de nuestro pueblo. En el Diario, como me sale; las tres lenguas se alternan como pájaros de una sola jaula.

Por los años 50 y 60, el padre Casaldáliga escribía guiones radiofónicos para varias emisoras españolas; le publicaban libros de poemas; dedicó un libro a la Virgen (Nuestra Señora del Siglo XX); y dirigió en Madrid una "Revista de testimonio y esperanza" llamada "Iris". En 1968 lo dejó todo y se vino a este doliente e ignorado Mato Grosso.

Esta casa del obispo de São Félix es una más entre las casas sencillas del lugar. Es de tosco ladrillo, sin revocar. Tiene entrada, sala intermedia, cocina y tres cuartos estrechos idénticos: sin puerta, una cortinita, una mesa de 50 por 35 centímetros entre dos camas bajas. En una de estas camas duerme el obispo. Sobre la cama tiene un cartón con fotografías (de diarios o revistas) de Dom Romero, el obispo Angelelli, los padres João Bosco, Rodolfo Lunkenbein, Francisco Jentel, el

Hermanito Mauricio (matado en la tortura) y los mártires claretianos y los indios siempre mártires; el collage de fotos está coronado por una mazorca de maíz dorado. También tiene, en la pared, dos palmos de tela de saco cosidos de ribetes rojos, como fondo de una rama en forma de cruz que sostiene un collar indio; debajo, como un estallido primaveral, la palabra "pascua" que le ha pintado estos días Cerezo Barreda, hermano y amigo común. Tiene otras cosas sobre los ladrillos de la pared ("Oikumene"; la tela dedicada por "el Equipo pastoral Huacarajé" de Bolivia). Y la entrada de la casa y la sala común muestran también objetos indios, negros, fotos, afiches, tallas, postales de toda América Latina y un banderín polaco de "Solidaridad".

Detrás de la cocina está el patio, como en las casas del lugar. Primero, un cobertizo de paja que cobija el pozo del agua; hay un tablón de árbol cortado en canal, sobre el que cada miembro del equipo y cada visitante o persona de paso, sea mujer u hombre, incluido el obispo, lava su ropa. Y hay un tabladillo con barreños grandes para fregar.

El terrenito tiene un enorme cajá que estos días suelta su flor y lanza la hoja. Y tiene un mango, bajo el cual está la capillita o espacio de oración abierto al aire, al sol, al campo; con bancas de troncos, plantas, una tabla con un Cristo ("Eu sou a vida") y una urnita montañera con la foto de una talla mariana de Pérez Esquivel.

Al fondo del patio está la rudimentaria letrina, común por estos pagos.

Alrededor de la casa hay plantas, cactus, flores; fruto de tantos cubos de agua a lo largo de la seca...

Esta casa del obispo y del equipo pastoral siempre está abierta y por ella pasa el pueblo. Veo llegar personas de São Félix y de otros poblados, miembros de los equipos de pastoral (algunos con sus hijitos); indios como Carlos, el joven jefe karajá que reconquistó la tierra de su aldea en Luciara, y Timoteo, el tapirapé que trae a su esposa sangrando al hospital; enfermos (indios karajá con tuberculosis, su enfermera Angela con hepatitis), ancianos en busca de la libreta de jubilados, el pobre alelado que viene a tomar algo, colonos a concretar casamientos... Cualquiera día, en cualquier momento, se presentan políticos de la región, periodistas, un Mayor militar (nervioso) a cumplimentar al obispo, visitas del Brasil, de América Latina, de Europa... Los niños entran y salen como por su parque y merodean las gallinas de la vecina (el gallo nos canta, desafinado y cruel, a las 4 de la madrugada al pie de nuestras camas). Y pasan las vacadas. Suenan los tambores desde el colegio, ensayando el desfile del Día de la Patria... (No se puede cerrar porque te asfixias, pero abierta, esta casa es del viento que nos cubre de polvo).

Quien entra en casa es invitado a beber (café si queda -"ya sólo hacemos un termo, se ha puesto carísimo"- o té de yerbas o agua del filtro de barro), a desayunar o a comer o a dormir, mientras hay comida y lugar; tienden las redes, ponen colchoncillos en el suelo y cabe gente. "Es la casa de la suegra", me dice Pedro.

También veo llegar, por el correo, libros, revistas, diarios atrasados, boletines, folletos, cartas de todo tipo y lugar, en grandes cantidades: seminaristas que escriben a Pedro, felicitándole, rogando orientación vocacional o pidiendo venir (desde Vigo, México o Río de Janeiro); promociones de fin de carrera que lo designan padrino de su graduación en universidades del Brasil; peticiones para ir a dar retiros a diferentes diócesis; Pérez Esquivel pide solidaridad y oración para Justicia y Paz del Uruguay; comunidades eclesiales de base; notificaciones de conflictos de tierras, ahora del norte de Goiás y de Porto Alegre, en la misma Prelatura de São Félix, con quemas de casas y labradores huidos a ocultarse en la floresta; un periodista preso le pide a Pedro que lo visite; personas que buscan inquietamente a Dios y un cura alemán a quien le robaron un cheque que traía para la Prelatura; las muchas comunicaciones de la CNBB, las solicitudes de colaboraciones y las invitaciones para que Pedro vaya a diversos países y congresos: encuentros de Solidaridad con Centroamérica, en México; Congreso Mundial de Líderes Religiosos contra las armas nucleares, en Moscú; Festival Internacional de Teatro, dedicado a América Latina, en Francia... (Desde el día 26 de enero de 1968, en que llegó al Brasil, Pedro Casaldáliga nunca ha salido del país a causa de la represión).

En esta casa abierta, con ese ambiente de bulliciosas interrupciones apostólicas, preparamos esta selección de escritos. Y es aquí, al ver pasar el pueblo y ver llegar el mundo en todo ese correo, donde se cobra idea cabal de lo que escribe Pedro Casaldáliga y de por qué, cómo y para qué lo escribe. Su poesía, su Diario, los artículos, cartas informes, denuncias, mensajes y declaraciones, sus "Misas".

No murió el escritor. Se hizo pastor sertanejo. Ha empuñado la palabra popular, el canto cotidiano de la lucha y la esperanza de su pueblo, y une su mano y su voz a tantos silencios, gritos, dolores, rezos e himnos de las Iglesias hermanas,

de los pueblos vecinos y de los hombres todos. América Latina nos devuelve al escritor Pedro Casaldáliga encarnado en las esencias de este mundo del Araguaia, este reino de la bondad y la hermosura en resistencia y en cruz frente a la codicia hecha sistema (económico-político-militar, nacional y multinacional), devastador, mortal, injusto. Siguiendo a Jesús, aquí ha empuñado Pedro Casaldáliga su evangélica pluma de pastor y de profeta del Reino.

En diálogo, presentaremos las cuatro partes de esta selección de sus escritos pastorales.

Teófilo Cabestrero
Pedro Casaldáliga

São Félix do Araguaia,
Septiembre de 1983

Al paso del pueblo

En una nave rectangular de blancas paredes lisas, donde la luz amarillea por los vidrios de las ventanas, hay banquitos bajos sin respaldo en torno a un altar de madera estriada ("del árbol de la quina"). De esa misma madera son unas columnas que asemejan largos brazos de venas hinchadas y tensas; y el atril de la Palabra y el pedestal del cuadro de la Virgen. Hay "potes" de barro karajás con plantas, una estera karajá y cestas tapirapé como lámparas en las bombillas. Al fondo, en una falsa pared, el mural de Cerezo Barreda: personas de este pueblo (un indio, un negro, campesinos, una mujer, un niño) cargan la pesada cruz: y tira del pueblo Jesús Resucitado, luminoso y fuerte, por entre las cercas alambradas. Al otro lado del mural, un espacio de oración con doce troncos en torno al sagrario; y aquí también la pila bautismal, un gran pote karajá de barro. Estamos en la catedral de São Félix, el obispo y yo. Anoche estaba el pueblo (el que conscientemente es "pueblo de Dios", un "resto" del pueblo), clausurando la Novena a la Patrona, la Asunción.

A esta iglesia le viene grande el nombre de "catedral", pero así la llama el pueblo y como tal fue consagrada en 1975 por el cardenal Aloisio Lorscheider, quien quiso venir como presidente de la CNBB a solidarizarse con el obispo de São Félix, perseguido por la represión.

De entonces data el primer texto de este capítulo que reúne escritos pastorales al pueblo cristiano de São Félix.

- Ese primer texto es la catequesis que hicimos para que el pueblo entendiese lo que significa la iglesia-catedral, eje de las otras iglesias de la Prelatura y símbolo de nuestra Iglesia, este "pueblo de Dios en el sertão". Escrito en 1975, es como la primera de una serie de "cartillas" catequético-pastorales que hemos venido creando luego. Las presentaciones de algunas de ellas están recogidas en esta selección, después de 26 cartas de las que yo escribo cada mes al pueblo en nuestro boletín «Alvorada».

- ¿Y antes de 1975?

- ¿Antes? Primero yo no era obispo y sólo un obispo podía hablar alto en aquel entonces en el Brasil. El día de mi consagración episcopal, el 23 de octubre de 1971, lanzamos la única carta pastoral voluminosa que he escrito: *Uma Igreja da Amazônia em conflito com o Latifundio e a marginalização social*. Fue editada clandestinamente. Hacía la descripción socio-cultural del pueblo de nuestra Iglesia, apuntaba las justificaciones teológicas de nuestra misión profética y denunciaba con nombres, cifras y lugares, las injusticias y violencias del latifundio multinacional y de la política de la Seguridad Nacional, así como la falta total de infraestructuras de salud, educación y comunicación en que el pueblo vivía abandonado, y la lucha desesperada de nuestros indios y labradores. No era una carta pastoral para mi Iglesia, era el grito de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia a toda la Iglesia del Brasil. En esa carta, yo y nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia tomábamos decidida posición.

Después ya, mis cartas pastorales han sido estos casi cotidianos recados al paso de nuestro pueblo. En estas cartas mensuales hago eco pastoral al momento que el pueblo vive por una persecución, por la celebración de una fiesta, con ocasión de las elecciones... Miro de ambientar de un modo comprometido la Cuaresma, la Navidad, todos los tiempos litúrgicos, las fiestas del calendario universal y del calendario particular de nuestra Iglesia, porque consideramos santos de casa al padre Francisco Jentel, al padre João Bosco, al labrador Raimundo...

Siento que esas cartas son catequesis, charla, diálogo directo. Son breves, incluso porque nuestro pueblo no es de mucha letra impresa. Son más cortas que la carta de Pablo a Filemón... Me ciño a algunas ideas fundamentales. En un lenguaje gráfico, casero, que es difícil de traducir y no sé cómo será entendido en otras latitudes.

"Alvorada" es una docena de folios mimeografiados y cosidos con una grapa. En Brasil ha cobrado importancia el fenómeno de la comunicación por los boletines y hojas mimeografiadas. Se ha hablado de "la Iglesia del mimeógrafo" y algunos centros de sociología y comunicación han analizado estos instrumentos, sus mensajes, su lenguaje, su incidencia religiosa, social y política en el pueblo.

El pueblo de la Prelatura de São Félix se expresa y se comunica por medio de "Alvorada" y en sus hojas denuncia sus problemas y proclama su lucha. En "Alvorada" tiene presencia directa el pueblo desde las comunidades. La represión, en sus mejores tiempos, falsificó varias veces "Alvorada": le pintaron la hoz y el martillo, inventaron textos, la enviaron por correo y la mostraron por televisión. El pueblo, con intuición profética, la llama "nuestra Alvorada"...

- Con frecuencia, estas cartas mías en "Alvorada" son leídas y comentadas en las celebraciones y reuniones de los poblados. Espero que no les falte a estas cartas el sello del Espíritu, para que vayan haciendo Iglesia.

1

Nuestra Iglesia:

Pueblo de Dios en el sertão

Estamos inaugurando la catedral de nuestra Prelatura de São Félix do Araguaia. Esta es una fecha importante para todos los que constituimos la Prelatura. Porque la catedral es la iglesia-eje de todas las iglesias de la Prelatura. Santa Terezinha y Casalheira y Santo Antonio y Porto Alegre y todos los poblados y comunidades de nuestra región hacen rueda en torno de São Félix.

Catedral significa "cátedra", "sede": la sede del obispo.

Y el obispo es el nudo y el muelle de una Iglesia. Nuestro obispo es el apóstol y el pastor de toda nuestra Prelatura.

"Donde está el obispo ahí está la Iglesia", decían los antiguos cristianos. Pero el obispo sólo es obispo donde está la Iglesia. Allí donde está el pueblo de Dios, donde el pueblo de Dios vive, sufre, lucha y espera.

Nuestro obispo solito no es nuestra Iglesia. Nosotros todos somos la Iglesia de Dios de la Prelatura de São Félix. Todos nosotros, cristianos esparcidos por esos ríos y florestas y sertões, somos el pueblo de Dios que junto cree y reza y junto lucha y camina, aquí, hoy, en 1975, entre el Araguaia y el Xingú, del Pará al TraveSão...

Esta catedral nueva y nuestra será como el punto de partida para un caminar siempre más decidido, como el mojón y el hito de una vida nueva, como un nuevo arranque de toda la Prelatura de São Félix do Araguaia.

1. PERO, ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

"Iglesia" es una palabra de la lengua de los griegos que significa *el pueblo reunido*. Los primeros cristianos tomaron esa palabra para significar *el pueblo de Dios reunido*.

Después ellos mismos empezaron a hablar de iglesia como del *lugar donde se reunían*. Y la palabra "iglesia" pasó a significar también *el templo*. Por eso nosotros ahora decimos que vamos a inaugurar la "iglesia catedral", y hablamos de "ir a la iglesia" como se va a casa o a la huerta.

La iglesia es, pues, un lugar sagrado, una casa de oración, el lugar donde los cristianos normalmente se reúnen y escuchan la Palabra de Dios y celebran la eucaristía. La iglesia es la casa de Dios y la casa del pueblo de Dios.

Pero la iglesia es, sobre todo el pueblo de Dios, unido en la misma fe, en el mismo bautismo, en la misma lucha por la justicia, en la misma esperanza de liberación, en un mismo caminar hacia la Casa del Padre. La iglesia es el pueblo de los cristianos.

Hay una iglesia hecha de materiales: piedra, ladrillo, barro, madera, paja, lámparas, imágenes, cruz, altar... Y hay una iglesia hecha de personas vivas, que somos todos nosotros, los bautizados en Jesucristo, los que intentamos vivir el Evangelio.

La iglesia es el pueblo de Dios.

Nosotros somos la Iglesia.

2. LA IGLESIA DE JESUCRISTO

Dios amó tanto al mundo que, para librarlo del pecado y de la esclavitud, envió su propio Hijo al mundo (Juan 3,16).

Y para nuestra liberación, Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nació pobre y trabajó como un pobre carpintero, y predicó la Buena Nueva del Evangelio a los pobres y oprimidos, y luchó contra los falsos y opresores, y fue condenado como subversivo y murió clavado en la cruz.

Pero El resucitó glorioso y vive para siempre, y es nuestra Vida y será nuestra Resurrección.

Jesús, sin embargo, no vivió en la tierra para permanecer solo y solito marcharse. El vino "para reunir a todos los hijos de Dios que estaban dispersos" (Juan 11,52).

Y realmente hizo eso. Empezó juntando un grupo de amigos, de entre ellos escogió 12 y los hizo *apóstoles* o mensajeros suyos. Y envió a todos esos amigos por el mundo para predicar el Evangelio y reunir el pueblo de Dios.

María, la madre de Jesús, esos apóstoles y amigos suyos formaron *la primera comunidad de la iglesia*, allá en la tierra de Jesús. Y *todos los otros cristianos que después nos unimos a ellos*, en cualquier lugar y en todo tiempo, bautizados, creyendo en el Evangelio y viviendo la vida de Jesús, *vamos formando la Iglesia de Jesucristo*.

Una sola Iglesia, ayer y hoy y mañana. En la tierra y en el cielo: o caminando todavía o ya feliz en la gloria. La Iglesia Católica o universal. Un solo Pueblo de Dios.

La Iglesia de Jesucristo es el Pueblo de Dios esparcido por el mundo entero.

3. IGLESIA PARTICULAR

Toda la Iglesia esparcida por la tierra es *la Iglesia universal*. Pues bien, cada Diócesis o Prelatura, que es también esa Iglesia universal, es una *Iglesia Particular*.

El conjunto de las Iglesias Particulares, todas las Diócesis o Prelaturas del mundo, son la única Iglesia de Cristo.

Cada Iglesia Particular es verdadera Iglesia; como cada hijo de una familia es familia. Pero cada Iglesia Particular es diferente de las otras Iglesias; como cada hijo de una familia es diferente de los otros hermanos.

Cada Iglesia Particular es un pueblo, que está en un lugar del mundo, y vive en una época, y tiene su aire de vivir la fe, y debe tener su propio testimonio en las luchas y en la esperanza.

Cada Iglesia particular tiene su obispo, que es su pastor. Y la Iglesia toda tiene un pastor universal, al servicio del Buen Pastor y de todo el rebaño, y haciendo la unión de todos los otros obispos.

El Papa, sucesor de San Pedro, es ese pastor universal. Los obispos, sucesores de los otros apóstoles, son los pastores de las diferentes Iglesias Particulares.

San Pedro fue el primer Papa. Ahora el Papa es Pablo VI. Los apóstoles fueron los primeros obispos. Nuestro obispo ahora es el padre Pedro.

Aquellos primeros cristianos, según podemos leer en el Nuevo Testamento, formaron las iglesias de Jerusalén, de Roma, de Corinto, de Éfeso... Otros cristianos, más tarde, formaron la iglesia de Hipona, en África. Otros, después, la iglesia de São Luís do Maranhão. Y nosotros ahora formamos la iglesia de São Félix do Araguaia.

4. LA IGLESIA PARTICULAR DE SÃO FÉLIX DO ARAGUAIA

Nuestra región del norte del Mato Grosso y toda la isla del Bananal, del Araguaia hasta el Xingú y del Pará al TravesSão de San Rafael, en el río de las Muertes, constituye una Iglesia Particular. En un área de 150 mil kilómetros cuadrados.

Hasta el año de 1970, esta región, como Iglesia, dependía de Conceição do Araguaia, de Cristalândia y de Guiratinga.

Pero el día 25 de julio de 1970 fue erigida esta nueva Prelatura. Y el día 23 de octubre de 1971 fue consagrado su primer obispo.

Y ahora somos una Iglesia Particular, con aire propio y ya con un poco de historia. Somos la Prelatura de São Félix do Araguaia.

Una iglesia de familias emigrantes. Una iglesia metida en la lucha y en la esperanza de los indios, de los posseiros y de los peones.

Una iglesia pequeña, al servicio, sin honras y sin poder.

Una iglesia contra el latifundio y contra toda esclavitud y, por eso mismo, perseguida por los dueños del dinero, de la tierra y de la política. Una iglesia en la cual no caben ni los "tiburones", ni los explotadores ni los traidores del pueblo. Porque nadie es pueblo de Dios si aplasta a los hijos de Dios; nadie es iglesia de Cristo si no cumple el mandamiento de Cristo.

Una iglesia que tiene sus pequeñas comunidades desparramadas por esas calles y sertões, a orillas de nuestros ríos, en la floresta, en la sierra, en la carretera.

Una iglesia que quiere caminar con todas las otras iglesias del Brasil, de América y del mundo que caminan en la pobreza y en la libertad del Evangelio.

5. SER IGLESIA, HOY, AQUÍ

Ser iglesia, hoy, aquí, es:

- *Vivir como gente humana.* Exigiendo y defendiendo el derecho de ser humanos. Luchando para que todos seamos iguales. Trabajando en la construcción de un mundo nuevo, hecho de justicia y de libertad. Sin aflojar y sin doblarse ante la miseria o la opresión. Sin querer aceptar, para nosotros o para los demás, morada, trabajo y vida que no sean propios de personas humanas.

- *Vivir como hijos de Dios,* porque somos bautizados en Jesucristo y El nos hace hijos de su Padre.

- *Formar comunidad con los otros hermanos:* amándonos de verdad; ayudándonos unos a otros; no explotando nunca ni mintiendo a nadie; uniéndonos para defender la tierra, la escuela, la salud, la mejora de vida; siendo pueblo del pueblo. Siendo luz y fermento del Evangelio en casa y en la calle, en el trabajo y en las fiestas, en los aprietos y en la alegría.

- *Celebrar la eucaristía,* para recibir la Palabra de Dios, para participar de la Pascua y para afianzar la comunión con los hermanos.

- *Y caminar siempre en la esperanza:* porque Dios es Padre, y la tierra es suya y El nos la da a nosotros; y El nos quiere un día a todos, como hijos, en su Casa.

2

Carta mensual al pueblo de nuestra Iglesia

Fermento en la masa

El equipo pastoral de la Prelatura, en su última reunión, ha decidido promover cada vez más las pequeñas comunidades o grupos de reflexión y de vida.

Estas pequeñas comunidades son como el fermento en la masa de que habla Jesús en el Evangelio. Si ellas crecen en conciencia y en vida cristiana, toda la masa del pueblo de Dios se irá transformando.

La iglesia de São Félix do Araguaia es todo el pueblo de Dios de esta región, y es todo ese pueblo quien hace las celebraciones y participa de los sacramentos. Siempre dentro de aquellas exigencias fundamentales que ya sabemos. Los explotadores del pueblo se excluyen por sí mismos de la comunidad.

La iglesia de las pequeñas comunidades y la iglesia del pueblo en general son una sola iglesia: es el fermento en la masa que hace un solo pan.

- Las pequeñas comunidades son grupos de fe y de acción.

- Esos grupos han de vivir:

- por la reflexión del Evangelio" y la celebración de la fe,
- en el conocimiento de la realidad,
 - en el compartir fraterno de la vida
 - y comprometidos con la transformación del mundo.

- En esas comunidades es donde se profundizará el sentido de los sacramentos y se mirará la manera más apropiada de celebrarlos.

(Marzo de 1975)

Siempre quedan Dios y el pueblo

Voy visitando los poblados de la Prelatura, vuelvo unos días a São Félix, un día celebro misa en una comunidad, otro día en otra. Y después de las celebraciones, escucho muchas veces este comentario: "obispo, cuando hay padre, la iglesia se llena; cuando no lo hay, pues..."

¿Cómo? ¿Si falta el cura falta la comunidad?

Una comadre me contó que en la despedida de una visita a su casa, la hija pequeña escuchaba atenta la conversación de los que se despedían: "ve con Dios", "queda con Dios". La chiquilla preguntó, después: "mamá, ¿Dios se va o se queda?" "Dios se queda y se va, hija mía".

Dios se va con el padre y se queda con el pueblo. El cura no se lleva a Dios dejando al pueblo sin Dios, de ninguna manera.

La comunidad de la iglesia no es el sacerdote solo, somos todos. Cuando hay cura, pues, muy bien. Pero, cuando no lo hay, la comunidad debe continuar reuniéndose con la misma fe y actuando con el mismo coraje.

El cura se va, puede faltar el cura, pero Dios y el pueblo se quedan.

Ya pasaron aquellos primeros tiempos de la Prelatura, cuando todo comenzaba, gentes de lugares diversos, falta de costumbre, un poco de timidez. Ahora no. En cada comunidad hay que celebrar con animación, cada semana, en el domingo, que es el día del Señor. Ya vale de esa excusa floja: " ¡no hay padre! ".

No hay duda que es importante que el sacerdote pase de vez en cuando por las comunidades para celebrar la misa, para ayudar a ejecutar el trabajo eclesial en aquel lugar, para animar a los animadores y a toda la comunidad.

Pero el verdadero animador es el Espíritu de Jesús. El nunca se va. Él no falta nunca en una comunidad que tenga fe y unión.

Jesús nos dijo a todos: "Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí entre ellos".

"Iglesia" significa esto: la comunidad de los cristianos reunida.

Verdad es que reunirse el domingo, rezar y cantar bonito, eso sólo, no constituye la verdadera iglesia de Jesús, hay que caminar juntos durante toda la semana. Pero el domingo nos da la luz y la fuerza para la semana.

El domingo la comunidad se reúne:

- para escuchar la Palabra de Dios;
- para comunicarse unos a otros los sufrimientos de la lucha, los acontecimientos de la vida;
- para alabar al Padre;
- para pedir perdón y pedir ayuda;
- para cobrar coraje y esperanza todos juntos.

Donde hay un puñado de personas de buena voluntad y con fe sincera, no falta la celebración del domingo. Pueden ser poco letrados; siempre habrá alguien capaz de leer la Biblia. Lo que vale es la fe y la unión de la comunidad reunida en nombre de Jesucristo.

La asamblea del pueblo ha escogido como tema para 1981: "¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es la Prelatura de São Félix?" ¿Solamente el obispo y los padres? ¿Las hermanas solas? ¿Sólo el equipo?

Vamos, pues, a demostrar con la vida que la Iglesia de São Félix do Araguaia somos todos nosotros. Y vamos a demostrarlo también cada domingo, reuniéndose la comunidad en cada lugar, para rezar, para escuchar la Palabra de Dios, para reanimarse unos a otros.

Iglesia que reza unida es una iglesia fuerte. "Nuestra fuerza es el Señor", dice la Biblia. "La unión hace la fuerza", dice el pueblo.

Os abraza a todos, en Jesucristo, vuestro obispo y amigo.

(Octubre de 1980)

El gran Animador de las comunidades

Todavía es tiempo de Pascua. Jesús resucitado se aparece a sus amigos, charla con ellos sobre el Reino y los anima a que vayan por el mundo para anunciar la Buena Nueva del Evangelio.

Pero llega el día de la Ascensión, que este año cae el 31 de mayo. En ese día, se vuelve al Padre. Y Nuestra Señora, los apóstoles y los otros amigos se quedan aquí, en la tierra, mirando al cielo con la mayor nostalgia. ..

Jesús lo sabía y se preocupó a tiempo, para que la primera comunidad de los cristianos no se desanimase. El se iba, pero se quedaba. Se quedaba confiándole a su Espíritu la marcha de la Iglesia. El Espíritu Santo sería el gran animador de la comunidad.

La venida del Espíritu Santo fue en la fiesta de Pentecostés, que este año celebramos el día 7 de junio.

El Espíritu Santo animó aquellas comunidades; dio valentía a los compañeros de Jesús para que pudiesen enfrentar las persecuciones; les puso en la boca la palabra de la verdad y en los corazones el fuego del amor.

Es el Espíritu de Jesús resucitado quien ha animado a la Iglesia durante sus 20 siglos de camino.

Quien anima las comunidades es el Divino Espíritu Santo. Él es quien las anima de verdad. Él anima a los animadores, Él anima al pueblo de Dios reunido, Él anima al pueblo de Dios en marcha.

Él es el gran animador, que escoge los animadores y confía en ellos y los apoya en sus tareas. Él sustenta lo que nosotros hacemos. Como el sol fecunda la tierra, Él fecunda nuestro trabajo.

Nuestra Prelatura está celebrando sus 10 años de camino. Sabemos, por la fe, que ha sido el Espíritu Santo quien nos ha animado durante esos años, en las persecuciones, en los fallos, en la pelea de cada día. Si Él nos hubiese faltado, esta nuestra Iglesia sería polvo al viento.

Ahora bien, con ocasión de los 10 años de camino, todos nosotros queremos renovar la vida de nuestra Iglesia. Todos queremos que las comunidades se organicen mejor. Queremos que sea el propio pueblo quien asuma sus responsabilidades. Que los animadores sean más cada día y cada día mejor preparados, en el pueblo, en los lugarejos, en el sertão.

En este mes de mayo, que es el mes de María, siempre llena del Espíritu Santo, y durante la novena de Pentecostés, vamos a pedirle al Espíritu de Jesús que anime de verdad a nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia.

El personal que estaba reunido ahora, en el mes de abril, para estudiar nuestras celebraciones, concluyó que era necesario entrenar mejor a los animadores.

¿Sabéis vosotros quién es el mejor entrenador de los animadores de las comunidades? Es el Espíritu Santo. Él entrenó a Jesús. Él entrenó a la Virgen. Él entrenó a los apóstoles, a los profetas, a los mártires y a todos los santos...

En la confianza de que el Espíritu Santo animará siempre nuestro caminar, abraza a todos, sobre todo a los animadores de las comunidades, este vuestro obispo y amigo

(Mayo de 1981)

¿Para qué tantas reuniones?

Aquí, entre nosotros, el año viejo ha terminado en medio de reuniones y en medio de reuniones ha empezado el año nuevo. Reunión es lo que no falta en esta Prelatura. Los indios tapirapé, bromeando, dicen a veces; "el hombre blanco vive reunionando"...

Tantas reuniones, ¿para qué?

Una reunión sólo sirve cuando sirve para la unión.

Hay que reunirse para conocerse mejor, para hacer juntos el balance del trabajo, para juntos programar los nuevos servicios.

Al fin del año, el equipo pastoral de la Prelatura (padres, hermanas, seglares, obispo) se reunió para ver cómo va la vida y el trabajo del mismo equipo. Para corregirse y animarse unos a otros. Para rezar juntos. Con las informaciones que traían de cada lugar y del sertão. Intentando ver cómo podría el equipo servir mejor al pueblo durante este año nuevo de 1982.

Tuvimos también estudio sobre "Iglesia, Reino y Mundo". Quedó claro para todos que la Iglesia, como Jesús, es para enunciar, celebrar y edificar el Reino de Dios.

Hubo otra reunión importante: la reunión representativa. 19 representantes de las comunidades con algunos miembros del equipo estudiamos juntos cómo va el trabajo de nuestra Iglesia: en la pastoral propiamente dicha, y en el apoyo a las luchas y organizaciones del pueblo (escuela, salud, sindicato, política...). Para asistir a esta reunión, 5 compañeros de la isla del Bananal tuvieron que viajar a caballo 3 días, a veces con los arreos en la cabeza para poder atravesar los ríos.

Pero valió. Y ahora tendremos esta reunión representativa cada año. Cada vez más, los animadores del propio pueblo de la región han de irse tornando el verdadero equipo pastoral de nuestra iglesia.

Quedan, pues, así las principales reuniones de la Prelatura de São Félix do Araguaia:

- Asamblea del pueblo (preparada por las mini-asambleas).
- Reunión representativa (animadores del pueblo y algunos miembros del equipo pastoral).
- Reunión del equipo.

Como todos nosotros somos "iglesia", todos nosotros debemos asumir los trabajos que son de "la Iglesia", su programación y su balance. La Prelatura no es el equipo, somos todos nosotros.

Mucho han de ayudarnos a caminar estas reuniones si las preparamos bien y si participamos de las mismas con sinceridad y con fe. Uno ve, en estos días de lluvia, cómo se espabilan las hormigas de fuego para vencer las aguas. Se juntan, pegadas unas a otras, haciendo una sola masa. Juntos, haciendo comunidad, unidos por el amor de Cristo, venceremos todas las aguas de la persecución, del miedo, del cansancio...

En este amor de Jesús, que nos une y nos garantiza la victoria, os abraza a todos, con mucha amistad, vuestro obispo y compañero.

(Enero - Febrero de 1982)

Palabra de orden: Participar

La inundación no ha sido como temíamos. Y la lluvia y el sol, combinados, con la Gracia de Dios, aún nos van a dar una buena cosecha.

De nuevo, bien o mal, ha empezado la escuela. Y empiezan de nuevo todas las actividades de los clubs y las reuniones. La chiquillería otra vez va al catecismo. Estamos en cuaresma, y las comunidades hacen el via-crucis.

Este año es muy importante para todos nosotros:

- en nuestra vida de fe vamos a tener las Santas Misiones, si Dios quiere;
- en nuestra vida política, vamos a tener elecciones, si los grandes no lo estropean.

En todo eso la palabra de orden es: *participar*. No quedarse fuera, entrar de lleno.

Hay gente que piensa que puede quedarse a solas con su familia. Como si el mundo terminase en la puerta de casa o en el fondo del huerto. Como si no existiese la comunidad. Como si se pudiese vivir la fe en particular, casi a escondidas. Como si la política fuese cosa de los políticos solamente. Y no es así, no.

El cuerpo es un todo que tiene muchas partes: ojos, manos, pies. San Pablo dice que cada parte del cuerpo debe ayudar al cuerpo todo. Cada uno de nosotros es una parte de ese todo que es la Iglesia. Cada uno de nosotros es una parte de ese todo que es la Sociedad.

Así pues, cada uno de nosotros ha de actuar, todos tenemos que participar.

Ya sé que en este año electoral vamos a escuchar a alguien haciendo el jaguar y queriendo meternos miedo; perro ladrando y queriendo impedir el caminar del pueblo.

Mi buena gente: hace ya mucho tiempo que conocemos esos jaguares y esos perros. Mientras rugen, nosotros plantamos; mientras ladran, avanzamos.

La Biblia dice esta palabra de ánimo: "¿Sí Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" No hay persecución, ni Radio Nacional, ni coronel Curio, ni "tiburón", ni cárcel ni muerte que puedan separarnos del amor de Cristo y de la fuerza de la comunidad.

Vamos a participar, hermanos. Vamos a participar de todo aquello que sea movimiento y vida del pueblo. La palabra de orden es *participar*.

Que nadie se quede fuera, como un poste.

En esta unión y con esta esperanza de la Pascua que se avecina, os abraza a todos vuestro obispo y compañero.

(Marzo de 1982)

Como el río, la vida sigue

Nuestra vida es como un río. Puede tener cascadas, brazos, una isla verde, bancos de arena obstruyendo el camino... Pero el río marcha, las aguas siguen rodando.

Ahora todo el Brasil está con las elecciones en la cabeza. Hasta el día 15 de noviembre parece que no hay modo de pensar en otra cosa. Cuando llegan las fiestas de un lugar, toda la población vive de cara a las fiestas. Si es tiempo de vacaciones, los chiquillos sólo quieren vacaciones y nada más.

Está bien. Ha de haber fiesta, elecciones, vacaciones. El día solemne de la inauguración de una iglesia, como fue el día 3 de octubre, aquí en la villa Santo Antonio. De vez en cuando hay un día especial, marcado por un acontecimiento triste o alegre. Todo esto son las islas, los brazos, las cascadas del río de la vida. Pero la vida continúa también durante todos los otros días. Nuestra vida continúa en el día a día de la vida.

Es importantísimo que la comunidad así lo entienda. Comunidad verdadera es aquella que cada semana participa de la celebración. Aquella que tiene catecismo cada semana. Es aquella que tiene la reunión del Evangelio y el estudio de la cartilla pastoral... Es aquella que tiene la reunión de las comadres. Aquella que durante todo el año participa de las reuniones del Sindicato. Aquella que hace buena política durante el año todo y todos los años, no sólo en período de elecciones.

La comunidad verdadera es constante en su cada día, durante todo el año. Porque la vida continúa como un río poderoso.

A veces uno se cansa o incluso se olvida. En esta hora, los animadores han de recordárselo a todos los miembros de la comunidad y convidarlos de nuevo; visitando a las familias, pasando casa por casa la invitación, organizando algún rezo especial, programando una reunión.

Hay días o tiempos que ayudan a reanimar la marcha de la comunidad; por ejemplo:

- El equipo responsable de São Félix ya ha enviado las preguntas sobre la Biblia para la Asamblea del Pueblo de 1983. Es hora de responder.
- El día 28 de noviembre es el primer domingo de Adviento. Será tiempo para reunirse y rezar, preparando la Navidad.
- Este mes de octubre es el mes de los niños. Tiempo bueno para reanimar el catecismo. Para organizar un día con los niños y comprometer a los padres, a los padrinos, a los catequistas, a toda la chiquillería.

No podemos parar, hermanos.

Somos el pueblo de Dios en marcha.

Hemos de participar durante todo el año, cada semana, de las celebraciones, de las reuniones y de las actividades de nuestra comunidad. Hemos de animar a los parientes, a los vecinos, a los amigos, para que ellos también participen.

Agua parada, se pudre; vida que se para, muere. Una comunidad que se detiene, se queda sin vida, se pudre, ya no da testimonio del Evangelio.

Jesús nos asegura que está con nosotros hasta el fin. Nosotros debemos estar siempre con Él y con los hermanos.

En la certeza de que no vamos a detenernos en el camino, os abraza a todos vuestro obispo y compañero.

(Octubre de 1982)

Puebla

La Iglesia de América Latina va a celebrar un acto importantísimo. Del 27 de enero al 12 de febrero, en la ciudad de Puebla, México, habrá una gran reunión de obispos, la tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano.

La primera fue en Río de Janeiro, en 1955. La segunda fue en Medellín, Colombia. Y fue allí, en Medellín, el año de 1968, donde la Iglesia de América Latina, por sus obispos reunidos, decidió ponerse al lado del pueblo oprimido del continente.

Ahora, en estos meses de enero y febrero, será la tercera Conferencia en Puebla. En ella se reunirán representantes de los obispos de todos los países de América Latina: México, Cuba y Las Antillas, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Guyanas, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay, Brasil...

Habrà también un representante del Papa Juan Pablo II que presidirá la reunión; tal vez, vendrá el propio Papa. Quien de seguro presidirá la reunión será el Espíritu Santo.

El tema de ese encuentro será «La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina». O sea, cómo anunciar el Evangelio en esta nuestra América, en los días de hoy y pensando ya en el mañana. Cómo hacer que el fermento del Evangelio de Jesucristo penetre en nuestro pueblo y transforme la sociedad, el trabajo, la política, toda la vida de esta querida América Latina, tan explotada y tan ansiosa de liberación.

La reunión será de obispos, pero a todos nos interesa, porque la Iglesia no son los obispos solamente. Todos nosotros formamos la Iglesia de Jesucristo. La Iglesia de América Latina somos nosotros.

Hemos de rezar mucho para que esa Conferencia de Puebla sea como un nuevo Pentecostés para nuestro continente. Así como lo fue aquella bendita reunión de Medellín. No es posible que Dios no atienda el clamor de los pobres de América y tantas persecuciones sufridas por el pueblo y por la Iglesia en este continente y la sangre generosa de tantos mártires derramada sobre esta tierra.

Todos esperamos que esa reunión de Puebla ayude a nuestra Iglesia a ser luz y fuerza de liberación para el pueblo de América Latina. Todos esperamos que, en Puebla, la Iglesia latinoamericana haga otra vez una opción en favor de los pobres y oprimidos. Que se declare por los derechos de nuestro pueblo; por su cultura, que es su alma. Que bendiga plenamente las

comunidades de base, esas pequeñas comunidades de cristianos que están brotando por todas partes como semillas de Iglesia. Que comprometa en la lucha por la justicia a todos los que se dicen cristianos, porque el cristiano verdadero tiene hambre y sed de justicia. Que nos enseñe, con nueva luz, a vivir como Jesucristo, hecho uno más de su pueblo, perseguido y muerto, pero resucitado. También nosotros, siendo verdaderamente latinoamericanos, luchando por la liberación de nuestro continente, sufriendo la persecución y hasta la muerte si es necesario, por la justicia y por el Evangelio, pero seguros siempre de aquella esperanza que no falla.

Jesucristo es el Señor de la historia y con él contamos para cambiar el rumbo de nuestra historia. Dios no quiere y nosotros tampoco podemos tolerar que nuestros países vivan oprimidos: las tierras en manos de unos pocos; el pueblo analfabeto y con miedo, sin comida, sin salud, sin libertad; un 5 por ciento de grandes ricachones, nacionales o extranjeros, reteniendo los bienes que deberían ser de todos.

Puebla ha de ser un nuevo arranque de liberación y de vida para toda la Iglesia y para todo el pueblo de América Latina.

De nuestra parte, hermanos, vamos a hacer lo posible para que así sea. *La Prelatura de São Félix do Araguaia también es Iglesia de América Latina*. Caminemos juntos con toda esa Iglesia de la esperanza y de la liberación.

Vuestro obispo y amigo.

(Enero de 1979)

Cómo queremos la Iglesia de América Latina

América Latina es nuestro continente, porque el Brasil está en América Latina.

Todos nosotros somos latinoamericanos.

América Latina es nuestra Patria Grande. Debemos sentir como nuestros todos los problemas, luchas y victorias del pueblo de América Latina que es nuestro pueblo.

Casi todos los países de América Latina viven esclavizados bajo la dictadura, como el Brasil. Los derechos del pueblo no son respetados.

La mayor parte de la tierra y del dinero de América Latina está en las manos de las grandes compañías nacionales y extranjeras.

América Latina es un continente lleno de desnutridos, de analfabetos -casi la mitad de su población- de menores abandonados, de labradores sin tierra y de obreros sin trabajo seguro y con salario de miseria.

Pero América Latina es también el continente de la esperanza, su pueblo está despertando y se liberará:

En este continente, ¿cómo queremos que sea la Iglesia, a partir de Puebla?

Verdaderamente cristiana: que anuncie a Nuestro Señor Jesucristo, sin complejos y con alegría, porque El es el Salvador.

Pobre, sencilla, popular: que sea pueblo con el pueblo, para ser el pueblo de Dios. Que en ella los pequeños, los débiles y los explotados se sientan como en casa. Que no haya lugar en ella para los explotadores. Que en ella todos seamos iguales por la hermandad y en ella el Papa, los obispos, los sacerdotes y los otros animadores de la comunidad actúen como servidores de sus hermanos,

Liberadora: liberadora de todo cautiverio del alma y del cuerpo, de las personas y de la sociedad. Porque Jesucristo nos libera del pecado, de la esclavitud y de la muerte.

Que ella no se deje esclavizar ni por los gobiernos ni por la riqueza ni por el miedo.

Luz, fermento, sal: mezclándose con la historia del pueblo; estando en el día a día; clareando las tinieblas de la mentira y de la explotación; fermentando con la fuerza del Evangelio nuestras familias, nuestro trabajo, la salud, la escuela, el sindicato, la política, toda la vida de nuestro pueblo; celebrando, en la fe, la lucha y la alegría de los hijos de Dios latinoamericanos,

(Enero de 1979)

El papagayo reza mal

Mayo es el mes de María, mes de rezos populares. Que sean muchos los rezos en nuestra Prelatura, porque la madre de Jesús se lo merece y todos nosotros necesitamos de la oración.

Y hablando de rezos, quisiera llamar la atención de todos sobre el *cómo debemos rezar*.

Hay muchos que rezan deprisa y amontonado, comiéndose la mitad de las palabras, diciendo palabras erradas. Se aprenden la oración de memoria y la sueltan como papagayos. Da risa y da pena.

Vamos a rezar despacito, diciendo todas las palabras, todos juntos, sintiendo lo que rezamos.

Hay muchos, sobre todo entre los hombres y en la juventud, que no rezan. Sólo escuchan o quizás ni escuchan siquiera. Durante el rezo hablan de negocios, de la cosecha, de frivolidades. Hasta parece que los hombres y los muchachos tienen miedo de rezar.

Vamos a rezar todos: los hombres, las mujeres, los niños. La oración es el alimento de toda la comunidad cristiana. Una comunidad que reza consciente y unida, siempre tendrá luz y coraje para luchar.

Recemos en particular, por la mañana, por la noche. Recemos en familia, juntos padres e hijos. Recemos en la iglesia, en los grupos de calle y en el sertão.

Participemos de las celebraciones, como la santa misa, y participemos de los rezos populares, como el rosario. Tanto las celebraciones como los rezos son necesarios para nuestro pueblo. Lo importante es participar de todos ellos con fe, no como troncos, ni como papagayos. Alabando a Dios, nuestro Padre y rezando a nuestra madre María y a los Santos, nuestros hermanos.

La oración en comunidad tiene una fuerza especial. También de la oración decía Jesús: "Allí donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos".

En las celebraciones, como la misa y los sacramentos, todos debemos recitar, en voz alta, aquellas partes de oración que son de la comunidad. Y todos debemos cantar. Y hacer preces de alabanza, de perdón, de petición. Y comentar juntos la Palabra de Dios.

En los rezos populares, como rosarios y novenas, no dejemos a las tres o cuatro comadres que recen y canten solitas. Y si en esos rezos hay palabras erradas, sin sentido, debemos corregirlas. Mantener, por tradición, esas palabras erradas sería una tradición muy tonta.

En las celebraciones, en los rezos y en los grupos, los animadores deben estimular la participación de todos. No es buen animador aquel que habla más él solo, sino aquel que hace participar a toda la comunidad.

Mes de mayo, mes de María, mes de rezos.

Toda la Prelatura de São Félix do Araguaia ha de rezar más y ha de rezar mejor. "Vosotros, decía Jesús, habéis de orar siempre". Vosotros debéis orar como hijos que se dirigen al Padre.

Rezando por todos, y queriendo rezar con todos, a todos abraza vuestro obispo y compañero.

(Mayo de 1983)

Toda nuestra vida es un Adviento

Han llegado las grandes lluvias sobre la tierra de nuestro sertão y han empezado a nacer hermosos, el maíz y el arroz.

Ha llegado a nuestras celebraciones el Adviento, que es *un tiempo de cuatro semanas en preparación de la Navidad*. Va a nacer Jesucristo, el Salvador. Llega otra vez Navidad, el tiempo más hermoso del año.

¿Por qué celebramos el Adviento? ¿Por qué celebramos la Navidad?

Dios creó el mundo, con las estrellas y las plantas y los animales y puso en medio del mundo al hombre, para que el hombre fuese el celador y el rey de todo. Dios, que es Padre, quería tener muchos hijos felices como Él. Para eso creó los hombres.

Pero el hombre pecó y Dios y el hombre se distanciaron, como si fuesen enemigos. Dios, sin embargo, se mantuvo, terco, en su amor de Padre. Para Él las cosas no podían quedar así. Y prometió que enviaría el Mesías, el Salvador.

El antiguo pueblo de Dios, Israel, estuvo esperando ese Salvador durante 4 mil años, mucho tiempo. Esa espera es el Antiguo Testamento de la Biblia. Es todo aquel caminar que va desde Abrahám hasta la Virgen, desde la esclavitud de Egipto hasta la Buena Nueva de Belén.

Y el Salvador llegó. Dios hecho hombre, hermano nuestro. Jesús, el Hijo de Dios hecho hijo de María, nacido en la noche de Navidad.

Así y todo, Él nacido hombre, Él muerto por los hombres, Él resucitado y vivo entre los hombres, todavía ha de ser esperado y buscado. En su busca caminamos aquí en la tierra, para encontrarnos con Él, para siempre, en el cielo. Por eso celebramos el Adviento. Por eso preparamos la Navidad.

Toda nuestra vida es "adviento": Dios está viniendo.

Él viene en su Palabra, en su Espíritu que nos da la fe, en los sacramentos de la Iglesia, en las luchas y alegrías de la vida, en cada uno de nuestros hermanos, sobre todo en los más pobres y sufridos.

Hay que saber esperar a Dios.

Hay que saber buscar a Dios.

Hay que saber descubrir a Dios.

Y mira que hay muchos que se cansan de esperar, porque la vida se ha puesto muy dura y los poderosos siempre aplastan al pueblo. Y hay muchos que no saben buscar a Dios día a día, en el trabajo, en casa, en la calle, en la lucha por los derechos de todos, en la oración, en la fiesta alegre de los hermanos unidos, e incluso más allá de la muerte. Hay muchos que no saben descubrir al Dios que se esconde en el Niño de Belén, en la lucha de la vida y en los hermanos más pobres.

Adviento es un tiempo muy bueno para aprender a esperar a Dios, para aprender a buscar a Dios, para aprender a descubrir a Dios.

El maíz y el arroz están naciendo, hermosos. Ha llegado el Adviento. Luego llegará la Navidad. Dios está llegando siempre. Abramos los ojos de la fe, abramos los brazos de la esperanza, abramos el corazón del amor.

En ese Dios que siempre viene, os abraza vuestro hermano.

(Diciembre de 1976)

Pero, ¿cuándo es Navidad?

Todo el mundo dice que Navidad es el día 25 de diciembre. Así está señalado en la hoja del calendario. Hace días que la radio habla de Navidad, siempre convidando para que se compre algo inútil o de mucho precio.

En las iglesias del mundo entero también se está hablando de la Navidad que llega.

Pero, ¿qué es la Navidad?

Este año nuestra Prelatura ha preparado una "*novena de 'Navidad'*". Con dibujos, con dichos bastante claros. Una cartilla que de seguro no agraderá a todos, no. Ved apenas algunos fragmentos de la novena:

"La carestía está de no aguantar más. El "tiburón" quiere toda la tierra para sí. El hospital, donde hay, sólo atiende a cambio de dinero. El país está siendo robado por los extranjeros".

"Los puentes quebrados son la falta de unión entre los compañeros; la falta de interés en participar de las celebraciones, del sindicato, de la lucha por la tierra, de las mejoras de la escuela y de la sanidad".

"¡Abajo los poderosos! Cuando los pobres se unen contra las injusticias de los grandes, las cosas tienen que cambiar".

"El pobre se ve obligado a vender lo único que tiene: la fuerza de sus brazos, a trueque de una nonada".

"Amigo del pobre, sólo el mismo pobre". "Celebrar la Navidad es desconfiar de los grandes y poderosos que solamente piensan en sus intereses".

"Jesús es la señal de liberación para los que viven en la justicia y la señal de destrucción para los explotadores".

Eso dice la novena.

Veamos lo que dice la Biblia:

"María fajó el niño y lo puso en un pesebre, pues no había lugar para ellos en la pensión" (Lucas 2, 7).

"Dios derrota a los poderosos con todos sus proyectos. Derriba de sus tronos a los orgullosos, levanta a los humildes, harta a los que tienen hambre y despide a los ricos con las manos vacías" (Lucas 1, 51-53).

"El ángel del Señor apareció a los pastores y les dijo: no tengáis miedo, estoy aquí con buenas noticias para vosotros, noticias que serán causa de grande alegría para todo el pueblo" (Lucas 2, 10).

"El anciano Simeón le dijo a María, madre de Jesús: este niño ha sido escogido por Dios, tanto para destruir como para salvar... Este niño será una señal de Dios y muchos hablarán contra él" (Lucas 2, 33-34).

El profeta Isaías ya había enunciado: "El pueblo que andaba en las tinieblas ha visto una gran luz. Porque nos ha nacido un Niño. Él juzgará según la verdad. Hará justicia en favor de los débiles y abrirá el camino de la libertad al pueblo" (Isaías, caps. 9 y 11).

Nosotros, cristianos, debemos orientarnos por la Palabra de Dios, no por la propaganda de la radio o por las fiestas de los ricos.

Navidad es cuando la vida de Dios aparece en medio de nosotros. Cuando los pobres son liberados, cuando los hijos de Dios se unen, cuando se vence las tinieblas de la opresión con la luz de la verdad.

Todos los cristianos de la Prelatura debemos ayudar para que se realice esta Navidad verdadera.

En esta esperanza, a todos abraza vuestro obispo.

(Diciembre de 1979)

La dura Cuaresma del pueblo

El miércoles de ceniza empezó la Cuaresma y es Cuaresma hasta la Semana Santa. Durante siglos, la Iglesia enseña que la Cuaresma es tiempo de penitencia, de ayuno... ¿Por qué será que ahora los curas hablan tan poco de eso? ¿Ya no vale la penitencia? ¿No hay que ayunar más?

Todos somos pecadores y todos nos hemos de arrepentir. Siempre nos hemos de arrepentir. Siempre tendremos que hacer penitencia por nuestros pecados y por los pecados de nuestros hermanos. "Si no hacéis penitencia, no os salvaréis", dijo Jesús.

Lo que sucede es que la Iglesia siente cada vez mejor hasta qué punto la vida del pueblo es toda ella una dura penitencia y cómo el ayuno del pueblo dura todo el año.

¿Qué es lo que pasa, aquí, entre nosotros? El "tiburón" se ha apoderado de las tierras altas y en las tierras bajas la crecida se ha llevado la plantación. Se ha perdido el arroz, la mandioca se ha podrido. Al Gobierno poco le importan los pobres, no toma las medidas que debería tomar, falta trabajo, las carreteras cada año se cortan y los precios suben espantosamente: una lata de leche, 50 cruzeiros; un litro de aceite, 28; un kilo de arroz, 20; un kilo de harina, 15; una docena de huevos, 36; un kilo de cebollas, 25; un litro de gasolina, 18, 20, 25...

Y esta calamidad se da aquí y se da en todo el país. El hambre se ha vuelto el pan de cada día para muchos brasileños. Y este no es el "pan nuestro" que Jesús nos enseñó. No es esto lo que Dios quiere. Esta no es la penitencia que le agrada. Él detesta este ayuno impuesto a los débiles por la codicia de los poderosos. Él rechaza la Cuaresma de los ricos hipócritas que se olvidan del hambre de sus trabajadores.

Dice la Biblia, en el capítulo 58 del profeta Isaías:

"Así habla el Señor Dios: ¿De qué sirve ayunar si no os preocupáis con todo eso? En el día de vuestro ayuno sólo cuidáis de vuestros negocios y oprimís a todos vuestros trabajadores. Pasáis vuestro ayuno, hiriendo con el puño al pobre... ¿Será que puede agradarme el ayuno que consiste en mortificarse por un día apenas? ¿Sabéis cuál es el ayuno que yo aprecio? Pues quebrar las cadenas injustas, desatar las cuerdas del yugo, librar a los oprimidos, repartir la comida con los que tienen hambre y abrigar a los desahogados..."

Cuaresma es tiempo de penitencia, sí, pero la verdadera penitencia sólo puede empezar por la justicia. Sólo se arrepiente el que se corrige. Sólo corrige su vida aquel que repara sus injusticias.

Dios no es un padre a quien le guste el azote del sufrimiento, Él quiere la alegría para todos sus hijos. Y esa alegría sólo llega a todos cuando todos tienen casa y comida aseguradas, escuela buena para los hijos, tratamiento garantizado para sus enfermos, el derecho reconocido y la libertad respetada para vivir como gente humana.

Cuaresma, más que un tiempo de penitencia enfermiza, *es tiempo de preparación para la Pascua.* Y la Pascua de Jesucristo es nuestra liberación. El pueblo no agradecerá a su Dios "encorvando la cabeza como un junco o echándose sobre las

cenizas", sino levantándose de la miseria, quebrando todo cautiverio, acabando con las desigualdades, *librándose de todo pecado, de todo miedo, de toda opresión*.

Si es así, el Señor asegura, por el profeta Isaías, que Él mismo guiará constantemente a su pueblo y que la luz de la paz despuntará en las tinieblas y que la gloria de Dios, la verdad de su Reino, crecerá en medio de nosotros como un jardín de alegría, como una cosecha abundante.

Sea ésta la Cuaresma de nuestra iglesia de São Félix do Araguaia, queridos hermanos.

(Marzo de 1979)

Vía-Crucis de Jesús, Vía-Crucis del pueblo

Os escribo esta carta desde Ribeirão Bonito. Estoy pasando unos días aquí, de visita al pueblo de Ribeirão y Cascalheira. Está lloviendo bien y se salvará bastante arroz. Esto anima al pueblo.

Pero hay lluvia y hay tormenta. Lo malo tampoco falta aquí. Este pueblo ya casi se está habituando a tener que enfrentar la maldad de los grandes y perseguidores.

Ahora, de nuevo, el problema de las escuelas.

Las autoridades de Barra do Garças y de Cuiabá han despedido de una vez a los profesores y funcionarios de las escuelas de Ribeirão Bonito, Cascalheira y el sertão, para poner en ellas a personas de la parte del Gobierno.

Para ese fin, llegó un refuerzo de policías. Y con la policía, armada como si se tratase de una guerra, esas falsas autoridades arrebataron las llaves de las escuelas e impusieron la nueva dirección y los nuevos profesores, sin atender al derecho y a las reclamaciones de los padres, de los alumnos y de los antiguos profesores y funcionarios.

Con esta ocasión, la policía civil y la policía militar, armadas incluso de ametralladoras, registraron dos casas en el Ribeirão e intentaron sembrar el terror, persiguiendo, otra vez, a algunos animadores de la comunidad.

Y dentro de esta situación, las comunidades de Ribeirão, Cascalheira y los habitantes del sertão celebran la Cuaresma y hacen el vía-crucis.

Aquí, leyendo el Evangelio y mirando hacia la vida, uno percibe cómo una cosa se parece a la otra. Lo que Jesús pasó, ahora lo está pasando el pueblo. Los grandes pisotearon a Jesús y ahora pisotean al pueblo. La cruz que Jesús cargó sobre sus hombros es la cruz que ahora el pueblo carga.

Lo que conforta es ver que el pueblo no se desanima. El vía-crucis, las misas y las reuniones siguen animadas y la comunidad continúa caminando firme, por ese camino suyo que es también una "vía" sacra, un vía-crucis de justicia y de liberación.

Sabemos, por la fe, que el vía-crucis de Jesús termina en la gloria de la Resurrección. Y sabemos también que el vía-crucis del pueblo siempre termina en una victoria. *Quien camina con Jesús, camina hacia la Pascua*. El destino del pueblo no es la derrota. El pueblo marcha hacia la liberación. No vamos hacia la muerte; todos vamos hacia la vida.

Los políticos del Gobierno, los grandes del dinero y del latifundio, los dueños de las guerreras y de las armas, podrán creer que son ellos los que mandan y vencen. Pero el Dios de Jesús está con los pequeños.

El gobernador Pilatos, los jefes de los judíos, los militares romanos, tuvieron que tragarse la victoria de Jesús resucitado. Y los discípulos, perseguidos y despreciados, pudieron ver y abrazar a su maestro victorioso y recibieron la fuerza del Espíritu Santo para encarar la persecución y hasta la muerte.

Hermanos: en este mes de abril celebramos la *Semana Santa*. Vivamos con mucha fe esos grandes días de *la última cena, pasión, muerte y resurrección de Jesús*. Todos unidos, y sabiendo que la Pascua de Jesucristo es nuestra Pascua. Su camino es nuestro camino. Él es el camino. "Si morimos con El, con El viviremos".

En esta esperanza pascual, os abraza a todos vuestro amigo, el obispo.

(Abril de 1981)

Pascua, vida nueva

Acabamos de celebrar, una vez más, los días de Semana Santa. ¿Y qué? ¿Qué ha quedado de esa celebración?

Si ha quedado sólo el recuerdo de un vía-crucis muy participado, o del drama bonito de la pasión, o de la hoguera animada de la vigilia pascual..., esa celebración no ha valido nada.

Y nosotros celebramos la Pascua para que valga. Una verdadera celebración de la Pascua ha de sacudir nuestra vida.

El viernes santo, la iglesia reza al Dios que "nos renueva por la santa muerte y resurrección de Cristo".

Durante la vigilia pascual, madrugando ya el día de la Resurrección, los ángeles del sepulcro rectifican así la fantasía de las mujeres que sólo pensaban en Jesús muerto: "¿Por qué andáis buscando entre los muertos Aquel que está vivo? El ya no está aquí: resucitó".

Y, el domingo de Pascua, San Pablo, en una carta suya a los corintios, nos pide que dejemos el fermento viejo para ser masa nueva.

Celebrar la Pascua es renovarse y renovar.

Cambiando de vida. Corrigiendo lo que está errado.

¿El marido sigue maltratando a su mujer? ¿Continúa frecuentando prostíbulos, emborrachándose, quemando tiempo y dinero en el juego? ¿No quiere saber nada de la comunidad, del sindicato, de las reuniones del pueblo? Ese marido está lleno de fermento viejo, no ha cambiado. Ese no ha celebrado la Pascua.

¿La mujer maltrata a los hijos? ¿Vive cotilleando con las comadres? No se interesa por las reuniones de la comunidad? ¿Piensa todavía que el sindicato y la política son impropios de la mujer? Esa mujer está llena de fermento viejo, no ha cambiado. Esa no ha celebrado la Pascua.

¿Esos chicos y chicas continúan irresponsables, en la inmoralidad, sin preocuparse ni con el trabajo ni con el estudio, sin tomar parte en las celebraciones y en las luchas del pueblo? Esa juventud está llena de fermento viejo, no ha cambiado. Esa juventud no ha celebrado la Pascua.

¿Continúas tú explotando a los hermanos? ¿Andas detrás de los grandes? ¿No das valor a los compañeros? ¿Vives cerrado en tu egoísmo o en el miedo? Entonces, tú estás lleno aún de fermento viejo, hermano mío. No has celebrado la Pascua.

En estos meses de abril, mayo y junio, nuestras comunidades van a estudiar más la Biblia, preparándose para la asamblea del pueblo. Todos sabemos muy bien que el mejor modo de estudiar la Biblia es vivir lo que la Biblia nos enseña. Juntar la Biblia y la vida.

Pues bien, la lección más importante de la Biblia es la Pascua de Jesús. Y esta lección la hemos de aprender todos haciendo de la Pascua de Jesús nuestra Pascua: resucitando también a una vida nueva.

Entonces sí; la alegría de la Pascua llenará nuestro corazón, como llenó el corazón de la madre de Dios y de los discípulos. Y sentiremos, como ellos, que el pecado y la muerte se van quedando atrás, vencidos por la Vida. Nosotros también, con Jesús, el Resucitado, resucitando día a día.

Abraza a todos vuestro obispo y compañero, en esta alegría de la Pascua.

(Abril de 1983)

Junio: El Santo y los Santos

Fiestas de junio, fiestas de la Iglesia, fiestas del pueblo.

Celebración de la fe, celebración de la vida.

El mes de junio es un mes festero. La cosecha ya está en casa, el tiempo se ha limpiado, hermoso, y las noches refrescan, claras, llenas de estrellas. Y el calendario se presenta colorido de grandes fiestas.

Fiestas de la Iglesia, fiestas del pueblo, fiestas del pueblo de Dios.

Pentecostés, la Santísima Trinidad, el Corpus, San Antonio, San Juan Bautista, San Pedro.

Fiestas de nuestra fe

Celebramos lo que creemos. Y creemos en Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres Personas, el Misterio de nuestro Dios que es Santísima Trinidad. Creemos en el Espíritu de Dios, venido el día de Pentecostés, que anima a la Iglesia, y habita en nosotros y empuja, en el mundo, el corazón y los brazos de todos aquellos que luchan por la justicia y por la fraternidad. Creemos en el Misterio de la eucaristía, que es el Cuerpo resucitado de Aquel que murió para salvarnos y

es la Pascua de nuestra esperanza, el sacrificio de nuestra Redención. Creemos que la comunión alimenta la vida de los hijos de Dios hermanados.

Creemos con aquellos que creen

Sólo Dios es Dios. La Virgen, los Santos y todos nosotros somos criaturas de Dios, amados por Él con amor infinito y salvados en Jesucristo, su Hijo y nuestro Señor. Nuestra fe, hermanos, ha de ser bien esclarecida, para poner cada cosa en su lugar. Hemos de saber bien en Quién creemos, a Quién adoramos, en Quién esperamos, con quiénes caminamos.

Caminamos con todos aquellos hijos de Dios, hermanos nuestros, que caminan delante de nosotros o a nuestro lado. Los Santos son compañeros de camino.

En este mes de junio, los compañeros más queridos son el pescador Pedro, escogido por Jesús como apóstol suyo y el primer Papa de su Iglesia; el profeta Juan Bautista, hijo de Zacarías e Isabel, preparador de la venida de Jesucristo y látigo para los poderosos y los injustos, fiel a su misión hasta la muerte; y Antonio, el frailecillo de Lisboa, predicador del Evangelio, protector de los pobres y de los tristes.

Celebración de la fe, celebración de la vida

Vivimos lo que celebramos; celebramos lo que vivimos. No se trata de celebrar sólo durante la misa o en un rezo. No solamente en una procesión. Lo importante es celebrar nuestra fe con nuestra vida diariamente, en casa y en la calle, en el trabajo y en el descanso, en la cocina, en el campo, en la escuela. Toda la vida es una gran procesión. Toda nuestra vida ha de ser como una misa.

Las lenguas de fuego del Espíritu Santo y la hoguera de San Juan han de abrasar en nosotros todo lo que sea mentira, injusticia, opresión y pecado.

El pan de la eucaristía y el pan bendito de San Antonio han de llevarnos a compartir toda la vida con nuestros hermanos. Porque todos los que comemos el pan del Cuerpo de Cristo, formamos un solo Cuerpo que es la Iglesia de Cristo.

Os deseo a todos la Gracia del Espíritu Santo y os abrazo como amigo y como hermano.

(Junio de 1976)

María: muchos títulos y una sola gloria

María, muchacha de Nazaret, fue escogida por Dios para ser la madre de Jesús, el Mesías esperado, el Salvador del mundo. Y siendo la madre de Cristo, que es el trono del nuevo pueblo de Dios, María pasaba a ser también la madre y protectora de ese pueblo, la Iglesia.

La Iglesia de Jesucristo siempre se ha sentido marcada por la presencia de nuestra Señora.

En la cruz, antes de morir, Cristo confirmó esta misión de María como madre de sus discípulos y de todos los hombres.

El día de Pentecostés, manifestación solemne del Espíritu Santo sobre la Iglesia, que se confirmaba así en la fe del Resucitado, María se encontraba en medio de los apóstoles; rezando con ellos, animándolos, alimentando su esperanza.

Y cuando ella fue glorificada por la muerte y la Asunción, los cristianos siguieron contando con ella, siguieron viendo en ella a la madre que se hace presente a lo largo de la vida de los hijos, si éstos procuran vivir la vida del hijo, Jesús.

Y en la exuberancia de su fe, los cristianos han venido dándole a María muchos títulos que expresan diferentes misterios de la vida de la Virgen, como "Inmaculada Concepción", "Santísima Virgen", "Asunción"; o imploran su protección para un lugar, para una comunidad, para alguna situación particular, como "Nuestra Señora de Lourdes", "Aparecida", "Nuestra Señora de la Guía", "Libertadora de Cautivos", "Estrella del Mar", "Nuestra Señora de los Posseiros"...

Cada país, cada pueblo, cada época, según las circunstancias, ha ido aumentando esta letanía de títulos.

En nuestra Prelatura, varias comunidades celebran sus fiestas patronales en estos meses de agosto y septiembre, glorificando a Dios en la madre de Jesús, con la misma fe, de diferentes modos.

São Félix, el día 15 de agosto, celebra la Asunción de Nuestra Señora. María, ya glorificada en el cielo, es una señal de esperanza para todos los que aún caminamos por la tierra. Ella nos ayuda a ser fieles al Evangelio de Jesús, incluso en el sufrimiento y en la persecución.

Luciara, el día 28 de agosto, invoca a Nuestra Señora de las Gracias. María, dándonos a Jesucristo, nos trae la vida de Dios, la Gracia de Dios. Por eso la llamamos Madre de la Divina Gracia, Nuestra Señora de las Gracias.

Serra Nova, el día 8 de septiembre, recurre a Nuestra Señora de los Posseiros. El poblado de Serra Nova, cercado de alambradas por todas partes, violado en sus derechos de tierra y de sobrevivencia, le dio a María el título de Nuestra Señora de los Posseiros. Y a ella le canta: "Acompañad en esta hora nuestra lucha por la tierra..."

Lago Grande, en la punta de la Prelatura, casi en el Perú, celebra su fiesta de la Virgen de Nazaret, el día 8 de septiembre. María, mujer del pueblo, sencilla y trabajadora, madre de familia, es modelo y fuerza para todas las vidas humildes y sinceras.

Porto Alegre glorifica a Nuestra Señora de la Liberación, el día 24 de septiembre, que es una fecha en la cual ya de muy antiguo se venera a la Virgen como libertadora de cautivos. Porto Alegre, como otros lugares hermanos, ha sufrido la ambición y las arbitrariedades de los que se creen dueños de la tierra y señores de sus semejantes. Por eso Porto Alegre ha sentido hambre de justicia y de liberación.

Muchos títulos y una sola gloria: madre de Jesús, madre de la Iglesia, compañera de camino.

Nunca nos falte la protección de María, nunca faltemos nosotros a su devoción. Jesús es el camino. Nadie mejor que su madre nos enseñará a caminar por él.

Vuestro obispo, compañero de camino y de esperanza.

(Agosto de 1974)

Mes de los muertos, mes para los vivos

El día 2 es el Día de los Difuntos. Noviembre es el mes de los muertos. Pero todo el año es tiempo de muerte. Por hablar sólo de las muertes más recientes, que estamos viviendo estos días: ha muerto el Papa Juan Pablo I, 37 días después de su elección;

Ha muerto Mariquinha, aquella partera alegre de Santa Terezinha; ha muerto, matando, matándose, perturbado, aquel muchacho de Cascalheira; ha muerto, desatendido, en el autobús atascado, el viejo trabajador de 79 años; ha muerto, rodando por el dispensario y las farmacias y el hospital sin médico, la chiquilla de Domingos...

Cada día es día de muerte. La muerte es compañera de la vida, como la sombra es compañera del sol. Morir, todos moriremos. El mismo Hijo de Dios, hecho hombre, Jesucristo, murió, y de muerte infligida por las autoridades.

No es la muerte lo que más espanta. Lo que espanta verdaderamente es tropezar con tanta muerte estúpida que no habría de suceder, que Dios no quiere que suceda:

- *Morir desatendido*, por falta de alimentación, por falta de vacunas, porque en el ambulatorio no hay médico, porque las autoridades no suministran al pueblo la asistencia necesaria, porque el pueblo no tiene el dinero que los médicos exigen...

- *Morir matado, matando, matándose*, en una borrachera loca, en la desesperación, en esa vida rodante de los peones perdidos por el mundo o de las prostitutas explotadas o de las muchachas amargadas en la soledad o de los matrimonios desajustados, con muchos hijos y mucha pobreza...

Eso, no. Dios no quiere eso y nosotros tampoco lo podemos querer. Noviembre, el mes de los muertos, ha de ser un mes en que los vivos se acuerden de los muertos y recen por ellos o con ellos; pero ha de ser también un mes en que los vivos se animen a defender la vida y a luchar contra la muerte.

Cada muerte sin sentido o por injusticia debe sacudirnos. Nadie puede callarse delante de un difunto que ha muerto abandonado por las autoridades o por el médico o por el terrateniente o por la familia. Cada muerto es un hermano nuestro. Quien desprecia una vida humana, desprecia al Autor de la vida. Es un Caín, asesino de su hermano. Y Dios le pedirá cuentas. No hay autoridad, ni médico, ni gerente o dueño de Hacienda que pueda escapar de aquel tribunal justiciero.

Dios, el Creador de la vida, es celoso de la vida. Cada vida humana es la obra más bella de Dios y ha de merecer el mayor cariño de los hombres. Vale más la vida de un niño de estos descampados o de un barrio de la ciudad que todas las Haciendas y todas las fábricas y todos los negocios del Brasil.

Cristo es "la Resurrección y la Vida". Él vino al mundo para que "todos tengamos vida en abundancia". Aquella vida verdadera que empieza aquí, en la lucha y en la esperanza, y que viviremos allá, en la felicidad de la Gloria. Una sola vida que va de la tierra al cielo.

Noviembre, mes de los muertos, ha de encaramos con la vida. Para agradecer a Dios el don de la vida. Para celar la vida de nuestros hijos. Para ayudar a mejorar la vida de nuestro pueblo. Para luchar, unidos, a fin de que la vida de todos sea más fraterna y más feliz, ya en este mundo. Sólo la vida prepara la vida. Una vida más humana en esta tierra ya es una buena señal de aquella vida que esperamos en el cielo.

Oraciones y flores y velas, sí. Pero también la lucha de todos en favor de la vida. Y todos, siempre con mucha esperanza. La muerte no es el final de la vida, es una pasarela más o menos arriesgada para pasar a la vida gloriosa.

"Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo que por su gran misericordia nos ha hecho renacer a una viva esperanza, gracias a la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (1 Pedro 1,3).

Abraza a todos, en esta esperanza feliz, vuestro amigo y obispo

(Noviembre de 1978)

Nuestras familias son también sagradas

El Hijo de Dios, hecho hombre, nació, como todos nosotros, en una familia. Y como la mayoría de los hombres, nació en una familia de pobres. María es su madre y José su padre adoptivo.

Una familia de emigrantes, sin lugar seguro para la madre dar a luz. Una familia luego perseguida por los poderosos y que ha de huir a Egipto. Una familia sencilla y trabajadora del lugarejo de Nazaret.

Una familia muy semejante a nuestras familias. Una familia santa y feliz, eso sí. La familia de Dios aquí en la tierra, que nosotros llamamos la Sagrada Familia.

Este año de 1977 toda la Iglesia Católica del Brasil celebrará, durante la Cuaresma, la Campaña de la Fraternidad, bajo el lema de "Fraternidad y Familia".

Será, pues, un año muy oportuno para que todos los católicos sinceros procuren mejorar la vida de la propia familia y ayuden a mejorar las familias de los hermanos.

Es muy importante, de hecho, que reflexionemos sobre la familia para corregir sus males. Porque la familia es la raíz de la sociedad, es el tronco del cual todos brotamos. Todos somos de una familia.

Y todos tenemos el derecho a una casa y a vivir en un hogar. Una persona sin casa, sin familia, sin la tierra o sin trabajo es como un tronco perdido en la corriente de las aguas de la vida. Las estadísticas oficiales del Brasil dicen que en el país hay 30 millones de emigrantes, de un Estado para otro, de una ciudad para otra ciudad. ¡Gravísima injusticia social!

Solemos decir que una golondrina no hace verano. Una familia sola no hace Humanidad. Una familia y otra familia y otra familia... forman una ciudad y la Humanidad entera. Hay familias que se olvidan hasta de la vecindad y se convierten en un quiste de orgullo y egoísmo. No parecen familias humanas.

Tampoco se hace familia por el hecho de vivir en la misma casa. Hay familias que se pasan el día riñendo: el marido contra la mujer, los padres contra los hijos, los hermanos entre sí. Viven debajo del mismo techo y comen a la misma mesa, pero no se aman: apenas viven el uno al lado del otro, como un ladrillo al lado de otro ladrillo..., con la diferencia de que los ladrillos no riñen. Tampoco esas son familias humanas, y evidentemente no son cristianas.

Examinemos bien nuestra vida de familia.

¿Es una familia de verdad? ¿Estamos unidos en casa? ¿Los niños se sienten amados y cuidados? ¿Los viejos se sienten a gusto? ¿Damos buen ejemplo a los vecinos? ¿Tenemos las puertas y el corazón abiertos para los demás, o nos cerramos egoístamente? ¿Somos una familia aislada o procuramos formar comunidad, juntando nuestra familia con las otras familias?

¿Hay familias tristes, divididas, pasando necesidad cerca de nosotros? ¿Cerca de nosotros hay familias que no participan de la comunidad, que viven alejados de Dios, fuera de la Iglesia, como separadas del pueblo?

¿Ya hemos pensado de qué manera podríamos ayudar a las familias de esos nuestros hermanos?

Jesús, María y José constituyen la Sagrada Familia. Pero todas nuestras familias son sagradas también. Todos juntos formamos la gran familia de los hijos de Dios.

Como hermano de todos, os abraza vuestro obispo.

(Enero de 1977)

Ha muerto el Padre Francisco Jentel

Ya todos sabéis la noticia: el padre Francisco Jentel ha muerto, el día 2 de enero, allá, en su tierra, en Francia. Aun estando en su patria natural, él murió en el destierro, porque había sido expulsado injustamente de nuestro Brasil, que él había escogido como su nueva patria.

Ha muerto sin duda en la paz de Dios, porque él vivió siempre en esta paz durante tantos años de prisas, de lucha y de sufrimiento. El padre Francisco fue siempre un sacerdote digno, nadie consiguió manchar su nombre. Rezaba la misa con mucha devoción. Era un hombre de fe. Y por causa de ésta su fe en nuestro Señor Jesucristo él decidió entregar su vida al servicio de sus hermanos necesitados de esta Amazônia: los indios Gaviões y Surui, al sur del Pará, y nuestros Tapirapé, así como también los posseiros de Santa Terezinha y de toda nuestra región.

Fue perseguido por los opresores porque se dedicó a servir a esos hermanos oprimidos. Le cayeron encima las fieras del poder y del dinero: los terratenientes y sus servidores, el gobierno de la dictadura y sus militares y policías.

Fue calumniado como "subversivo" y "agitador". Fue condenado a 10 años de prisión por un tribunal militar de Campo Grande, vendido a la Hacienda Codeara. Y pasó de hecho un año en la cárcel y salió de la misma pensando que iba apenas a visitar a su madre ancianita y que podría volver tranquilamente a nosotros. Cuando volvió, en diciembre de 1975, fue cobardemente expulsado del Brasil, por un decreto del presidente Geisel.

Pero nadie ha conseguido expulsarlo de nuestro corazón. El padre Francisco permanecerá para siempre como un adelantado en la defensa de los indios y posseiros de nuestra Amazônia. Veló por la libertad, por la tierra, por la salud y por la escuela de nuestro pueblo. El pueblo nunca lo olvidará. Esos gobiernos de por ahí y los poderes del latifundio caerán un día, como fruta podrida. Los poderes de Dios y la dignidad del pueblo se irán afianzando siempre más claramente.

Con el pueblo de Santa Terezinha, *todo el pueblo de Dios de nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia resuelve guardar para siempre la memoria del padre Francisco Jentel*. Por este motivo, el día 2 de enero, cada año, será para nosotros un día de celebración. Para recordar y agradecer a Dios lo que el padre Francisco hizo y sufrió por nosotros, para crear más unión y valentía, para seguir luchando por nuestra liberación. En una familia unida, la memoria de los muertos queridos se convierte en una bandera.

Leed, hermanos, en este número de "Alvorada", la vida del padre Francisco; leed alguna de las cartas que él escribió, tan olorosas de Evangelio; leed lo que dicen de él los amigos que lo conocían de cerca. Y aprendamos todos la lección que el querido padre Chico nos ha dejado. Él, ahora, vivo en la gloria de Dios, nos ha de acompañar más poderoso y próximo. Sus enemigos -los enemigos del pueblo- o podrán arrepentirse, pasándose al lado de la justicia, o habrán de avergonzarse para siempre.

"Alvorada" tomó su nombre de una vieja lancha, pequeña y blanca, del padre Francisco. Uno ve ahora cómo su lucha en nuestra región atribulada fue realmente el romper de un nuevo día, una alborada de liberación...

En Jesucristo, el Liberador, os abraza a todos, con mucha amistad, vuestro obispo.

(Febrero de 1979)

Semana del Indio

El día 19 de abril celebramos cada año, en todo el Brasil, el Día del Indio. La FUNAI (Fundación Nacional del Indio) organiza unas fiestecillas, la televisión por allá pasa unas imágenes, bonitas y sin problemas, y en las escuelas los niños hacen un dibujo o recitan unos versos.

Y todos felices. El Día del Indio se acabó. Y con todo eso muchos indios se van acabando realmente...

Este año, la CNBB y el CIMI han organizado, para todo el Brasil, la *Semana del Indio*, entre los días 11 y 19 de abril.

¿Para qué vamos a celebrar la Semana del Indio?

El personal de la región dice que conoce muy bien a los indios; sólo porque conoce más o menos a 3 ó 4 pueblos indígenas. Y muchos, de ese personal, hablan mal de los indios y hasta los desprecian; sólo porque han visto algún indio borracho o porque creen que el indio no trabaja o porque no les gusta el modo de vida de los indios.

Pues para eso vamos a celebrar la Semana del Indio. Para corregir nuestra mentalidad errada y nuestra falta de respeto y amor para con los pueblos indígenas.

En el Brasil, a pesar de los 5 siglos de persecución, todavía existen 150 pueblos indígenas. Y en América los indios son más de 50 millones. Pueblos diferentes, con sus costumbres, con su lengua, con su religión y sus cantos y fiestas.

En el amor a la naturaleza, en la educación de los hijos, en el modo de vivir comunitario y sin codicias, en la simplicidad de una libertad de vida, muchos pueblos indígenas nos dan grandes lecciones. Nuestra sociedad, que se cree tan sabia, tiene mucho que aprender de los pueblos indígenas.

Esta Semana del Indio ha de servir para eso:

- para conocer mejor la vida y la historia de los indios,
- para aprender a dar valor al indio, nuestro hermano,
- para apoyar los derechos y las luchas de los pueblos indígenas,
- para no despreciar jamás a los indios, que son la raíz de nuestro pueblo y el pueblo madre de esta América.

Quien habla mal de los indios escupe en el rostro de su propia madre. El Gobierno o la multinacional o el latifundio o el municipio que invaden tierra indígena, cometen el asesinato de todo un pueblo. Quien no permite a los indios que vivan libres y a su aire, apaga una imagen viva de Dios que hizo a cada pueblo diferente y libre.

Abrazo a todos, y particularmente a todos los indios de nuestra región, como amigo y hermano.

(Abril de 1982)

Día de los Trabajadores

El trabajador es aquel que trabaja, claro. Cuida del campo, trata el ganado, fabrica piezas de motor, hace ladrillos, cose, conduce un coche, atiende a los enfermos, enseña en la escuela...

El trabajador es aquel que prepara todo lo que necesitamos para morar, para comer, para vestir, para viajar, para vivir.

El trabajador es el eje de una ciudad, de un país. Si todos los trabajadores parasen, el mundo pararía, como un difunto.

No obstante, el trabajador es casi siempre irrespetado y le toca vivir en cautividad.

Este número de "Alvorada" sale en el mes de mayo, y *el día 1 de mayo es el Día del Trabajador*.

Vosotros veréis algunas noticias de esta "Alvorada":

Millares de metalúrgicos de São Paulo tuvieron que entrar en huelga para exigir sus derechos. Y el Gobierno ha detenido injustamente a los cabezas de esos obreros, los líderes de sus Sindicatos.

Nuestros labradores de Ribeirão Bonito-Cascalheira y Porto Alegre siguen siendo perseguidos por los "tiburones", pistoleros y por la policía que ampara esta persecución. Más de 40 posseiros de Ribeirão-Cascalheira han tenido que esconderse en la floresta y las escuelas del lugar están cerradas.

Dios ha entregado todo el universo al cuidado de los hombres. Para que lo trabajemos. Para que ayudemos a la naturaleza a producir. El trabajador es quien hace la riqueza del mundo. Él es como los brazos de Dios que continúan creando. Con Dios, el trabajador es el dueño del mundo. Habría de serlo...

Porque sucede que los dueños del dinero, de la política y de las armas se apoderan del fruto del trabajo y ponen al trabajador en tal sujeción que lo transforman en un animal de carga. Quien no trabaja, se queda con todo y quien trabaja, pasa necesidad. Y mira que San Pablo ya decía: "quien no trabaja, pues que no coma".

El Día del Trabajo es para que todos pensemos en la situación de los trabajadores; para que los trabajadores se unan en la defensa de sus derechos; para que se dé más valor a los Sindicatos, tanto del campo como de la ciudad.

El Día del Trabajo es como la fiesta de los trabajadores *que quieren conquistar su independencia y abolir la esclavitud* en que viven.

Todos nosotros, como discípulos de Jesús, que es la Verdad, hemos de abrir los ojos para descubrir la situación de los trabajadores. Y con Jesús luchar contra todo pecado y cautiverio, a fin de conquistar la liberación de todos.

El día del trabajo, para los católicos, es también la fiesta de San José Obrero. Celebramos el Día del Trabajo en el mes de María. La Santa Familia de Nazaret puede ser un buen ejemplo. Humildes y perseguidos, no se desanimaron, nunca se doblegaron ante los poderosos. La Virgen, como las mujeres de Ribeirão y Cascalheira, lloró a su hijo Jesús preso y condenado a muerte. Pero también lo abrazó resucitado.

Esta es la lucha, hermanos. El trabajo es una lucha. Con fe en Dios, siempre unidos y resistiendo sin miedo, alcanzaremos la victoria.

Es muy bonito ver cómo los trabajadores del mundo entero apoyan a los metalúrgicos de São Paulo. Qué bonito es ver cómo el personal de Santo Antonio, Porto Alegre, Canabrava y Santa Terezinha acompañan a sus colegas de Ribeirão-Cascalheira. Es una alegría ver cómo va creciendo el Sindicato en nuestra región.

¡Animo! Jesús ha vencido, nosotros venceremos con Él. Dios está con los pobres cuando los pobres se unen.

Con mucha amistad os abraza a todos vuestro obispo.

(Mayo de 1980)

Muere un compañero para que el pueblo viva

Acabo de llegar de Itaipavas, bien a la orilla de nuestro Araguaia, por debajo de Conceição. En Itaipavas, el día 29 de este mes de mayo hubo una gran celebración de Raimundo "el Gringo". Era el primer aniversario de su muerte y de su resurrección.

Hace un año que los terratenientes asesinaron a *Gringo*, agente pastoral y líder sindical. Nuestro viejo amigo que vivió aquí en São Félix con su esposa Oneide. Aquel hombre valiente, siempre alegre, con los grandes ojos abiertos de quien mira lejos.

Esa celebración de Itaipavas explicó muy bien por qué murió Raimundo, quién lo mató, cuánta vida ha traído su muerte para el pueblo del Araguaia y del Brasil.

El día 25 de mayo, los labradores de Conceição do Araguaia tuvieron, por tercera vez, elecciones sindicales. Todas las veces el Gobierno y el latifundio desbarataron las elecciones del Sindicato. Eso, por medio del ejército, policía militar y federal, Getat, panfletos mentirosos, helicópteros, amenazas, promesas y otros ardides.

Hasta el Mayor "urió"-que es teniente coronel del ejército- anduvo haciendo campaña en favor de la lista 1, de los amarillos, diciendo que esa era la lista del Gobierno. Y la lista 2, la del Gringo, la del pueblo, no tuvo condiciones de ganar.

No fue una derrota del pueblo. Fue una nueva persecución de los grandes. Y ayudó a que el pueblo labrador entendiese mejor aún cómo el Gobierno y sus fuerzas de seguridad están contra el pueblo. El propio Curió, que viene engañando hace mucho tiempo a mineros y hasta a labradores, con su hablar dulce y sus palmaditas, ahora ha perdido la máscara.

La celebración del día 29 empezó a orillas del Araguaia, con la penitencia y la Palabra de Dios. El resto de la misa se celebró bajo un cobertizo, cerca de la iglesia del lugar.

Allí los pobladores ofrecieron tierra, semilla y herramientas del trabajo del pueblo. Allí recibimos el cuerpo glorioso de Jesús, vencedor de la muerte y del cautiverio. Después nos fuimos todos en procesión, al campo santo donde Raimundo está enterrado.

Rezamos, cantamos. El sol y el coraje del pueblo ardían. Hubo después una manifestación sindical en que todo el mundo habló claro. Sin miedo de la policía, del ejército y del Getat que grababan todo lo que se decía. (¡Sería tan bueno que el Gobierno grabase bien en la conciencia lo que dice el pueblo!...).

Había representantes de casi todas las comunidades de Conceição do Araguaia y de otras comunidades amigas de Pará y de Goiás, Dom Tomás Balduino también estuvo allí. La policía impidió que su avioncillo aterrizase en el único campo, vecino, precisamente de una Hacienda. El gerente de la Hacienda salió con su 38 al cinto y hablando enfurecido a Dom Tomás.

Pero no fue nada, no. Yo os aseguro que aquel pueblo del Bajo Araguaia, la Iglesia de Conceição está firme y viendo lejos, como los ojos del mártir Gringo.

Las pancartas en la Iglesia y en las manos del pueblo gritaban: "a semilla que tú plantaste es nuestra organización" Y los cánticos gritaban, muy limpio: "ringo, la lucha continuará. Continuará por tus hijos. Continuará por tu pueblo" Una pancarta en la pared de la Iglesia decía así: "Araguaia: sudor, sangre y esperanza".

Nuestro Sindicato de São Félix, Luciara y Ribeirão-Cascalheira dieron apoyo a aquella celebración con una carta colectiva.

Yo me sentía muy en casa. Conceição do Araguaia y São Félix do Araguaia andamos por el mismo camino. El mismo Araguaia nos une. La misma lucha nos compromete. La misma fe nos sustenta.

Juntos venceremos la cautividad y hasta la muerte. Como el Gringo venció, porque Jesús venció primero.

En esta esperanza, hermanos, os abraza a todos vuestro obispo y amigo.

(Junio de 1981)

Entre la cruz y la cárcel

Ha llegado el mes de octubre y otra vez es fiesta en la Prelatura de São Félix. Esta vez, en Ribeirão Bonito. Los días 11 y 12, sobre todo, solemnidad de Nuestra Señora Aparecida, patrona del lugar, patrona del Brasil.

En esos días, celebrando los 10 años de nuestro caminar, vamos a celebrar también los 5 años del *martirio del padre João Bosco*.

En nuestro camino hay compañeros que uno recuerda con cariño especial, hay días más importantes, lugares que permanecen como una señal.

Entre esos compañeros recordamos al padre João Bosco, misionero de indios y sertanejos, que dio su vida, como Jesús, para defender la libertad y la dignidad de nuestro pueblo.

De entre esos días destacamos el 1, el 12 y el 18 de octubre de 1976: cuando el padre João fue baleado por la policía, en la comisaría local; cuando murió en Goiânia, mártir de la liberación; cuando el pueblo de Ribeirão, Cascalheira y otros lugares celebró la misa de séptimo día, plantó la cruz y derribó la cárcel.

Entre esos lugares, amamos aquel Ribeirão Bonito, tan traído y llevado, con muchas historias tristes de muertes de peones y atropellos de la policía y los pistoleros, pero también con mucho coraje y unión de los habitantes del lugar. En las luchas por la tierra, por la escuela, por la salud. En el Sindicato y en la política. En las celebraciones y en las fiestas.

Con aquella iglesia, que fue inaugurada en el primer aniversario del martirio del padre João y que para nosotros es un santuario de fe y resistencia, un lugar de oración y de encuentro, un alto de sustento espiritual para continuar más animados nuestra marcha.

No podemos olvidar a los hermanos que más lucharon entre nosotros, a aquellos que por nosotros dieron su vida. Cuando los cristianos se reúnen para celebrar la misa, celebran precisamente la muerte de Jesús. El propio Jesús se lo pidió así a sus amigos cuando se despedía de ellos en aquella última cena.

Un pueblo que no celebrase a sus mártires sería un pueblo sin corazón, incapaz de hacer historia.

Pero celebrar no es solamente recordar el pasado.

Celebramos la eucaristía para sacar de ella la fuerza liberadora de la muerte y resurrección de Jesús. Celebrando la muerte del padre João, hemos de sacar de ese acontecimiento más fuerza, más unión, más esperanza.

Muchos amigos del Brasil y del mundo han sabido recoger la lección que el padre João Bosco nos ha dejado a todos, al morir por el pueblo oprimido. Su muerte se ha transformado en una luz. El se ha transformado en un santo de nuestros días.

Nosotros, hermanos, Iglesia de São Félix do Araguaia, tenemos todavía más derecho y más obligación de recoger los frutos del martirio del padre João Bosco.

El día 18 de octubre de 1976, después de la misa, encendidas las velas de la fe, el pueblo plantó la cruz en el mismo lugar donde había sucedido el asesinato del padre. Y el pueblo habló, lleno del Espíritu de Dios, diciendo la pura verdad:

- "la cruz representa nuestra liberación; esta cárcel representa la persecución, la tortura, el asesinato y todo lo que nos aterroriza",

- "entre la cruz y la cárcel, vamos a derribar la cárcel...".

Y la cárcel cayó por las manos del pueblo. Como cayeron un día las murallas enemigas de Jericó bajo el clamor de las trompetas del pueblo de Israel.

Esta es la lección. Este es el camino.

Nosotros abrazamos la cruz que nos libera y da vida. Nosotros derribamos todas las cárceles de la mentira, de la opresión, del pecado.

A la hora de escoger entre la cruz y la cárcel, nadie puede dudar.

En esta certeza os abraza a todos vuestro hermano y amigo, el obispo.

(Octubre de 1981)

Día de los Negros

¿Es que ha terminado ya la esclavitud de los negros en el Brasil? ¿No hay todavía un tipo de cautiverio que esclaviza al pueblo negro y marca siempre a los negros como si valiesen menos, siempre arrinconándolos?

Aún se habla muy mal del negro. Hay muchos aún que piensan que los negros no valen. Y la ignorancia ha llegado a tal punto que para hablar de un negro bueno, hay que decir que tiene "el alma blanca". Como si los blancos fuesen buenos por ser blancos...

Es una solemne mentira decir que en el Brasil no hay discriminación racial. El negro en el Brasil es despreciado y casi siempre le tocan los trabajos peores. El 80 por ciento de la población negra brasileña vive en las regiones más pobres, confinada en barracas, ciénagas y favelas.

La misma Iglesia, durante siglos, no ha dado valor al negro. Los negros eran traídos de África como "piezas" y, llegando a los puertos brasileños, eran a un mismo tiempo bautizados y marcados a yerro. La Iglesia callada, aceptando la esclavitud de los negros.

Se habla de 6 millones de esclavos negros traídos al Brasil. Hoy día, en el país, son 40 millones los negros y mulatos.

El Brasil, América, tienen una deuda histórica con esos millones de negros cautivos que, con su sudor, su arte y su alma -fuerte como fuego bajo las cenizas- construyeron la riqueza y el futuro de nuestros países. En el Brasil, nadie ha trabajado más que el negro y la negra. En los ingenios de azúcar, en las plantaciones de café y algodón, en los desolladeros, en los puertos, en los talleres, en las haciendas, en las cocinas, en las minas, en las carreteras.

Para los negros siempre ha habido cautiverio, hasta hoy. La princesa Isabel los libró en el papel solamente. Pero está llegando el día de los negros, el día en que ellos se liberrarán de verdad. Y todos nosotros, negros y blancos, debemos ayudar para que ese día llegue pronto. Nuestro Dios es un Dios libertador que no acepta ningún tipo de cautiverio.

El día 22 de noviembre de 1695 fue muerto, por los portugueses y bandeirantes, el gran luchador negro Zumbi. En el Quilombo dos Palmares, en Alagoas. Quilombos eran unos poblados donde los negros vivían libres y repartiendo entre todos el fruto de sus trabajos. El Quilombo dos Palmares, con más de 20 mil habitantes, resistió durante 95 años.

En memoria del martirio de Zumbi, el día 20 de noviembre ha sido escogido por los negros del Brasil como el "Día de la conciencia negra".

Este año, en el Quilombo dos Palmares, el día 20, y en Recife, el día 22, se va a celebrar una gran misa de solidaridad con la causa de los negros, la "Missa dos Quilombos". Pedro Tierra y yo hemos escrito la letra y el famoso músico y cantor negro Milton Nascimento, ha hecho la música.

Yo espero que todas nuestras comunidades se unirán a esa celebración, los días 20, 21 y 22, para comprometerse con la causa del pueblo negro.

El negro, el indio, el trabajador del campo y de la ciudad, juntos en la marcha, harán llegar el día de la liberación del pueblo. Jesús, pobre y perseguido, pero ya resucitado, abre camino, delante.

Con esta esperanza y con este compromiso, os abraza a todos, amigo, hermano y obispo.

(Noviembre de 1981)

Santas Misiones, Viento de Dios

Soplan en la región "los vientos generales". Está cambiando el tiempo. Sopla también en toda la región de nuestra Prelatura aquel viento de Dios que es el Espíritu Santo. Acabamos de celebrar Pentecostés, la fiesta del Espíritu, y el Espíritu ha llegado a nosotros como un vendaval de conversión y de Gracia.

En el mes de junio, con las *santas misiones*. En el mes de julio con la *asamblea del pueblo*. Dos grandes acontecimientos en la marcha de nuestra Iglesia. El tema de la cartilla pastoral y de la asamblea del pueblo de este año es la confirmación, el sacramento del Espíritu Santo.

En toda la Prelatura las comunidades están estudiando la cartilla de la confirmación para saber bien lo que ese sacramento significa en nuestra vida; para conocer mejor lo que hace en nosotros el Espíritu Santo; para que todos asumamos las responsabilidades que tenemos como bautizados y confirmados: siendo verdaderos hijos de Dios y hermanos sinceros; siendo testigos del Evangelio y animadores de la comunidad.

En las santas misiones, la predicación de los misioneros y las celebraciones comunitarias nos ayudarán a acoger la Palabra de Dios, a corregir nuestra vida y a convertirnos de verdad al Evangelio de Jesús.

Las santas misiones serán la mejor preparación para la asamblea del pueblo.

Después de 10 años de vida, toda nuestra Prelatura hace una gran revisión a la luz de la Palabra de Dios.

Para ver en qué andamos errados; para descubrir el mejor camino que, como Iglesia de Jesús, debemos andar en este Mato Grosso y en los días de hoy. En medio de tanta injusticia y apetencia de lucro. Frente a tantos proyectos y promesas; bajo la persecución de los poderosos; pero también al abrigo del amor de Dios en el seguimiento de Jesús. Siempre en comunidad, sin separar la oración de la vida, participando igualmente de las celebraciones de la fe, del Sindicato y de la política popular. Siendo siempre cristianos, activos siempre.

Porque el Espíritu de Dios limpia, clarea y enciende toda la vida. El vendaval de Pentecostés penetra en la Iglesia y en casa, atraviesa la calle y el trabajo, revuelve el corazón, la oración y la política.

Enciende el fuego del amor y se lleva las basuras de la injusticia.

No vayamos a perder esta santa oportunidad que Dios nos da. Los días de las misiones han de ser, en los poblados y en el sertão, como unas vacaciones con Dios a fin de que todos podamos participar. Porque Dios llama y nadie puede quedarse al margen de su llamada. Nadie puede despreciar esta visita de Dios.

Cada comunidad irá estudiando la confirmación, en las reuniones y en la mini-asamblea. Cada comunidad se preparará, con mucha oración y estudio, para la gran asamblea del pueblo.

Nuestra Señora, la madre de Jesús, a quien hemos rezado mucho en este mes de mayo, nos acompañará, sin duda, protectora, durante esos dos meses de Gracia. Y el Espíritu Santo vendrá, generoso, a nosotros, a toda la Iglesia de São Félix do Araguaia.

Alabado sea el Padre, hermanos; han llegado los vientos generales, ha llegado el viento de Dios...

Vuestro obispo y compañero os abraza con mucha amistad y alegría.

(Junio de 1982)

3

Cartillas Pastorales de nuestra Iglesia

Dios en la vida del pueblo

En los antiguos catecismos aprendíamos que Dios está en todas partes. Pero esa presencia de Dios fácilmente era imaginada como un Dios glorioso en el cielo y omnipresente en la tierra. Padre y juez dentro de cada uno de nosotros.

Sin embargo, olvidábamos, fácilmente también, que Dios actúa en la marcha del pueblo, en el día a día de la historia, en las luchas y en las esperanzas de los pobres que buscan su liberación,

El Concilio Vaticano II, para toda la Iglesia; Medellín y Puebla, para la Iglesia de América Latina, han venido a recordarnos que *Dios está en la vida del pueblo*.

Ha sido el propio pueblo quien se lo ha recordado a la Iglesia de Dios.

Ha sido el Espíritu de Jesús resucitado quien ha despertado para esa fe de encarnación y de redención a su Iglesia, bastante dormida, demasiado enajenada.

La Biblia ha estado siempre ahí, para ser leída como el libro de la historia de los hombres amados por Dios. El Dios de la Biblia es el Dios de un pueblo en marcha y se revela, a través de Israel, como el Dios liberador de todos los pueblos.

Pero, desgraciadamente, la Iglesia, todos nosotros, nos quedamos muchas veces con la Biblia entre las manos, como un libro de historias pasadas o como el libro de la consolación individual.

Separamos la Biblia de la vida, separamos la Biblia de la comunidad, separamos la Biblia del pueblo.

En los últimos años, sin embargo, otra vez, como en los días mejores del pueblo de Israel, como en los días fieles de la Iglesia de Jesús, la Palabra de Dios y la vida de los hombres se están encontrando en un diálogo fecundo. La historia del antiguo pueblo de Dios, escrita en los Libros Sagrados, viene al encuentro -como luz, como promesa- de la historia del nuevo pueblo de Dios, que se escribe día a día vivencialmente.

Esta cartilla bíblica y popular de la Prelatura de São Félix do Araguaia, que la Editorial Vozes acoge generosamente en sus ediciones, quiere ser una sencilla contribución a ese diálogo salvador entre Biblia y vida, entre Biblia y pueblo, entre la historia sagrada del pueblo de Dios y la sagrada historia del pueblo de los hombres, hijos de Dios, salvados en Jesucristo y con Él constructores del Reino.

El método de esta cartilla ya no es original. Se consideran simultáneamente la Biblia y la vida del pueblo. Cada "lección" parte de un suceso que el pueblo conoce de cerca y sobre el cual se esparce la luz de la Palabra de Dios, con algún pasaje bíblico, semejante a ese suceso. La ilustración gráfica de ese hecho o escena, suscita el diálogo comunitario y comunitariamente se confrontan, en la fe, en la oración, en la discusión crítica, la acción de Dios y la actuación del pueblo, ayer en la Biblia, hoy en la vida de la comunidad.

Los textos sencillos, los dibujos realistas, las preguntas pedagógicas, los mismos pasajes de la Biblia sintetizados, pueden ayudar a otras comunidades como han ayudado a las comunidades de la iglesia de São Félix.

El Espíritu, que escribió la Biblia por las manos y por la historia del pueblo de Israel, sigue escribiendo el Libro de la Vida por la boca, por las luchas, por la fe de nuestro pueblo.

Nuestro Catecismo

Nos gusta el catecismo, porque en el catecismo aprendimos a conocer a Dios y a rezar. En el catecismo empezamos a tener amistad con Jesús.

La Biblia es el Libro del pueblo de Dios. El catecismo es como la cartilla elemental.

En el catecismo encontramos, como en una alforja, los temas principales de nuestra fe, algunas palabras más importantes de la Biblia, los puntos más significativos de la vida de Jesús.

Saber el catecismo es como andar por la vida bajo la luz de Dios.

Siempre que uno no se quede solamente sabiéndolo... Es necesario *saber y vivir el catecismo*. Saber y vivir el Evangelio. Conocer el proyecto de Dios, que es el Reino, y trabajar por el Reino hasta la muerte.

El catecismo es como la mesa de la comunidad reunida. El niño come lo que es de más fácil digestión. A medida que crece, va comiendo de todo. Pero los adultos han de aprender y entender y vivir todo el catecismo.

Este "*Nuestro Catecismo*" presenta, en la primera parte, el Credo explicado. En la segunda parte presenta nuestra Ley y nuestra Oración: cómo debemos vivir, cómo debemos orar.

En la primera parte, al margen del texto, hay unas palabras en letra más negra. Esas palabras han de ser aprendidas de memoria. Son como el resumen, como el meollo. Incluso los niños han de aprender esas palabras.

Las principales oraciones de la segunda parte hemos de aprenderlas todos.

El mejor catecismo, sin embargo, no es precisamente un libro de papel. *El mejor catecismo es la familia*, religiosa y unida. *El mejor catecismo es la comunidad*, sincera en su fe, animada en las celebraciones, valiente en las luchas de la vida.

Cada uno de nosotros ha de ser para los hermanos, un catecismo vivo.

Como Jesús es el Catecismo del Padre.

Como María y los apóstoles son los primeros catecismos de Jesús.

Lo que uno cree, eso habla y hace. La fe que tenemos en el corazón ha de resplandecer en toda nuestra vida.

Nosotros debemos ser, como Jesús, la luz del mundo.

Iniciación popular a los Sacramentos

Hace tiempo que estábamos preocupados por encontrar material catequético que respondiese a las necesidades pastorales del pueblo de nuestra región. Estamos en el Mato Grosso, dentro de la Amazônia Legal del Brasil. Lo que fuera de aquí se publica -mucho y bueno- en materia de pastoral, de catequesis y de liturgia, no responde satisfactoriamente a la situación sociorreligiosa y a las condiciones de lectura y percepción de nuestro pueblo campesino.

A medida que la pastoral de nuestra Prelatura se organizaba más comunitariamente, con mayor participación activa del propio pueblo, sentimos más la necesidad, y también la posibilidad, de producir nosotros mismos ese material.

Cada año, el pueblo de Dios de nuestra Iglesia celebra asamblea general. Cada asamblea estudia un tema básico de nuestra vida de fe y toma decisiones pastorales en torno al mismo.

A partir de esas necesidades y de esa experiencia, nacieron estos folletos: una especie de catecismo por entregas o en pequeñas dosis.

El pueblo de la región ha clasificado espontáneamente estos folletos como "cartillas": "Cartilla del Bautismo", "Cartilla de la Misa"... Y acertó. Los folletos querían ser eso, precisamente: una cartilla pastoral, simple, directa, básica. Lo substancial de nuestra fe, dicho según la vida y el aire de nuestro pueblo.

Las diferentes comunidades de la Prelatura estudian un tema básico, el tema de la asamblea del año, y dan sus respuestas. Esta cosecha toda se confronta, se resume y se devuelve al pueblo en el folleto.

Primero publicamos los folletos en mimeógrafo. Después, la gran editora Vozes se interesó por imprimirlos a nivel nacional, dentro de la Colección "«De la base para la base»".

Nos conmueve, ahora, saber que esos folletos, nacidos en una pequeña Iglesia perdida en los confines de la Amazônia, puedan servir para Iglesias hermanas de esta común Patria Grande que es América Latina. Jesús resucitado, que es el Libertador total, derrame sobre estas hojas populares su Espíritu de vida nueva.

¿QUE ES EL BAUTISMO?

Para el pueblo de la región -así como para todo el pueblo llamado cristiano, rutinariamente bautizado, y que viene bautizando rutinariamente a hijos y ahijados-, era necesario un instrumento pastoral que lo sacudiese en la fe frente al bautismo.

¿Qué es el bautismo? ¿Qué no es el bautismo? ¿Quién quiere de verdad, o quién puede bautizar a sus hijos? ¿Quién puede ser padrino de bautismo? ¿Quién no lo puede ser, de ningún modo? ¿Qué papel juega la comunidad a la hora de bautizar? ¿Qué significa Nuestro Señor Jesucristo en el bautismo?

El folleto insiste en el compromiso bautismal. Ser bautizado es entrar en el peligroso callejón en el que el mismo Jesucristo entró, participar de su muerte pero también de su resurrección, siempre en favor de los hermanos.

¿QUE ES LA CONFIRMACIÓN?

Muchos cristianos saben que la confirmación es el sacramento administrado normalmente por el obispo. Piensan también que la confirmación es sacramento que da fuerza. Recuerdan que antes se confirmaba a los niños, y ahora no.

Pero qué es realmente la confirmación, muchos cristianos no lo saben. Por ese motivo, la asamblea del pueblo de 1981 decidió que el tema principal de nuestra asamblea y de nuestro caminar en 1982 debería ser la confirmación. Para que toda la Prelatura conozca bien ese sacramento y para que el mismo se administre, entre nosotros, de un modo consciente y sincero.

La confirmación no es un asunto que cada uno pueda resolver individualmente. Es asunto de la comunidad. La propia comunidad es la gran madrina de la confirmación.

Esta cartilla quiere ayudarnos a entender mejor el sacramento de la confirmación, para que vivamos confirmados de verdad.

En la confirmación recibimos de un modo especial el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Dios que Jesucristo nos comunica. Deberemos, pues, verlo todo a la luz de Dios (que es la fe); deberemos enfrentarlo todo con la fuerza de Dios (que es la esperanza); y deberemos amar con el mismo amor de Dios (la caridad).

Ser confirmado es ser *confirmado en el bautismo*. Ser confirmado es ser testigo valiente de Jesús. Es ser misionero del Evangelio con la palabra y con la vida. Ser confirmado es ser constructor del Reino de Dios, trabajando por la justicia y por la fraternidad en medio del pueblo. Es ser un animador siempre animado de la comunidad.

El Espíritu Santo viene a nosotros en la confirmación, como vino sobre María y los apóstoles, el día de Pentecostés. Él quema en nosotros el miedo, la ignorancia, el egoísmo y nos transforma en Iglesia activa y valiente.

Si el Espíritu de Jesús resucitado es nuestro motor y guía, ¿quién va a detener nuestra marcha?

"¡Ven, Espíritu Santo, y llena nuestros corazones con tu amor!".

¿QUE ES LA MISA?

Para la mayoría de los cristianos, sin duda, resulta más difícil aún responder a esta pregunta ¿qué es la misa?, que responder a la otra pregunta de qué es el bautismo.

La teología, la liturgia, la pastoral se cansan de decir que la eucaristía es el centro de la vida cristiana. Pero ¿qué es realmente la eucaristía?, ¿qué es la misa?

Este folleto pretende ser modestamente una cartilla pastoral para animar la misa.

Los temas básicos de la eucaristía son presentados dentro de una dinámica comprometedora. No se trata de "asistir a misa", sino de "hacer la misa", sobre todo cuando la misa termina, allá, fuera de la iglesia, en la lucha diaria de la vida.

Estamos celebrando aquí en el Brasil un año eucarístico. Que no sea simplemente una ceremonia pasajera.

A medida que el pueblo cristiano vaya entrando conscientemente en la eucaristía, su vida se hará más cristiana. No se celebra impunemente la eucaristía cuando se sabe qué es la eucaristía. No se pasa por la Pascua sin morir y resucitar.

Bienaventuranzas del Pueblo Cristiano

1. Feliz aquel que ama a Dios y vive, por la fe, en su presencia.
El que cree, ora y tiene tiempo para participar de las celebraciones de la comunidad
2. Feliz aquel que reconoce a Dios como el Padre que cuida celosamente de sus hijos.
 - No hagas de Él un negociante, recordándolo sólo a la hora de pedirle favores y a cambio de las promesas que le hagas.
3. Feliz aquel que ha descubierto que el verdadero Dios camina con el pueblo y quiere su liberación.
 - No digas que es voluntad de Dios la explotación, la miseria, la injusticia, la existencia de ricos y pobres.
4. Feliz aquel que sabe que seguir a Jesús es vivir en comunidad, siempre unido al Padre y a los hermanos.
 - No te engañes: quien se aleja de la comunidad, en busca de ventajas personales, se aleja de Dios; quien persigue a la comunidad, persigue a Dios.
5. Feliz aquel que respeta y trata a todos como iguales, como hermanos de verdad.
 - No es verdadero cristiano quien desprecia al indio, al negro, al peón, al anciano, a la prostituta, al pobre.
6. Feliz aquel que confía en los compañeros. "El mundo será mejor cuando el menor que padece sepa confiar en el menor".
 - No confíes en las promesas de los grandes. No pretendas apoyarte en "árbol que da mucha sombra". "Acuerdo" de patrón y trabajador no puede dar resultado.
7. Feliz aquel que cree que la vida y el buen nombre de los compañeros vale más que todo el oro del mundo.
 - No es cristiano el que se deja llevar por la venganza, el que no sabe perdonar, el que levanta falso testimonio, el que traiciona a los compañeros.
8. Feliz aquel que ama y respeta a su familia: el marido, la mujer, los hijos, los padres.
 - No estropees tu vida y la felicidad de tu familia con tiranías, con el juego, en borracheras, en la prostitución.
9. Feliz aquel que sabe que su dignidad personal es sagrada.
 - No vendas tu conciencia, tu libertad, tu voto, por dinero, empleo, ventajas.
10. Feliz aquel que ha descubierto que la verdadera religión consiste en amar a Dios como Padre y al prójimo como hermano:
 - trabajando por el Reino de Dios
 - estando siempre al lado de los más débiles
 - no acobardándose nunca, ni siquiera en las dificultades y persecuciones
 - luchando por la Liberación, en las organizaciones populares, en el Sindicato, en la política, en la comunidad.

Espiritualidad y misión

El archivo de la Prelatura de São Félix, cuenta una historia breve pero densa, agitada, fecunda. Apenas 10 años de Prelatura y 15 de Misión han dado textos para buen número de archivadores.

La Hermana Irene nos va sacando del armario las carpetas: Además de la historia de la Misión y de la Prelatura, están los análisis, las investigaciones sobre la realidad y las situaciones de la región; problemática de tierras, salud, escuela, comunicaciones, indios, peones, haciendas, latifundio, represión, denuncias, acusaciones contra la Prelatura y solidaridad con ella. Cultura popular, asambleas del pueblo, actas y líneas de acción pastoral. Las carpetas de cada zona pastoral y de cada comunidad. Iglesias hermanas, Amazônia, América Latina... Y las carpetas de la abundantísima correspondencia recibida y expedida entre 1968 y 1983. Y los escritos "mayores" y los pronunciamientos de Pedro...

En este mundo tan por hacer, donde el clima es cómplice de la pobreza y de la destrucción, sólo unas manos cuidadosas, como las de la Hermana Irene Franceschini, pueden tener en orden y en buen estado tantos papeles.

Tomamos la carpeta de los escritos de Pedro más extensos. Tiene entrevistas, semblanzas para obras colectivas, prólogos a varios libros, artículos y textos de espiritualidad...

- Todos me fueron pedidos y los he tenido que escribir con esa prisa constante que tú experimentas estos días. Con la prisa que impone el ministerio pastoral y sin mayores pretensiones de sistematización. Tampoco podía negarme.

- ¿Por qué?

- Pues, hombre, uno tiene que hacerle hueco a la Palabra también escrita. Tenemos que dar siempre razón de nuestra esperanza, como diría Pedro. Ante este tipo de peticiones de Iglesias hermanas, pueblos en conflicto o de grupos o revistas comprometidas con la causa del Reino o de figuras ejemplares, creo honestamente que no me puedo negar. Otros enviarían un telegrama o cogerían el teléfono. Yo escribo.

- Todos estos escritos tuyos son vivenciales. No teorizas. Si te piden un tema, cuentas tu experiencia. Para escribir sobre la conversión, dices que tendrías que contar tu propia conversión. ¿Por qué esa acentuada vivencialidad en tus escritos?

- En crítica literaria se diría, quizás, que si uno tiene una cierta vena de poesía lírica, siempre escribe autobiográficamente. Y en cristiano yo comulgo con esos acontecimientos, esos martirios, esas causas. Son temas tan vitales, por otra parte, como el seguimiento de Jesús, la experiencia de Dios, la pobreza, la nueva espiritualidad de la liberación, la conversión diaria... No hago teorías porque no sabría hacerlas, porque no soy teólogo. Hay muy buenos escritos teológicos y tú sabes que me gusta leerlos. Conozco, admiro y respeto a los que tienen el carisma de teólogos en la Iglesia. Pienso, por otra parte, que todos, en la Iglesia y en el mundo, nos movemos más por el testimonio que por la teoría. Los buenos teólogos también reflexionan y escriben sobre la "experiencia" de la fe.

- Veo que en estos textos, y en la mayoría de tus escritos, te sale fácilmente el látigo, fustigas las injusticias de la sociedad y también ciertas cosas de la Iglesia, de nuestra Iglesia. Insistentemente.

- Dirían aquí, en el Brasil, que los españoles somos así. Algunos piensan que la situación dramática que me ha tocado vivir de cerca me ha afilado la palabra. En todo caso, espero que no sea por irritación temperamental. Dios sabe cómo busco la paz... La injusticia me subleva, ciertamente. Y pienso que debería sublevar a todos los hijos de Dios. Toda palabra cristiana debería ir cargada de profecía. Un obispo, además, habrá de ser profeta por definición. "A tiempo y a destiempo". "¡Ay de mí si no anunciase!", pero, también ¡ay de mí si no denunciase! Me duele el mundo porque no es como lo quiere Dios. Y me duele esa nuestra Iglesia porque no es como pienso que la soñó Jesús al servicio del Reino. Me duele, quizás me duelo a mí mismo como cristiano y como pastor, porque no somos lo que deberíamos ser. Yo estoy convencido de que la pasión por el Reino y el amor familiar a la propia Iglesia como instrumento del Reino, deben movernos a esa denuncia, a esa corrección fraterna, a esa libertad para la transformación. Ya sabes cómo me indigna el prurito de querer salvar una "imagen" compuesta de la Iglesia, cuando debemos salvar la misión evangélica de la Iglesia. "Pecadora y santa" siempre lo ha sido, la Iglesia, y lo será; por lo menos, reconozcámoslo.

Puedo decirte, por otro lado, cuántos cristianos y cuántos no cristianos me han agradecido esta libre sinceridad. Me dicen que les hace bien, que les acerca a la Iglesia y a Jesús. También eclesiásticamente la humildad es la verdad.

Al final de este capítulo, atención a ese Francisco de Asís que Pedro ve aquí, en esta América Latina. Pedro se lleva bien con los santos, los entiende. Le digo que traiga a otros santos a esta América, y se le enciende el alma:

- ¡Qué sugerente, imaginarse a muchos santos viniendo a vivir hoy en esta América Latina! Desde Pablo de Tarso, pasando por Agustín de Hipona o Vicente de Paúl, por nuestra Teresa de Jesús, hasta un Padre Maximiliano Kolbe que tuviese que vivir en Chile o en Haití...

1

¿Qué es para mí la experiencia de Dios?

Me hacéis unas preguntas vitales, que obligan a responder, porque los cristianos tenemos el deber y la gracia de dar testimonio de nuestra esperanza.

Me pedías este pequeño testimonio personal para las comunidades cristianas del pueblo vasco. Esto me obliga más aún. Yo creo cada día más en el poder de fermento de las pequeñas comunidades. Y creo cada día más en el derecho sagrado de las minorías que tienen, todas, a su manera, una especial característica evangélica: son un "resto", son los "pobres". El contacto con los pueblos indígenas, su lucha, su martirio, van desarrollando en mí agudamente esta conciencia. Soy catalán, además, lo que ya ha podido significar también una cierta experiencia de minoría, vivida en carne propia.

1. Dice Joseba que estáis descubriendo cada día más que *nuestra fe tiene mucho de identificación con un mensaje*. También mi fe ha partido de ahí; la de casi todos, de un modo u otro. La fe nos ha entrado por los oídos. Lo cual fue constatado ya por San Pablo, canónicamente, digamos.

Lo malo es que nos quedemos ahí, rutinariamente. De este modo el mensaje pasa a ser apenas doctrina y una doctrina más, posiblemente. ("Eso aprendí", "eso me enseñaron", "el catecismo decía eso", "en el colegio nos lo explicaron así", "la Iglesia dice eso"...). Doctrina "infantil". Y viene la vida con su avalancha crítica y sus intereses y reveses, y el mensaje, o la doctrina, pasa a ser apenas un recuerdo, quizás una leyenda y hasta una memez.

2. Nos ha faltado "ver" al Mensajero de este mensaje. *Nos ha faltado encontrarnos con Jesucristo*. Conocerlo, amarlo, seguirlo.

Estoy leyendo estos días un libro muy bueno del jesuita vasco Jon Sobrino, *Cristología desde América Latina*. Él insiste muy bien en este aspecto, siempre actual, del seguimiento de Cristo. El vasco Ignacio de Loyola, a su manera, en su tiempo, lo entendió de maravilla.

¿Cómo se hace eso? Pienso que cada uno tiene su hora. Dios le da a cada uno sus oportunidades.

Para mí fueron ésas: mi familia, "nuestra" guerra, el Seminario -a pesar de todas sus aberraciones de formación-. A pesar de las aberraciones, mayores, de "nuestra" guerra. Recuerdo algunos momentos fuertes que me marcaron: el estudio de San Pablo, por ejemplo; las vidas de Jesucristo y otros libros Cristológicos que leí con fruición. Y una obsesiva petición que yo hacía, en aquellos buenos tiempos, para conocer a Jesucristo.

Fueron, siempre, los pobres. El pobre es el mejor Evangelio de Jesús.

Fue, es, el contacto con el propio Jesucristo, vivo y presente, en la oración, en la eucaristía, en los compromisos concretos por su causa.

Con todo lo que pudiese tener de juvenil, aquella voluntad de "ir a las Misiones". La renuncia a ciertas comodidades o derechos. La vida religiosa, a pesar de sus deformaciones estructurales. El ministerio sacerdotal, que muchas veces era asumido con desgastante fidelidad.

Últimamente, aquí, en este Mato Grosso, maravilloso y sombrío, en esta querida y descuartizada América Latina, el riesgo, la posible muerte por su causa, que es la causa de la justicia y la liberación de los hermanos más pequeños, hijos del Padre Dios.

Todo eso ha sido hora de encuentro, oportunidad providencial que le ha acercado a uno al Señor Jesucristo.

Pienso que sólo la vida nos hace vivir. Sólo buscando a Cristo se encuentra a Cristo. Sólo buscándolo donde está, claro...

Nos ha faltado, digo, "ver" al Mensajero, enviado del Padre, misteriosamente igual a Él, pero también realmente igual a nosotros. Mensajero hecho mensaje de carne, de pobreza, de libertad, de muerte, de vida nueva.

3. Nos ha faltado también sentir y vivir *el para qué del mensaje, hacia quiénes iba, con quién debíamos compartirlo*. Nos ha faltado convivir el mensaje. Nuestra fe ha sido rabiosamente privada, capitalizadora, y, por eso mismo, condenada a la esterilidad, al aburrimiento radical, a la muerte.

Nos ha faltado sentir el Reino, por el cual el Verbo de Dios se hizo hombre. Puedo aseguraros que sólo estos últimos años he descubierto, con cierta lucidez liberadora, la verdad del Reino. Que es mayor que la Iglesia; del cual la Iglesia es una señal; hacia el cual debe tender todo; que se construye con todo cuanto hay de verdad, de justicia, de fraternidad, en las luchas y en las aspiraciones de los hombres.

Nos ha faltado sentirnos Iglesia, desde luego. Que no es lo que quizás veníamos pensando, a contrapelo y con razón. Que es, debe ser, otra cosa: la comunidad fraterna, libre, jubilosa, servicial, de aquellos que han recibido el mismo don de creer en Jesucristo, de vivir conscientemente de su Espíritu y de anunciar su Reino, haciéndolo con la palabra, con la vida, hoy, aquí, hacia un mañana mejor, hacia el mañana eterno.

También nos ha faltado un poco de humor en nuestra fe, sobre todo por lo que se refiere a la Iglesia institución y a sus esquemas doctrinales y jurídicos. Recientemente releí *Teología en broma y en serio* del apaleado y siempre fiel José M.^a Díez Alegría, a quien Dios y San Ignacio bendigan largamente. Conste que creo en el Papa, como Pedro, no como Jefe del Estado Vaticano. Creo en la Iglesia, incluso como institución, claro está, pero de un modo más evangélico.

4. Pienso también que *se trata de volver a Dios siempre*, de darle vueltas a Dios. Hay que experimentar a Dios, porque se puede. Porque esta experiencia -de fe, de confianza, de servicio en el servicio a los hermanos- es lo más vital de nuestra propia vida. Dios no se demuestra, claro, ni se consigue experimentarlo con recetas, pero sí viviendo justamente.

He de reconocer que Dios me ha sido fácil. Gracias a Dios, nunca he dudado de Dios. Gracias a Dios, siempre me ha parecido que sólo Dios resuelve, en última instancia, lo insoluble de la vida. Y siempre me he sentido niño ante Dios. Reconozco que es un don esta fe. Creo que es también resultado gratuito de una cierta "simplicidad" interior. Los ricos, los grandes, los chulos, no podrán ver a Dios. Eso no lo digo yo, lo dice el Evangelio. El problema no es ser pecador, sino ser engreído. Sólo hay un pecado radicalmente tal; el orgullo exasperado.

Digo que hay que volver siempre a Dios:

- por las mediaciones de la fe, en la oración, en la contemplación; en un culto vivo y alegre; en la convivencia comunitaria, eclesial, "ecuménica" (con todos los cristianos, con todos los hombres de buena voluntad) de la causa del Dios vivo, que es el hombre viviente,

- por las mediaciones de la naturaleza, descubierta con capacidad de asombro, amada, respetada, disfrutada humanamente. También aquí uno viene aprendiendo mucho de los pueblos indígenas y, por contraste, de la salvajería institucionalizada y transnacional del latifundio, del desarrollo capitalista,

- por las mediaciones de los hombres, hijos de Dios todos ellos, y todos ellos hermanos. Estoy hablando de los hombres concretos, que son los únicos que existen,

- por las mediaciones del propio corazón, con sus ansias y sus esperanzas, con sus temores y hasta desesperos, con el hondón de su capacidad nunca saciada. Esa sed que uno siente dentro es sed de Dios, no hay que darle vueltas a la noria buscando otras aguas...,

- por las mediaciones, en fin, de la vida y de la historia. Cada día me parece más evidente que no hay más que una historia humana, que es la Historia de la Salvación, porque no hay más que un Dios que crea y ama y salva al hombre y lo redime en Jesucristo y en Él lo congrega y por Él finalmente lo glorifica. (No me estoy olvidando ni del pecado ni de la Biblia ni de la Iglesia).

5. No sé si os va a parecer todo eso receta, aun cuando estoy condenando las recetas. Ni sé, Joseba, si es por aquí que me querías.

Sea como fuere, aún quiero deciros otras tres palabras, tres: la pobreza, la esperanza, la "caridad". (Esta entre comillas, la pobre, porque ha sido prostituida durante siglos, como una mujercilla portuaria).

Creo que *la pobreza* se nos impone, aquí y ahí. Una pobreza que nos libere de nosotros mismos, de las cosas como codiciadas, como manoseadas, del consumismo, de la artificialización de la vida, toda ella electrodomesticada. Una pobreza que nos libere de la competencia y de la codicia, del dios lucro, del capitalismo. (El capitalismo es pecado, digo yo... y no veo cómo absolverlo, amigos). Una pobreza que nos haga convivir con los pobres, para entrar en su lucha -que es clasista, naturalmente, porque las clases están ahí y son la constitución iniqua de nuestra sociedad-, para ayudarlos a vencer la miseria, la sumisión, la dependencia, la explotación. Una pobreza que nos devuelva comunitariamente la sencillez de la vida.

Sé que estoy hablando utópicamente, o sea, evangélicamente. Creo que estoy recordando apenas el verdadero plan de Dios y la verdadera felicidad del hombre. Si no creemos eso y no lo pretendemos, arriesgándonos por ello hasta las últimas consecuencias, maldita la gracia de nuestra fe y maldita la gracia de nuestra humana vida.

La esperanza, decía Péguy, es la más pequeña de las tres -las tres virtudes teologales- y debe ser la más apasionadamente vivida, quizás mayormente en nuestros tiempos, o desesperados o autosuficientes. Una esperanza invencible, a pesar de todos los pesares, contra toda esperanza.

Aquí nos encontraremos con todos los utópicos y todos los verdaderamente revolucionarios. Aquí nos encontraremos con Jesucristo resucitado, que es nuestra Pascua y por eso mismo nuestra esperanza.

Una esperanza que nos haga vencer el tedio, la rutina, la decepción, el desespero, los fallos de la familia, de la sociedad y de la Iglesia, nuestros propios impenitentes fallos...

En estos broncos años de Mato Grosso, con tanta injusticia de por medio y tanta muerte absurda y con problemas de represión político-policial o de incomprensión eclesiástica, con la propia muerte al acecho -como uno de nuestros jaguares, pero en mayor- yo he crecido, sobre todo, en esperanza. Rabiosamente. Ahora me parece incluso que sólo se espera en la medida en que se viven circunstancias concretas como para desesperar. Sólo se espera, diríamos, en la medida en que se desespera. La esperanza, pienso ahora, es también pobreza. Nadie va a esperar si ya está harto con su yo, con su ahora, con su mundo presente. Sólo espera quien vive el futuro.

Dije también *la caridad*. O sea, el amor a Dios, el amor por Dios, desde Cristo, como Cristo ha amado, según la fuerza que su Espíritu de Resucitado nos comunica para amar. Ahí fallan todas las elucubraciones y todas las referencias simplemente ideológicas. Porque hay que amar a todos, siempre, perdiendo, jugándose la vida.

Una caridad que se da íntegramente, que hace de la causa de Dios y de los hombres la propia razón de vivir, que muere por esta causa.

Yo he pasado mucha rabia en este Mato Grosso y he meditado mucho, con la boca llena de agua, como quien se ahoga, en la violencia y no violencia y me ha tocado perdonar muchas veces a los enemigos del pueblo que son, os lo digo con toda sinceridad, mis únicos enemigos -mis adversarios, si queréis que os hable como todo un obispo-. Eso, sin embargo, no me impide -Dios sabe hasta qué punto acierto o yerro- continuar detestando el capitalismo, la dictadura, el latifundio... Eso, por el contrario, me obliga a hacer lo posible para que esos enemigos "se acaben".

Paulo Freire, el maestro de América, ha dicho con lúcida precisión evangélica que el único modo de amar a los opresores es hacer que nunca más puedan oprimir a nadie. Y antes que Paulo Freire lo cantó María, la madre de Jesús, en su Magnificat: los poderosos han de bajar del trono y andar como todos, a pie lleno. Hay que amarlos despojándolos. Con eso los hacemos pobres y por eso mismo libres. Suponiendo que ellos quieran.

Quiero decir que la caridad o es política también o no es. Ya Pío XI hablaba del "amor político". La caridad de todo cristiano; la caridad de un obispo, pues, y la de una carmelita de clausura. ¡Si vieseis cómo saben entenderlo y vivirlo así las Hermanitas de Jesús, por ejemplo, en nuestra aldea de indios Tapirapé!

Joseba, amigos, estoy divagando. A veces, cuanto más se habla menos se dice. Lo cierto es que hay que vivir el día a día. Hay que rezar, cada día también. Hay que enfrentar la injusticia y construir la libertad fraterna, día a día. Hay que compartir, abrirse a los otros, acogerlos (¡solos nos hundimos!). Hay que anunciar el Reino de Dios, que Jesucristo ha dicho y vivido y por el cual ha muerto y para el cual ha resucitado.

Haced la prueba: daos al prójimo, al pobre, al oprimido. Hacedos marginados con los marginados. En la pobreza marginada, compartida desde el Evangelio, siempre se encuentra a Dios...

2

Cuestionario radiofónico sobre Jesucristo

-¿*Qué aspecto le impresiona más de la personalidad de Jesús?*

-Su preferencia por los pequeños, por los marginados, por los perdidos. La novedad de sus valores en contraposición a nuestros valores. El escandaloso mensaje de las Bienaventuranzas. Novedad y mensaje que son actitud de vida en el Señor.

-¿*Qué página del Evangelio seleccionaría usted si le obligaran a elegir?*

-La Pascua de Jesucristo: su muerte y resurrección.

-¿*Cuál le parece que es la esencia del cristianismo, según Jesús de Nazaret?*

-El Mandamiento nuevo, el mandamiento característico suyo: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán que sois discípulos míos" (Juan 13, 34-35).

Este amor diferente, universal, a la manera de Él, supone la vivencia de la filiación divina. Sólo sintiendo a Dios Padre de todos, se ama así a los hermanos.

-¿*Qué le parece que le falta al cristianismo actual?*

-Según mi óptica, digamos, que no sé si coincidirá plenamente con la óptica del Señor: Una pasión radical por la justicia, que se traduzca en una radical encarnación en la pobreza de los pobres y en su lucha por la liberación total.

Aquella esperanza plena que significa la vivencia habitual de la resurrección de Cristo. Esperanza en el propio Jesús, en el hombre, en la historia, en el universo.

La enamorada contemplación del Dios vivo, revelado en Jesucristo, muerto y resucitado, y en el hombre, peregrino, mortal y redimido, y en la naturaleza, criatura de Dios y del hombre, ámbito de muerte y de resurrección.

-¿*Qué le parece que le sobra al cristianismo actual?*

-Compromiso con los poderes de este mundo y con sus propias tradiciones rutinarias, burocráticas y segregativamente etnocéntricas.

Miedo. Compostura. Seguridad orgullosa.

-¿*Cuál ha sido el encuentro personal con Cristo que ha dado sentido a su vida cristiana?*

-Toda mi vida consciente ha sido un sucesivo encuentro con Él. Debo decirlo con abrumada gratitud. Se me haría difícil hablar de "el" encuentro. En todo caso, puedo afirmar con sinceridad que donde más significativamente he encontrado al Señor ha sido en los pobres, en los marginados, en los oprimidos de ciertos sectores de España, de la Guinea, de este Mato Grosso. En algunos riesgos por la causa de los pobres. Y en la persecución.

3

Convertirse

Me pides algo mío sobre la conversión, para "Misión Abierta". Algo mío sobre ese particular sería mi propia conversión, que en muchos aspectos está todavía por despertar a la luz. Tú me conoces. Uno es muchos dentro de sí, y hay algunos de esos yos sobrepuestos o adjuntos o paralelos que no acaban de hacérseme cristianos: mi sensibilidad susceptible, mis silencios, mi ira amarga frente a la injusticia, mi falta de confianza en Dios, en mí, en los demás...

No tengo nada nuevo que decir sobre la conversión. Ni siquiera nada sistematizado. Rezar, cantar el Miserere, el *Rorate*; repetir la palabra del publicano; el grito de asombro del centurión y, sobre todo, la mayor palabra de conversión que el cristianismo ha escrito: la última palabra de Juan y de la Esposa, en el Apocalipsis: "¡Ven, Señor Jesús!".

Dios nos llama, por su Hijo, a vivir en comunión con Él. Ha hecho con los hombres, con cada hombre, con la humanidad entera, una Alianza de Amor. Nos ha dado su palabra y su vida. Quiere darnos para siempre su propia felicidad: aquí en la tierra, progresivamente; plenamente, allá en el cielo. A cada uno, en la singularidad de nuestras aspiraciones; a todos, como una familia de potencialidades y tensiones y amores entrecruzados.

Pecar es romper esa comunión.

Convertirse es volver a entrar humildemente, alegremente, en comunión con el Dios vivo, consigo mismo, con los hermanos todos.

La conversión es una vuelta al Dios de todos: un ecumenismo pleno. Nunca Dios nos autoriza a tener cerradas contra alguien las puertas del propio corazón, las puertas de la Iglesia. ¿Quién es quién para excluir a nadie, cuando Dios nos incluye a todos?

La conversión es una sacudida de la Gracia y de la sencillez, puestas de acuerdo, capaz de derribar el orgullo, el egoísmo, la desesperación y el dinero: Los cuatro pecados contra el Espíritu: la idolatría del yo y del oro. Abandonar esos ídolos para volverse al Dios vivo y verdadero (I Tes 1,9).

La "metanoia" de la conversión no es simplemente un cambiar de ideas y un saber por dónde va el camino. Como tener fe no es simplemente "creer". Hemos hecho con demasiada facilidad de la profesión cristiana un estar al par de las cosas "según la luz de Dios"; cuando debíamos hacer de ella un abrasarse en esa luz que es un fuego devorador.

La metanoia no es un sabérselas todas, a lo cristiano. Es una "reviravolta", un "capgirell", una voltereta vital.

Convertirse es aceptar las Bienaventuranzas como programa de vida, como "ley fundamental" de la Iglesia. Y no apenas como una olímpica tomadura de pelo del Altísimo Señor que nos habría propuesto socarronamente una plus marca inalcanzable...

Convertirse no es sólo arrepentirse, llorar sobre lo pasado. Jesús repetía en el Evangelio a los pecadores perdonados: "Levántate, ponte en camino...".

La conversión es un proceso vital, histórico, como el crecimiento. Un proceso vital y social. El pecado está en el mundo, está en cada uno de nosotros, en la desfachatez o agazapado, más o menos querido, pero está. Vivir, crecer, evolucionar, caminar en la historia personal y en la humana grande historia ha de ser necesariamente irse convirtiendo, irlo convirtiendo todo.

No basta con rasgarse las vestiduras, para convertirse; como no bastó nunca confesarse en la penumbra del confesionario; como no bastará ahora con celebrar una bonita confesión comunitaria. No basta, para convertirse, con renovar los advientos y las cuaresmas, o con organizar colectas socializadas o dar tantos por ciento tranquilizadores. Es preciso rasgar el corazón, circuncidar la raíz de las estructuras de pecado, "subvertir" el orden establecido en el propio espíritu -burgués-, en la propia familia -cerrada-, en la propia empresa, en la calle, en el país, en la Iglesia, en el mundo.

No valen las excusas, desentendidas, decepcionadas, de los que están de vuelta de todo, de si una Iglesia tal o una sociedad cual. Tú y yo somos la Iglesia y somos la sociedad. No se trata de esperar a que las estructuras de la Iglesia o de la sociedad se transformen: es preciso urgirlas a la conversión desde el interior de las mismas y desde la acción de cada uno de nosotros.

Sin que esto signifique que las estructuras de pecado no estén ahí, poderosas, imposibilitando, en nuestro hogar, en el trabajo, en el Estado, en la economía, en la política mundial, en la Iglesia.

Y esas estructuras han de caer a golpes de sinceridad evangélica, a golpes de audacia cristiana, a golpes de revolución social.

Según los entendidos, el mensaje de conversión de los profetas del Antiguo Testamento, sobre todo a partir del siglo VIII, se dirige al pueblo entero. La penitencia para ser verdadera habrá de ser cada vez más comunitaria, porque es cada vez más comunitario el pecado y más comunitaria también la conciencia que del pecado se tiene.

Solamente la Justicia nos dará la paz. La paz de la conversión no es una pasiva mirada a la Providencia y a la Cruz y a la Gloria.

Convertirse es "buscar el rostro del Señor" en la cara de nuestros hermanos.

La conversión que es fe -adhesión al Cristo Libertador- y es esperanza -el humilde y fuerte apoyarse en Él, sin otros soportes, contra todo riesgo y desafío- es, sobre todo, una actitud de amor: el difícil amor a Dios en los amigos y en los enemigos...; en los "próximos", impertinentes y habituales, y en los románticos lejanos; en los normalmente establecidos en la sociedad y en los marginados de toda especie.

El amor, prueba final.

Siempre es martirio la conversión. Dar la vida, día a día, o de golpe, como sea, por Aquel y por aquellos a quienes pretendemos amar, a pesar de toda nuestra soterrada impureza de egoísmo.

Convertirse es creer, como los niños, que Él tiene poder para perdonar "nuestros" pecados. Es el despojamiento de la oración, de la humildad, de la pobreza, de la confianza.

Es saltar por encima de todas nuestras estúpidas suficiencias de hijos mayores y sumergirse en la actitud, sencilla y vital, del hijo pródigo: "me levantaré, iré a mi Padre y le diré: Padre, es cierto, lo reconozco, he pecado contra ti y contra tus hijos, mis hermanos".

...Y entrar, de nuevo, en el banquete de la vida y del Evangelio, con la alegre libertad de los hijos de Dios que nos conquistó Jesús, el Hermano mayor, resucitado.

4

Los rasgos del hombre nuevo

Con mayor o menor lucidez, con lógica vital más o menos consecuente, ya hemos descubierto la sociedad hecha sistema, dentro de la estructura que nos envuelve y condiciona, bajo la inevitable sollicitación de la coyuntura diaria.

La Iglesia, perita en eternidad y menos perita en historia, durante siglos, muchas veces, fácilmente sólo veía personas; o individuos, sólo; o, más dicotómicamente aún, a veces solamente veía almas...

Sin dejar de enfrentar nunca esa globalidad estructural en la cual se forja la historia humana y dentro de la cual acontece el Reino, deberíamos ahora redescubrir, comprometidamente, la persona, miembro de la sociedad y protagonista de la historia y del Reino.

El Hombre -el varón y la mujer- es un ser estructurado y estructurante. La historia, el sistema y el Reino lo hacen, pero, a su vez, él hace el sistema, la historia y el Reino.

Para nosotros, los cristianos, el hombre es, ante todo, la imagen viva de Dios, que Jesucristo encarna en plenitud y corporalmente, como Unigénito del Padre y como hermano mayor de los demás hermanos.

El, Jesús de Nazaret, es el prototipo del hombre, porque, superando victoriosamente la vieja humanidad de la esclavitud, el pecado y la muerte, "creó en sí mismo la nueva humanidad" (Ef 2, 15).

Ser hombres, ser verdaderamente humanos, para nosotros, habrá de ser "morir constantemente al hombre viejo" y transformarnos gradualmente en ese hombre nuevo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo e hijo de la pobre aldeana María.

El convertido Pablo, fariseo ahito de la Ley, descubrió exultante la utopía cristiana del hombre nuevo y la proclamó, dentro de su contexto religioso-cultural, con trazos incisivos.

El hombre nuevo, sin embargo, es una utopía universal. Y los cristianos -que creemos en esa utopía como hecha realidad en Cristo Jesús- no tenemos la exclusiva de esa pasión avasalladora, sembrada por el Dios vivo en el corazón de cada ser humano y en la historia de cada pueblo.

En nuestra América Latina, por ejemplo, despierta hoy convulsivamente para la segunda liberación total, dos grandes hombres marxistas proclamaron, con sus palabras y con su vida -y con su muerte-, la utopía del hombre nuevo, la ensoñación incontenible del "hombre matinal": el Che y Mariátegui. Y en "Amanecer" de marzo y abril de este año de muerte y de Gracia de 1982 acabo de leer un fragmento del libro premiado del comandante sandinista. Ornar Cabezas, sobre "la mirada del hombre nuevo" y "el hombre nuevo que está en la montaña..."

La reflexión y la vivencia de una *espiritualidad de la liberación*, en América Latina (en el Tercer Mundo, en el mundo más en general, pienso yo sinceramente), deberán tener como consideración y exigencia básicas la utopía necesaria del hombre nuevo. Ser cristiano, en cualquier parte del mundo, en cualquier hora histórica, es ser hombre nuevo en el Hombre Nuevo Jesús; pero ser cristianos hoy en nuestra América Latina, donde el Espíritu y la Sangre apremian, sólo puede ser empeñarse apasionadamente en ser de verdad, libremente, ante el escándalo del mundo y de la Iglesia, hombres nuevos, en una Iglesia nueva, para el mundo nuevo.

Hace días que intento delinear, para mis adentros, los rasgos fundamentales del hombre nuevo. Y ese intento es lo que ofrezco ahora, como una contribución balbuciente al libro del DEI sobre "Espiritualidad y liberación en América Latina".

Nuestros teólogos, nuestros sociólogos, nuestros psicólogos y nuestros pastoralistas dirán su palabra mayor, científicamente. Y nuestros santos y nuestros mártires harán verdad -lo hacen ya, con caudalosa efusión- el rostro Latinoamericano del hombre nuevo.

Los rasgos del hombre nuevo serían, a mi modo de ver:

1. LA LUCIDEZ CRÍTICA

Una actitud de crítica "total" frente a supuestos valores, medios de comunicación, consumo, estructuras, tratados, leyes, códigos, conformismo, rutina...

Una actitud de alerta, insobornable.

La pasión por la verdad.

2. LA GRATUIDAD ADMIRADA, DESLUMBRADA

La gratuidad contemplativa, abierta a la trascendencia y acogedora del Espíritu. La gratuidad de la fe, la vivencia de la Gracia. Vivir en estado de oración.

La capacidad de asombrarse, de descubrir, de agradecer.

Amanecer cada día.

La humildad y la ternura de la infancia evangélica. El perdón mayor, sin mezquindades y sin servilismos.

3. LA LIBERTAD DESINTERESADA

Ser pobres, para ser libres frente a los poderes y a las seducciones.

La libre austeridad de los que peregrinan siempre.

Una morigerada vida de combate.

La libertad total de los que están dispuestos a morir por el Reino.

4. LA CREATIVIDAD EN FIESTA

La creatividad intuitiva, desembarazada, humorada, lúdica, artística.

Vivir en estado de alegría, de poesía y de ecología.

La afirmación de la autoctonía.

Sin repeticiones, sin esquematismos, sin dependencias.

5. LA CONFLICTIVIDAD ASUMIDA COMO MILICIA

La pasión por la justicia, en espíritu de lucha, por la verdadera paz.

La terquedad incansable.

La denuncia profética.

La política, como misión y como servicio.

Estar siempre definido, ideológico y vivencialmente, del lado de los más pobres.

La revolución diaria.

6. LA FRATERNIDAD IGUALITARIA

O la igualdad fraterna.

El ecumenismo, por encima de razas y de edades y de sexos y de credos.

Conjugar la más generosa comunión con la salvaguarda de la propia identidad étnica, cultural y personal.

La socialización, sin privilegios.

La real superación, económica y social de las clases que están ahí, en orden al surgimiento de la sola clase humana.

7. EL TESTIMONIO COHERENTE

Ser lo que se es. Hablar lo que se cree. Creer lo que se predica. Vivir lo que se proclama. Hasta las últimas consecuencias y en las menudencias diarias.

La disposición habitual para el testimonio del martirio.

8. LA ESPERANZA UTÓPICA

Histórica y escatológica. Desde el hoy para el mañana.

La esperanza creíble de los testigos y constructores de la resurrección y del Reino.

Se trata de utopía, la utopía del Evangelio. El hombre nuevo no vive sólo de pan; vive de pan y de utopía.

Solamente hombres nuevos pueden hacer el mundo nuevo.

Pienso que estos rasgos corresponden a los rasgos del Hombre Nuevo Jesús. Así de utópicamente vivió Él; esto enseñó en Belén, en la Montaña y en la Pascua; así nos configura trabajosamente su Espíritu, derramado en nosotros.

5

La Misión como diálogo y pobreza

En nuestra infancia -una infancia también eclesial-, las Misiones eran "unos países lejanos". Tan lejanos de nosotros y de la Iglesia nuestra como posiblemente del Dios que poseíamos en exclusividad.

Ir a Misiones era llevar ese Dios a esos pueblos, "dejados de la mano de Dios". Nosotros éramos el nuevo Israel; ellos eran los nuevos gentiles.

Hoy sentimos -o deberíamos sentir, desde una fe más humilde y a la luz de una teología más crítica- que no hay ningún pueblo que esté lejos de Dios. Porque Dios está en el interior de todo pueblo como está en el interior de todo corazón humano.

Y, sin embargo, la Misión continúa siendo fundamental deber de la Iglesia. La Iglesia es "esencialmente misionera". Para ser fiel a su identidad, ella, hoy como ayer y mañana todavía, debe "ir" y "misionar" a "todas las gentes".

La Iglesia es, por definición, la "convocada" de todos los pueblos y a todos los pueblos "enviada".

Como el Padre envía al Hijo, que es el Enviado, así Jesús envía a su Iglesia, que es la enviada. El Testamento del Resucitado es éste: "Id, misionad...".

Ir, ¿desde dónde? Misionar, ¿a partir de qué?

Una teología, bastante superada gracias a Dios, sentía a la Iglesia como un pueblo inmenso y más o menos perfectamente establecido. ¿No la sentía como occidental, latina y hasta romana, en privilegiada exclusividad?

Más que establecida y singularizada en una cultura o en un continente, hoy la creemos en estado de Misión; peregrina y plural; cambiante en su expresión, "católica" como el propio Espíritu de Pentecostés que habla todas las lenguas.

Ningún continente tiene la exclusiva de la Iglesia de Jesús. La cuna de la cristiandad podrá ser el Mediterráneo, pero la cuna del cristianismo es el propio corazón de Jesucristo.

Ninguna cultura es más connatural a la Iglesia que otra cultura. No hay culturas cristianas o anticristianas, por naturaleza. El Espíritu de verdad y de vida -que es el alma de la Iglesia- adopta y adapta al don y a las exigencias del Reino todas las culturas y todas las personas.

La misión de la Iglesia, entonces, es poner mediadoramente en contacto esas culturas y esas almas con el Espíritu de Jesús que se derrama a través del Evangelio. O mejor aún: esos pueblos (con su cultura y sus estructuras y su coyuntura histórica) y esas personas (que viven históricamente y políticamente sus dolores y sus esperanzas).

Misionar apenas las culturas -como pretendía un inaceptable preesquema de Puebla- sería una ilusión, en el mejor de los casos; o sería, en el caso peor, hacer el juego a los imperios dominantes.

Misionar tampoco podrá ser nunca -como ha sido con demasiada frecuencia- llevar e implantar cultura ajena y colonizadora. Sino llevar Mensaje. O suscitarlo desde la cultura e historia del "país de Misión", ayudando a cada pueblo y a cada persona a abrirse al Espíritu y al Reino. A abrirse en Iglesia -en convocada comunidad de fe cristiana- si es posible, también.

Por eso, toda Misión debe transformarse en diálogo y en comunión. El misionero misiona en la medida en que él mismo es misionado. Con un oído puesto al Evangelio, como diría Monseñor Angelelli, el apostólico mártir de La Rioja, y el otro oído puesto al pueblo a quien es enviado.

Y ese espíritu de diálogo debe ser una actitud esencial, no una postura oportunista. Por desgracia la Iglesia, pongo por caso, empieza a hacerse africana sólo después que África consigue declararse África. Y en África o en América o en Asia muy pocas veces la Iglesia, como tal, en su estructura, supo ser "indígena", en comunión vital con los nativos y contra los intereses e imposiciones de los invasores.

Por eso también, el misionero, hoy menos que nunca, no puede improvisar con superioridad paternalista. Debe aprender a ser misionero. Y, en última instancia, sólo puede aprender en la tierra de Misión y al abrigo del pueblo que lo acoge. En la Misión, como en el bautismo, se debe nacer de nuevo. Podrá y deberá el misionero prepararse previamente, claro está; y cómo deberían ser bien más misionales las carreras eclesísticas de los misioneros. Pero sólo se hará misionero misionando y siendo misionado. Entre el Evangelio y el pueblo; frecuentemente, en la dialéctica tensión cristiana que consiste en estar en la cruz.

No sirven para "los países de Misión" los que no sirven para su propio país. Tampoco vaya nadie a Misiones para resolver las crisis que no consigue resolver en casa. La Misión ya es de por sí una gran "crisis" que sacude la existencia toda y la compromete.

Misionar es mucho más que llevar, enseñar, hacer.

No bastará con llevar el catecismo o la teología traducidos; o con construir templos, escuelas y hospitales; ni siquiera bastará con administrar el bautismo y celebrar la eucaristía. Hay unas mediaciones humanamente indispensables, además de

la gran mediación, que hacen que el bautismo sea un bautismo entero que alcanza el alma y el cuerpo, la vida personal y la vida social del neófito; y hacen que la eucaristía sea una mesa ubicada y una comunión local y compleja de la Pascua de cada pueblo en la Pascua del Señor. La *Evangelii Nuntiandi* habla de "el pueblo concreto".

Esas mediaciones se configuran científicamente en antropología y etnología, en sociología y política. Y se configuran humanísticamente en sensibilidad cultural y en paciencia histórica.

Esto no significará nunca reducir el Evangelio, que es irreductible. Pero impedirá al misionero sentirse reducido por su propia cultura o por la idiosincrasia de su Iglesia de origen. Impedirá también que el misionero se sienta extranjero en ninguna tierra humana, al mismo tiempo que se siente "en tierra extraña" en toda tierra.

En orden a la identidad de la misión evangelizadora y en la búsqueda de lo específicamente cristiano del anuncio, se ha formulado repetidamente esta pregunta: ¿Se trata de anunciar el Reino, el Cristo o la Iglesia?

El teólogo jesuita Jon Sobrino, incorporado vitalmente a América Central, muy próximo al Arzobispo mártir Monseñor Romero, respondería así: "todo radica en saber si se quiere meramente anunciar a Cristo o hacer lo que hizo Jesús, y así declararlo como el Cristo".

Hacer lo que hizo Jesús.

La Misión-praxis será, en última instancia, la única Misión válidamente cristiana. No lo que digamos sino lo que seamos. Lo que digan nuestras vidas del Verbo de la Vida. Lo que de Buena Nueva aparezca en la vida del misionero y en la Iglesia que él representa. Lo que una Misión tenga de Evangelio comunicándose. Eso anunciará el anuncio de Jesús, que es el Reino. Eso anunciará el propio Jesús que es el Rey y el Reino personalmente.

No debemos "tener ni oro ni plata", ni matemáticas o inglés, ni técnica o antibióticos, ni cultura occidental cristiana. (A su tiempo y en su medida podremos administrar todo eso también, siempre que sea pobremente y sin colonialismos. Porque los medios del Reino sólo pueden ser pobres y libres). Lo que debemos tener, como don gratuito y liberador, eso podremos dar evangélicamente: "en nombre del Señor Jesús" ayudar a una aldea, una tribu, un pueblo a "levantarse y a andar" con sus propias piernas culturales, pisando firme su propio camino, aunque en el rumbo del Reino.

Evidentemente esa actitud misionera que llamé esencial supone una radical pobreza evangélica. Solamente el pobre puede misionar, sin interferencias colonizadoras, sin dependencias foráneas, sin etnocentrismos culturales o eclesiásticos. Sólo él puede ser enviado, tanto más confiable cuanto más despojado sea. En total disponibilidad de servicio a Aquel que lo envía y al pueblo a que es enviado.

La Misión es un servido, en diálogo y en pobreza.

6

Dar la vida por las ovejas

El día 2 de mayo era el Domingo del Buen Pastor. Aquel que conoce sus ovejas y es conocido por ellas, en amistosa comunión; aquel que no huye cuando los lobos acechan; aquel que da la vida por su rebaño.

El martes precedente, yo estaba en el Ribeirão Bonito, un pueblecito de la Prelatura de São Félix do Araguaia, en el interior del Mato Grosso, corazón geográfico del Brasil. En Ribeirão Bonito y en la plaza de su comisaría, el 11 de octubre de 1976, la policía militar mató, a mis pies, al misionero jesuita João Bosco Penido Burnier, porque él y yo intentábamos librar de la cárcel y de la tortura a dos pobres mujeres campesinas.

Eran como las 6 de la tarde de ese martes, 27 de abril de 1982, claro aún el día. Venía yo de visitar unas familias del poblado y, entre ellas, un viejo ciego de 102 años, según él. Pasé también a saludar al propio Señor en la iglesia del padre João Bosco. Cuando entro en el puente de madera del arroyo que da nombre al lugar -"Ribeirão Bonito"-, me cercan dos conocidos criminosos muy allegados a la policía, uno de ellos policía civil hasta hace poco. Y, entre insultos y amenazas, y el arroyo profundo y callado detrás de mí, me dan un puñetazo en la cabeza y un empujón. Llega, a tiempo, Toinho, buen participante de la comunidad y salva la situación, por el momento siquiera.

Después, como es natural, los rumores, el recelo, la noche y sus reticencias, las bromas amigas y la ancha solidaridad del pueblo.

Las misas, en el campo y en los poblados, aquellos días y el domingo, hablaban del Buen Pastor. Y el pueblo -este rebaño sufridor que Dios me ha confiado- y yo -pastor que debería ser bueno- tuvimos ocasión para meditar decantadamente la palabra y la actitud del supremo Pastor, Jesucristo.

Los pastores y los rebaños de ovejas y de corderos -con algunas cabras locas y la "chivita" querida que el ejército en desbandada se me llevó- poblaron mi corazón de niño. Siempre he sentido una especial ternura por el evangelio del Buen Pastor. Como los antiguos cristianos de las catacumbas. Como Israel la sentía por el Pastor Yahvé.

Israel, sin embargo, en los días de Jesús, ya veía en el pastor tanto el destello bíblico del Señor Yahvé como el tipo de una clase sociocultural impura. Y cuando Jesús se proclamaba Pastor, ciertamente no huía a ninguna de esas dos caras que la imagen del pastor suscitaba en sus oyentes. Ser pastor -en aquel entonces, muy lejanas las tribus nómadas y los rebaños que la bendición de Yahvé aseguraba a los patriarcas- no era ser precisamente clase señorial o jerarquía sagrada o casta impoluta. El Talmud nos ha conservado duras referencias acerca de los pastores. El Padre convocó primero a los pastores de Belén, para la adoración de su Verbo hecho carne, no por las características idílicas que esos pastores adquirieron más tarde en nuestra imaginación sino por la abyecta disponible condición de su pobreza de entonces. Los pastores entraban de lleno en la categoría de "pobres de la tierra".

Nosotros, los obispos, pastores de nuestras Iglesias, no acostumbramos a conjugar armónicamente los dialécticos contrastes del Buen Pastor: por un lado, la solicitud paterna del Pastor Yahvé sobre su pueblo, sus entrañas de misericordia con cada oveja descarriada o pequeña, aquella ternura material que Isaías describe tan entrañablemente y que arrebatava a Teresa de Lisieux; y, por otro lado, la humilde condición de servicio, de gratuidad, de soledad, de riesgo, que un pastor debe asumir, día a día, día y noche. Siendo siempre, un poco, "el otro", "el único", dentro del rebaño. A la manera de Dios, aún consideradas todas las infinitas distancias. Siempre haciéndose, un poco, el pastor, pasto y arroyo y sal y camino. No comiéndose las ovejas, sino dándose a comer. En una eucaristía pastoral permanente.

"Otros" nos hemos hecho, pero de muy otra manera... De pastores nos subimos a jerarcas. El cayado se nos hizo báculo de oro y de poder. Y transformamos, quizás, el pueblo de Dios, libre, en rebaño aborregado, sin iniciativa y sin decisión; en "borregos de Cristo", como dirían los mordaces anticlericales españoles.

Según el Buen Pastor, ser buen pastor es "dar la vida" por el rebaño. Pero nadie da la vida, de un chorro, en el día del testimonio último, si antes no fue dando diariamente la vida, a sorbos lentos. Porque no se trata de que nos quiten la vida. "Nadie me quita la vida", decía Jesús. Se trata de darla, libremente.

¿Qué sería pastoralmente "dar la vida por las ovejas"?

Yo pienso que, ante todo, un buen pastor debe procurar "dar vida" a su rebaño; debe hacer, por todos los medios a su alcance, que su rebaño, el pueblo, tenga condiciones dignas de vivir. Nuestro Dios es el Dios de la Vida. El no se complace en un sacrificado rebaño de muertos. Todo lo que sea estimular la dignidad, la salud, la libertad, la participación, la identidad, la alegría de un pueblo, eso es pastorear evangélico. ¿Para qué iba yo a "dar la vida", ocasionalmente, por mi pueblo en el día

H si no me obsesioné diariamente por ayudar a mi pueblo a tener vida, vida digna, vida abundante, vida de personas, vida de hijos de Dios...?

En nuestra América Latina "dar vida" es, más dramáticamente aún, salvar de la muerte. De esa diaria y colectiva muerte, "morrida ou matada", como decimos en el Brasil, que diezma apocalípticamente El Salvador y Guatemala y todos los países de nuestro continente, en mayor o menor proporción, diversificadamente en las diversas regiones, pero realmente en todas ellas. San Romero de América lo entendió y lo practicó muy bien, buen pastor él, modelo latinoamericano de pastores, incomprendido aún hoy por muchos de sus hermanos, canonizado ya por el pueblo.

"Dar vida" es también ir dando la propia vida: dando el propio tiempo; el sosiego personal; la privaticidad, entre solterona y monástica, a que estamos habituados; la comodidad y el confort; el buen nombre; la buena acogida -con las buenas comidas y las bebidas buenas- que las familias del señorío saben dispensar, muy desinteresadamente, a los eclesiásticos que se mantienen a la altura; los privilegios que el poder político, militar y económico siempre están dispuestos a conceder a un pastor mudo o cómplice.

El Buen Pastor se hizo "pastor y cordero". Nosotros -los obispos, los curas, los dirigentes de la comunidad- deberíamos hacernos cada día más vitalmente rebaño con el rebaño, pueblo con el pueblo.

Tengo la sensación de que muchos obispos imaginan que ellos no son pueblo de Dios. Están encima de ese pueblo. Como el pastor de ovejas-animales, sentado en lo alto del peñasco y tocando la flauta del idilio o de la prepotencia. Dios me perdone este pensamiento malo...

Claro está que ser pueblo no es fácil. Optar preferencialmente -¡ay el bien y el mal de los adverbios!- por el pueblo, por los pobres, aún se hace, con frecuencia. Intentar vivir con el pueblo y hasta como el pueblo -en pobreza, en diálogo y en riesgo-; tomar partido por el pueblo, socialmente y políticamente también, hasta las últimas consecuencias..., eso ya es pastoreo de otro estilo, talla evangélica, talla rara de buen pastor.

Si un día llega "la hora" de dar también la vida propia por las ovejas, ese será apenas el último lógico servicio de un buen pastor, servidor habitual de su rebaño. El martirio, para los cristianos sin glosas al Evangelio, como pedía Francisco de Asís, comporta una cierta connaturalidad. Quien da la vida cada día, un día da la vida, sencilla y generosamente. Valencia, Angelelli. Romero -por hablar de pastores, nuestros y próximos- así dieron sus vidas por el Evangelio y por el pueblo.

Que el Buen Pastor comunique su Espíritu de libertad y de servicio a muchos pastores de la Iglesia de nuestra América. Los torrentes de llanto y de sangre que nuestro pueblo viene derramando merecen esta efusión salvadora del Espíritu. ¡Qué buen rebaño este pueblo, sufrido, pertinaz y esperanzado, si tuviera muchos buenos pastores!

7

Una nueva Vida Religiosa

¿Por qué soy religioso?

Soy religioso por la gracia de Dios y también por la gracia de mil circunstancias de tiempo y de lugar que, en mi infancia, me llevaron a ser religioso y religioso claretiano precisamente.

Durante la revolución del 36 conviví con el padre Pedro Bertrams -custodio del cuerpo de San Antonio María Claret- y le ayudé a misa, clandestinamente celebrada, en aquellas *massies* de mi comarca natal. El Padre Claret era un vecino de casa, como quien dice, hijo de Sallent, de las mismas orillas de mi Llobregat. Cuando ingresé en el Seminario de Vich -en el Santuario de la Gleba, más exactamente- después de la triste guerra nacional, me encontré con el cuerpo de San Antonio María Claret, en su sepulcro provisorio, y con algunos compañeros de Seminario Menor empezamos a soñar en las Misiones, claretianamente asequibles.

Ser misionero y ser claretiano, para mí, en aquellas pequeñas alturas de tiempo y de lugar, fue una sola cosa. Y me hice religioso claretiano. Tenía 12 años asombrados.

Naturalmente, después, los largos días de Seminario y de Noviciado, aun con todas sus generosas aberraciones, fueron dando contorno y profundidad a mi vocación. Y la vida, ya sacerdote y misionero y esta última etapa, de misionero y obispo, me han acabado de tornear -acabado, acabado, es un modo de decir- esa misma vocación, con sus deficiencias e interrogaciones, con todas sus posibilidades y exigencias evangélicas.

Siempre, desde mi profesión en Vich, me he sentido religioso y me siento religioso claretiano. El distintivo claretiano de mi vocación religiosa quizá se reduzca a esas providenciales circunstancias de lugar, de compañeros de camino, dentro de la comunidad apostólica que San Antonio M. Claret posibilitó, con su propio carisma misionero. En todo caso, digo, nunca me pareció necesario renunciar a esa mi vocación específica, ni siquiera ahora, después de obispo. Claro que es más fácil ser religioso siendo obispo, disciplinariamente autónomo...

Cómo he vivido esa vocación, "el por qué de mi fidelidad", ya son otra harina y otro costal. Ni me atrevería a hablar de fidelidad, con la boca grande.

Perseverancia, digamos apenas, con una expresión más modesta y habitual.

He pasado por etapas diferentes en el modo de vivir la vida religiosa. Desde la más escrupulosa observancia, no sólo en el noviciado, sino en otros períodos también, hasta una cierta libertad tranquila que, a mi parecer, salvaba y salva lo esencial, prescindiendo de otras muchas cosas, algunas relativas y otras incluso absurdas.

En materia de *castidad*, los conflictos no fueron nunca mayores. Cuando mucho, la psicosis más o menos masoquista de una pureza asombrada por mil fantasmas, la fobia irracional y sin matices del sexo, de la mujer, de la amistad, de la vida, de la fiesta, del mundo. Lo cual no dejó de ser sufrimiento. Pero los conflictos, digo, no fueron mayores porque, en todo caso, la castidad era guardada y guardada por casi todos y, con eso, uno se sentía libre y generoso y, quizás, diferente.

Ya la *pobreza* se hacía más conflictiva, por la farisaica distinción indifrazable entre la pobreza personal y la riqueza institucional. El fraile era pobre y austero, pero la Congregación, la Orden, podía parecerse a una multinacional o a un status de burguesía. Con esto, la vida diaria del religioso pobre se daba de coces con la pobreza, por causa de las regalías de edificio, servidores, comida, horarios, viajes, amistades, asistencia médica y otros privilegios sociales.

La *obediencia* sí que era un conflicto habitual, una batalla doméstica. Durante los años de la carrera, la cosa no pasaba de una rebeldía verbal de estudiantes y un creciente desprestigio del carácter omnímodo del superior y las estructuras. Una vez llegados al ministerio, no había modo de conciliar el apostolado con la obediencia. El sentido común resolvía, sin suprimir las amarguras de la tensión. Gradualmente, uno fue entendiendo que la Iglesia era mayor que la Congregación y que la Congregación o era Iglesia y testimonio y Misión eclesiales o no era nada. Muchas veces sufrí bastante por no saber, por no poder conjugar materialmente las órdenes de los superiores y los horarios del convento con aquello que yo juzgaba exigencias del apostolado.

Sin embargo, la vida religiosa continuaba teniendo para mí unas posibilidades de entrega a la oración y a la misión que, personalmente, juzgaba no poder encontrar en otro tipo de vida. Siempre pensé también que, desde dentro, habría modo de transformar, más o menos revolucionariamente la estructura inaceptable de la vida religiosa conocida y sufrida... Esto y el miedo, quizás, de perder la vocación y la Gracia de Dios, en y por encima de todo eso me mantuvieron en esa perseverancia más o menos fiel, más o menos lúcida, más o menos tensa, en general bastante "generosa".

Desde luego, en mi caso particular, la *misión*, las Misiones más exactamente, fueron siempre el gran acicate en mi vida religiosa, la utopía que habría de realizarse un día por no sé qué milagros a los que uno se creía con derecho, porque así se lo

pedía con machacona insistencia al Señor, a la Virgen y a todos los Santos predilectos, además de recordárselo, por activa y por pasiva, a los superiores responsables.

Sin el apostolado, a veces marginal, sin la esperanza utópica de las Misiones, tal vez yo no habría resistido en la vida religiosa durante aquellos oscuros calcinados años de adolescencia sacerdotal, amarrada a los benditos colegios y a los reglamentos y criterios asfixiantes.

Curiosamente, toda esa voluntad de *misión* y todos mis activismos apostólicos se entrecruzaban con unos secretos deseos de contemplación. Y pienso que no me habría costado mucho intentar -intentar digo- la experiencia de la vida religiosa contemplativa si no hubiese podido, finalmente, realizar, ya casi en la cuarentena, mi sueño misional.

He de reconocer que la *vida de comunidad* falló casi siempre. No conocimos la comunidad. Por lo menos como yo la entiendo ahora. Convivíamos, incluso con cierta generosa caridad; a veces con fría, adusta coexistencia o ya con resquemores y rencillas, pero no vivíamos en comunidad.

No creo que me puedan desmentir, honradamente, ni mis compañeros ni mis superiores de entonces. Y conste que no se lo reprocho a ellos, sino a mí, a ellos, a la Congregación y a la Iglesia, en general, y al marco histórico que nos tocó vivir. Culpa de todos.

Posiblemente no había modo de vivir en comunidad en un convento de 20 hombres o de 6, dispersos en sus ministerios, heterogéneos en sus mentalidades y sin que nunca hubiesen sido entrenados para vivir comunitariamente. No se debe confundir la vida de comunidad -convivencia al detalle, oración en común, confidencia y amistad, programación y revisión conjuntas, trabajo coasumido y compartido, sufrimiento y luchas conllevados, aun dentro de específicas responsabilidades personales- con la permanencia en un mismo local, dentro de unos mismos horarios de sueño, de comida, de recreo, quizá con la televisión absorbiendo las varias mentes apenas contiguas, y asistiendo todos a unas mismas celebraciones y rezos y sometiéndose de vez en cuando a unos capítulos de faltas o a unas pláticas amonestadoras o a unas revisiones tardías y desgajadas del vivir diario.

Falló también el empeño comunitario del Instituto como tal en las elecciones de superiores y otros cargos, en la formulación de programas y objetivos, en la revisión a fondo y verdaderamente compartida por todos, en la libertad de un sano pluralismo de experiencias de vida y de pastoral, no apenas tolerado, sino amado.

Falló también mi Congregación en su *sensus ecclesiae* y fallaron igualmente los otros Institutos y las Ordenes e instituciones de vida religiosa de los diversos tipos que yo conozco. Con perdón de alguna posible excepción rarísima, como las Fraternidades de Foucauld. Espero que nadie se ofenda porque diga todo eso. Reconozco que todas esas instituciones sabían muy ortodoxamente bien que eran Iglesia, pero no lo demostraban así en la pastoral de conjunto comprometida con la hora y con el lugar del Reino.

Y diciendo todo eso no niego la múltiple santidad, heroica a veces, que ha florecido en la vida religiosa y dentro de mi propia Congregación y que yo mismo con estos pecadores ojos críticos he podido comprobar edificadamente. La santidad florece también entre el absurdo. Florecieron conjuntamente la santidad y la frustración, el heroísmo y la vulgaridad, el testimonio y el escándalo, la fidelidad y la irritación neurotizada.

Nadie, en todo caso, negará la necesidad de facilitarles el camino, a Dios y a los hombres, en la vida religiosa del futuro.

¿Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

Para ser sincero debo empezar diciendo que siento tensamente incierto el futuro de las Ordenes y Congregaciones, dentro del estilo y tamaño con que las hemos conocido...

¿Sobrevivirán, como tales, o habrán de transformarse radicalmente, en lo que se refiere a su estructuración? ¿Serán sustituidas por nuevas formas de vida religiosa más flexibles, más pobres, menos paralelamente estructuradas al lado de las Iglesias particulares o locales?

¿Serán esas nuevas formas más autóctonas o indígenas, menos pretendidamente universales, o "multinacionales", digamos? ¿No serán, paradójicamente, más católicas?

¿Podrán continuar subsistiendo los gobiernos generales y sus curias romanas y los gobiernos provinciales y sus curias provincianas, o serán sustituidos por grupos de responsables, elegidos periódicamente y por áreas de geografía y vida, menos en la cúpula y más en la base?

¿Serán más ecuménicas las viejas y nuevas instituciones de vida religiosa? (Más ecuménicas, en todos los sentidos de la palabra: por un ecumenismo intereclesial, por un ecumenismo intercongregacional, por un ecumenismo intervocacional).

¿No habrán de ser más radicales en la contemplación, en la pobreza, en la castidad disponible para el Reino, en la obediencia a Dios y a sus hijos, los hombres, dentro del cada día concreto de la historia?

¿No habrán de ser necesariamente mucho más cristianas, más explícitamente centradas en el seguimiento y en el anuncio de Jesucristo, el Fundador, el Maestro, el Señor?

¿No habrán de ser los nuevos religiosos mucho más arriesgados en su encarnación, por causa del Verbo Encarnado, compartiendo de verdad la suerte evangélica de todos los marginados de este mundo?

¿No habrán de ser, incómodamente, la contestación, intolerable y escatológica, al reino del dinero y del poder y del placer?

Preguntas que yo me hago, que todos nos hacemos, quizás. Preguntas normales, cuando nos preguntamos desde el ángulo incisivo de la fe cristiana y que, sin duda, desde esa fe cristiana, deberíamos responder afirmativamente.

El *cómo* y el *cuándo* de esas transformaciones ya son asunto de mayor coraje y de más realismo evangélicos. Desgraciadamente, las instituciones, la propia santa madre Iglesia, sólo cambian a remolque y sólo reaccionan en profundidad a golpes de sufrimiento y de persecución. Las estructuras, todas, aun cuando relativamente necesarias, son reacias a la vida, siempre nueva.

Sin decir nada original y sin mayores pretensiones, me atrevo a sugerir y a sugerirme, sobre la vida religiosa del futuro, lo que ya muchos escriben, subrayando apenas yo, o sintetizando, a mi manera.

Concuerdo, por ejemplo, con Fray Mateus Rocha, dominico brasileño, cuyo libro *Projeto de vida radical* yo prologué (Editora Vozes, Petrópolis, RJ, 1977).

Y pienso, con él, que el Pueblo -el Pueblo entendido como clase social, para evitar escapatorias, el Pueblo de los pobres de la tierra- será la nueva señal, el símbolo actualmente inteligible, el contexto históricamente evangélico de encarnación, el marco de credibilidad testimoniante, para una vida religiosa digna de tal nombre. O, como dice Fray Mateus, "la manifestación exterior socialmente constatable de la opción radical".

Pienso también que ese proyecto de vida radical, que debe ser la vida religiosa, comporta: una conciencia revolucionaria, según las Bienaventuranzas; una actitud profética, en la línea multisecular del Antiguo y del Nuevo Testamento; una vivencia radical de la fe cristiana y sus exigencias de "necedad y locura".

Pienso que la pobreza será "la vida común" del pueblo de los pobres: sus privaciones de vivienda y salud y comida, de viajes y hábitos de vida en general; su diario trabajo -aun conjugándose éste armónicamente y a veces escandalosamente con el ministerio pastoral-; su lucha de clase oprimida, en orden a la liberación plena.

Pienso, con Juan Pablo II, que los religiosos harán de "la contemplación su mayor protesta" social, siempre que se trate de contemplar al Dios vivo y verdadero que es el debelador de todos los falsos dioses, incluido el espiritualismo desencarnado y evasista.

Pienso que la castidad será como el carisma diferente de la vida religiosa. Una castidad asumida con libre gozo, hecha una mayor disponibilidad para Dios y para los hombres. Una castidad toda ella de acogida. Humilde, quizás humillada aun dentro de la propia Iglesia, pero libremente fiel y servidora.

Pienso que la pobreza, la castidad y la obediencia al Reino será una diaconía eclesial y apostólica de mayor disponibilidad para lugares y horas y servicios de emergencia evangélica. Lo que traduciría, en concreto, aquella "mayor libertad para seguir a Cristo e imitarlo más de cerca", que pedía el *Perfectae Caritatis*.

Con Arturo Paoli, buen maestro y testigo de vida religiosa evangélicamente otra, pienso que, de hecho, la vida religiosa del futuro debería ayudar a construir esa alternativa de vida diferente que la Iglesia y la sociedad humana están pidiendo a gritos.

La nueva vida religiosa sería: *renuncia* en la libertad del Espíritu; *anuncio*, por el testimonio de vida y por el martirio quizá; *denuncia*, por el escándalo de la cruz de Jesucristo.

Todo muy bonito, si lo viviéramos así.

La Madre de Jesús, la pobre mujer de pueblo, cantadora del Magnificat de la Liberación, puede ayudarnos.

Y sin duda no nos faltará, si lo queremos acoger con compungida voluntad de conversión radical, aquel Espíritu del Señor crucificado y resucitado que renueva todas las cosas.

¡Cómo está pidiendo nuestra querida y torturada América Latina una vida religiosa así de evangelizadora!

8

María de nuestra liberación

María de Nazaret, esposa prematura de José el carpintero
 -aldeana de una colonia siempre sospechosa-,
 campesina anónima de un valle del Pirineo,
 rezadora sobresaltada de la Lituania prohibida,
 indiecita masacrada de El Quiché,
 favelada de Río de Janeiro,
 negra segregada en el Apartheid,
harijan de la India,
 gitanilla del mundo;
 obrera sin cualificación, madre soltera, monjita de clausura;
 niña, novia, madre, viuda, mujer.

Cantadora de la Gracia que se ofrece a los pequeños porque sólo los pequeños saben acogerla;
 profetisa de la liberación que solamente los pobres conquistan,
 porque sólo los pobres pueden ser libres:
 queremos creer como tú,
 queremos orar contigo,
 queremos cantar tu mismo Magnificat.

Enséñanos a leer la Biblia -leyendo a Dios-
 como tu corazón la sabía leer,
 más allá de la rutina de las sinagogas,
 y a pesar de la hipocresía de los fariseos.

Enséñanos a leer la Historia -leyendo a Dios,
 leyendo al hombre-
 como la intuía tu fe,
 bajo el bochorno del Israel oprimido,
 frente a los alardes del Imperio Romano.

Enséñanos a leer la Vida -leyendo a Dios,
 leyéndonos-
 como la iban descubriendo tus ojos, tus manos,
 tus dolores, tu esperanza.

Enséñanos aquel Jesús verdadero,
 carne de tu vientre, raza de tu pueblo, Verbo de tu Dios;
 más nuestro que tuyo, más del pueblo que de casa, más
 del mundo que de Israel, más del Reino que
 de la Iglesia.
 Aquel Jesús que, por el Reino del Padre, se arrancó
 de tus brazos de madre
 y se entregó a la muchedumbre,
 sólo y compasivo, poderoso y servidor, amado y traicionado,
 fiel ante los sueños del Pueblo,
 fiel contra los intereses del Templo,
 fiel bajo las lanzas del Pretorio,
 fiel hasta la soledad de la muerte...

Enséñanos a llevar ese Jesús verdadero

por los callados caminos del día a día,
 en la montaña exultante de las celebraciones,
 junto a la prima Isabel
 y a la faz de nuestros pueblos abatidos que, a pesar de
 todo, lo esperan.

María nuestra del Magnificat:
 ¡queremos cantar contigo!
 ¡María de nuestra Liberación!

Contigo proclamamos la grandeza del Señor, que es el único grande,
 y en Él nos alegramos contigo, porque, a pesar de todo,
 Él nos salva.
 Contigo cantamos, María, exultantes de gratitud,
 porque Él se fija en los insignificantes;
 porque su poder se derrama sobre nosotros en forma de amor
 porque Él es siempre fiel,
 igual en nuestras diversidades,
 único para nuestra comunión,
 de siglo en siglo, de cultura en cultura, de persona en persona.
 Porque su brazo interviene históricamente,
 por intermedio de nuestros brazos, inseguros pero libres;
 porque un día intervendrá, definitivamente Él.
 Porque es Él quien desbarata los proyectos de las transnacionales
 y sostiene la fe de los pequeños
 que se organizan para sobrevivir humanamente.
 Porque vacía de lucros los cofres de los capitalistas
 y abre espacios comunitarios
 para el plantío, la educación y la fiesta
 en favor de los desheredados.
 Porque derriba de su trono a todos los dictadores
 y sostiene la marcha de los oprimidos
 que rompen estructuras en busca de la Liberación.
 Porque sabe perdonar a su Sierva, la Iglesia,
 siempre infiel creyéndose Señora,
 siempre amada escogida, sin embargo,
 por causa de la Alianza que Él hizo un día en la sangre de Jesús.
 María de Nazaret, cantadora del Magnificat, servidora de Isabel:
 ¡quédate también con nosotros, que está por llegar el Reino!
 quédate con nosotros, María,
 con la humildad de tu fe, capaz de acoger la Gracia;
 quédate con nosotros,
 con el Espíritu que te fecundaba la carne y el corazón;
 quédate con nosotros,
 con el Verbo que iba creciendo en ti,
 humano y Salvador, judío y Mesías, Hijo de Dios e hijo tuyo,
 nuestro Hermano,
 Jesús.

9

Pastoral de los grandes Santuarios

He recibido sus cartas y el folleto sobre el Santuario, con la petición de unas sugerencias acerca del trabajo pastoral que allí se realiza.

Voy a darle apenas la traducción de mis propias reflexiones, de acuerdo con otros elementos de nuestro equipo pastoral. Concretar más, sólo ahí, en el mismo ámbito del Santuario y por quien vive su realidad día a día.

De entrada, creo que sería muy útil convocar un encuentro de revisión pastoral del Santuario de Aparecida, integrado ese encuentro por los ministros del Santuario, por representantes del lugar, por algunos obispos, teólogos, pastoralistas y especialistas de la opinión pública: en una gama de visión y de actitud suficientemente diversificadas. Previamente se podría pedir el sentir de la opinión pública de la Iglesia nacional y después, con la ayuda de esa misma opinión, se deberían acompañar los resultados del encuentro.

Sería importante también que entrasen decididamente en ese desafío pastoral los otros grandes Santuarios del país.

Doy, pues, esquemáticamente mis sugerencias:

1. El Santuario, en sus posibilidades y en sus defectos y riesgos, engloba el gran problema de fondo de toda nuestra pastoral: la religiosidad (o religión) popular.

Considerada ésta en sí misma y considerada frente a la religión "oficial" de la Iglesia.

Lo que se pueda decir de esa religiosidad popular, se puede decir, en principio, del movimiento del Santuario de Aparecida.

Cada día se ha de valorar más la legítima autonomía y el carácter autóctono de la fe y de la religión de cada pueblo en general, dentro de la fe común y de la común Iglesia. Pero también se ha de evaluar cada vez más críticamente lo que esa religiosidad tiene de alienante, de colonialista, de "tradicionalista" y lo que tiene de expresión original, viva y libre del alma del pueblo fiel.

Pienso que esa problemática base -de la religiosidad popular- y su debida crítica debería estar presente en toda la programación del Santuario y en la actitud pastoral de todos sus ministros.

2. En el Santuario se da también la gran limitación -con sus posibilidades, es cierto- de tener que abordar una pastoral masiva y, por eso mismo, heterogénea.

Fácilmente, la conciencia de los peregrinos se adormece, feliz, y puede adormecer, feliz también, la conciencia de los servidores del Santuario, por la exultación del número, en la promiscuidad de las personas y, en cierta medida, de las clases...

Eso podría impedir que se sintiese la tragedia social y hacer aceptar el encuentro masivo como si fuese una reconciliación, cuando a la verdad sería apenas una evasión.

Las personas concretas, con sus responsabilidades y problemas, y las clases, con sus vicios y sus compromisos, y el pueblo, con su fuerza, deberían ser alcanzados por la pastoral del Santuario.

El pueblo de los pobres se debería sentir particularmente atendido, como en un "lugar privilegiado" de salvación liberadora; en el cual se concientizase de su dignidad y de su estado de cautiverio, se animase en su esperanza temporal y escatológica y se comprometiese en la marcha hacia esa misma liberación salvífica.

Los ricos, los poderosos, las autoridades, los no comprometidos con los pobres, deberían salir de Santuario tocados por el remordimiento, sintiendo la llamada de la justicia, intuyendo el Evangelio de las Bienaventuranzas.

3. Mucho comentario hay en torno al dinero del Santuario de Aparecida. Ese es un problema que debe estudiarse y partir para un testimonio mayor de pobreza y comunicar siempre al público los ingresos, los gastos, las obras. Así como organizar todo ese movimiento económico en el sentido de una socialización eclesial. La CNBB debería tener ahí una palabra decisiva.

4. Todos los cristianos que van a Aparecida habrían de sentir que el Santuario es solamente un lugar de peregrinación: vienen de..., vuelven a... Lugar de morada, de vivencia diaria de la fe, de compromiso real en la propia comunidad eclesial y humana, el lugar donde cada uno vive y trabaja.

Siempre ha de ser el Santuario un lugar de misión.

Nunca puede convertirse en una excusa o en una fuga: una especie de parroquia ideal sin mayores compromisos posteriores, una supraparroquia para soñadores o descomprometidos.

Nunca se debe administrar el bautismo, la primera eucaristía o el matrimonio a las personas que no viven en Aparecida. Habrá que hacer en ese sentido una campaña nacional de concientización. Y urgir la celebración de esos sacramentos en las respectivas comunidades eclesiales.

Creo, sin embargo, que la penitencia comunitaria -y la confesión individual- tienen un lugar apto en el Santuario, por el clima espiritual que él crea y por las disposiciones excepcionales que los peregrinos suelen traer. Siempre, con todo, habrá que encauzar a los peregrinos hacia su propia vida diaria y hacia su comunidad habitual.

5. El cumplimiento de las promesas y votos habría de ser apenas el símbolo del cumplimiento de las responsabilidades de la vida diaria, como cristianos y como ciudadanos. ¡Nadie cumple ya por el hecho de haber cumplido una promesa en Aparecida!

6. Evítese el aspecto "nacionalista" de la fe. Lo cual no significa que Aparecida deje de ser el Santuario nacional. Ese, sin embargo, es un título accidental-secundario que no hace de Nuestra Señora Aparecida una Nuestra Señora "otra" o "mejor" aun haciéndola más "nuestra"...

Eso, que es elemental, debe ser explícitamente expuesto a la conciencia de fe de los peregrinos. No se utilice el nacionalismo en la fe. La fe saldría perdiendo.

7. Los habitantes de Aparecida y mayormente los ministros pastorales y los funcionarios del Santuario deberían mejorar siempre más su conciencia de testimonio, de autenticidad humana y cristiana, de responsabilidad eclesial.

Que no sean rutinarios, que no exploten el sentimiento o el dinero, que no se olviden de las personas por causa de la masa o de las celebraciones...

8. Hay que poner la figura de María evangélicamente, eclesialmente, en su debido lugar, en su misión, como la pobre de Israel, como la madre de Jesús, como la primera cristiana, como imagen de la Iglesia: que lleva a Cristo, que hace Iglesia viva.

Eso es todo. Sirva este esquema como señal de mi comunión con la obra misionera del Santuario de Aparecida. Y no se olviden de rezar por nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia. La Señora, oscura y luminosa, pobre y resucitada, nos acompañe en el diario caminar.

10

Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina

Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina, viviría franciscanamente, claro, y latinoamericanamente también; pero de modo diversificado, según que viviese en el Brasil o en El Salvador o en Bolivia.

Porque América Latina, aun siendo una realidad común -"un continente creyente y oprimido", como dicen nuestros teólogos- no deja de ser plural.

De todos modos, viviría como un indio o como un favelado o como un oprimido cualquiera de nuestras gentes. Sería pobre, pero de verdad. No haría apenas "opción preferencial por los pobres". Porque quien opta por los pobres, es que no es pobre. Y quien opta preferencialmente por los pobres..., qué sé yo, es un decir, se queda también, aunque sea menos preferencialmente, con los ricos (nuestra santa Madre Iglesia ha sabido hacer esto muy bien durante siglos, dicho sea con perdón de todos los que somos Iglesia).

Sería un agente de pastoral, para poder anunciar más eclesialmente la Palabra. Porque Francisco era muy eclesial. Hoy posiblemente sería menos "eclesiástico".

Se daría muy bien, sin duda, entre las comunidades cristianas populares. Y sentiría que son ellas las que están restaurando nuestra vieja Iglesia, más o menos en ruinas...

Estaría apasionadamente a favor de la justicia y de la paz. Creo que sería más politizado -cada época tiene su carisma-, porque no es posible que Francisco de Asís no asumiese Medellín y el grito de los pobres de la tierra latinoamericana y ese vendaval de Espíritu y de sangre que sacude nuestro continente.

Creo que se angustiaría hasta la muerte -posiblemente sería mártir hoy Francisco de Asís, si viviera en América Latina- viendo tanta violencia, crónicamente institucionalizada, que destroza las almas y los cuerpos de poblaciones y naciones enteras.

Sería, ¿cómo no?, un exilado o un torturado o un desaparecido.

Sería evangélicamente antinorteamericano -con perdón de todos los norteamericanos pueblo, sobre todo de los norteamericanos que son franciscanos por añadidura-; porque me temo que el Sultán de los Estados Unidos no lo escucharía con el mismo respeto con que el Sultán sarraceno lo escuchó.

Posiblemente iría hasta Roma, de grumete en un navío, para recordarle al Papa la intolerable atrocidad de las masacres de El Salvador y Guatemala, mucho más intolerables que los conflictos de Beagle o las Malvinas y más que la dura situación de la Polonia papal. De paso, intentaría convencer al Papa de que la revolución sandinista es mucho más cristiana que todos los gobiernos democristianos o las católicas repúblicas del continente que no tienen ningún conflicto diplomático con la Santa Sede Vaticana.

Conminaría a las multinacionales y sus productos químicos y radioactivos y a todos los progresos suicidas que destroran las florestas y contaminan las vidas y los ríos y el aire y la luz de las estrellas.

Asís era una ciudad luminosamente humana: alma, piedra y paisaje. Y Francisco la bendijo, antes de morir, como se bendice el vientre de una madre. ¡Pobre Francisco queriendo bendecir, impotente, las monstruosas aglomeraciones de São Paulo o México o Buenos Aires...!

Tampoco consigo entender cómo se las haría Francisco para amansar a los humanos (?) lobos de la represión, sueltos a millares por nuestro continente. ¡Qué dulce el lobo de Gubbio junto a esos lobos!

Francisco sería, aquí también, un trovador popular, de guitarra en bandolera, cantando indígenamente el dolor y la esperanza de toda esta Patria Grande, nuestra Indio-Afro-América. La cultura y la religión populares serían su cultura y su religión, pero con mucho aliento de revolución y de teología de la liberación en el fondo del alma y en la exultante boca.

Francisco amaría fraternamente a muchas Claras latinoamericanas -religiosas y seglares- que viven consagradas al servicio del Reino con una despojada dedicación.

Sé que sentiría, delante de ciertas cruzadas contra el comunismo, la misma cristiana decepción que sintió ante las cruzadas contra Mahoma. Porque ni las unas ni las otras combaten limpiamente por el Reino, con la cruz, para la liberación de los pobres. Siendo así que los pobres valen infinitamente más que el santo sepulcro y los lucros del capital.

¿Fundaría Francisco una familia religiosa, hoy, en América Latina, después de lo que él sabe ahora de las Ordenes y Congregaciones? En todo caso, a su familia religiosa y a las otras familias religiosas y a todos los cristianos nos recordaría que el Evangelio ha de ser entendido "sin glosas" (pero esto nos lo recordaría inútilmente...).

Sería aún más contemplador, si es posible ser más contemplador de lo que fue aquel seráfico contemplativo. Porque la contemplación es tanto más urgente y vital cuanto mayor es la lucha por la justicia. Porque la verdadera revolución cristiana solamente se hace a fuerza de mucha oración. Porque América, con todo el Tercer Mundo, es un continente esencialmente contemplativo.

Para terminar, creo que Francisco estaría muy de acuerdo -aun ruborizándose un poco, si es que hay rubor en la Gloria- con el maravilloso libro que nuestro perseguido teólogo franciscano, Leonardo Boff, acaba de publicar sobre "El vigor y la ternura" en San Francisco (en Edit. Sal Terrae, Santander).

"Concilium" decía, en un número reciente, que cada uno tiene "su" Francisco, en la mente y en el corazón. Este Francisco de Asís que yo acabo de suponer hoy en América Latina es "mi" Francisco de Asís, evidentemente. Todos los otros posibles Franciscos me merecen el mayor respeto.

¡Alabado sea mi Señor porque un día nos dio esta humana criatura llamada Francisco y porque todavía hoy nos da esta inquieta voluntad de ser también nosotros latinoamericanamente franciscanos!

Solidaridad y mensajes

Sin ninguna duda, el mayor número de hojas de papel lo ha consumido Pedro escribiendo cartas. Cada año llena en el archivo una gran carpeta.

-¿Por qué?

-Si me escriben, he de responder. Es de humanidad elemental, ¿no? Muchas de estas cartas que recibo son consultas angustiadas o expresiones conmovedoras de solidaridad. Unas y otras me obligan. Muchas de las cartas que recibo, me han llegado como una blanca gracia de Dios en un momento de bache, de tensión, de inseguridad. Como una garza blanca en la orilla del camino. Una carta es con frecuencia una visita y un encuentro. Carta que viene, carta que va, comunión que se expresa, comunión que se afianza, comunión que se multiplica. Con frecuencia, Dios habla por carta.

-Además de las cartas personales, escribes cartas colectivas. Unas ruedan en cadena por España, otras por el Brasil...

-Habitualmente, en ciertos períodos del año escribo en portugués "A los amigos del Brasil a quienes debo carta"; escribo en castellano "A los amigos de España", de América Latina y de otros mundos; y escribo en catalán a los paisanos de mi tierra. Por un lado, hay cartas que no exigen una respuesta personal y, por otro lado, las cartas colectivas se transforman en crónicas y mensajes pastorales más anchos.

El ver en qué forma estas cartas de Pedro son escritos pastorales, me hace pensar que muchas, muchísimas de las cartas pastorales de los obispos, tanto las personales en sus diócesis como las colectivas, ni son cartas ni son pastorales. Y no son pastorales, precisamente por no ser cartas. Las de los Apóstoles, las de ciertos Padres de la Iglesia y las de algunos buenos pastores eran cartas con destinatarios concretos, personales o colectivos, y con entorno y calor y vida; eran comunicaciones y "respuestas"...

-Siempre escribes tus cartas a máquina.

-Porque mi letra a mano no hay santo que la entienda. Yo era cucho de niño y quisieron obligarme -inútilmente- a pasarme la pluma a la derecha.

1

Compromiso ecuménico con los pobres

Respondo a su petición que para mí es un mandato, porque se trata de un acto ecuménico.

El Documento de la Comisión de Participación de las Iglesias en el Desarrollo, del Consejo Mundial de Iglesias, "Por una Iglesia solidaria con los Pobres", me parece importante, posiblemente decisivo, completo en su fundamentación, por lo menos en las líneas básicas.

El intento de contribuir, como Iglesia de Cristo, al proceso de formación y de realización de "un nuevo proyecto histórico"; no reformista, evidentemente, pues ya no sería nuevo.

La voluntad de no ser apenas una Iglesia "para los pobres", sino una Iglesia "con los pobres". Siempre que se sea también -grave desafío para las Iglesias del Tercer Mundo y más aún para las Iglesias del Primer Mundo- una Iglesia ella misma pobre.

La lucidez con que se propicie y se apoye evangélicamente la lucha organizada del pueblo en sus diferentes sectores: indígenas, campesinos, obreros...

Y la acción e inter-acción específicamente internacionales. Pienso que las Iglesias evangélicas tienen una misión urgente, y a veces singular, de "internacionalizar" la conciencia y la actuación internacionales, en los grandes países dominadores o usufructuarios de la dominación capitalista, colonialista.

La fe, como luz, como estímulo, como cobro, como esperanza. La Palabra de Dios, en la Biblia y en la vida, según el decir de nuestro buen Carlos Mesters.

Siento también que las "grandes" Iglesias evangélicas pueden y deben prestar un servicio fraterno -que solamente ellas pueden prestar- a algunas Iglesias más fundamentalistas o espiritualistas, que se nutren de las bases más populares del Tercer Mundo. Politizar la fe de los hermanos a partir de la propia fe limpiamente evangélica.

Los análisis, los objetivos generales y hasta específicos, la reformulación de las propias estructuras eclesíásticas, todo el Documento, en fin, me parecen muy acertados, muy fieles al Reino.

2

Seamos comunicación

Seamos comunicación,
porque para eso hemos nacido
de la misma boca de Dios.

Seamos comunicación,
porque su Palabra
se comunica en nuestra propia carne.

Seamos comunicación,
porque hemos sido marcados
por el propio testimonio de su Espíritu.

Comuniquémonos, hermanos, comuniquémonos.
Hablemos la verdad, contra toda mentira.
Gritemos la esperanza, contra toda tristeza.
Hagamos el mensaje supremo del amor, contra todo egoísmo.

Sepamos amansar el griterío
del propio corazón atolondrado.
Sepamos enseñorear los medios de comunicación,
porque los hijos del Señor no pueden ser esclavos.

Oigamos toda cosa,
oigamos toda ala,
oigamos todo paso.

No podemos dejarnos aislar, sordos o mudos,
ni por el miedo,
ni por el lucro,
ni por la orden de los dominadores.

Juntemos nuestras bocas en un solo grito de justicia
por encima del mar de los varios mundos,
por encima de los montes de las estructuras todas.

Hable el pueblo por la radio,
hable el pueblo por la prensa,
hable el pueblo en la TV.
Hable el pueblo la verdad.
La verdad le hable al pueblo.
La verdad.

De lo alto de los tejados, en el corazón del mundo.

En torno del tumulto que aturde a los humanos,

forcemos el espacio de la humana libertad
para la noticia del Reino.

Gritemos el Evangelio.

Sepamos ser palabra transmisora de la Palabra,
verbos del Verbo, que se encarna siempre
en la vecindad de Nazaret,
en las periferias de Belén,
a orillas del lago de la muchedumbre hambrienta,
en las calles de la ciudad donde gritan
el mercado, la fiesta y los clarines del Imperio,
delante del Sanedrín y del Pretorio,
en la cruz que ellos descargan sobre los hombros del
Siervo sufriente,
en la silenciada vida del sepulcro,
en la vida vencedora de la mañana del Domingo.

Si un día ya no podemos hablar más con palabras,
hablemos con la vida en pie de testimonio.
Hablemos con los ojos a los hermanos espantados.
Oremos, sobre todo, a los oídos del Padre.
Y protestemos quizás
con la mayor palabra
de la sangre, proclamada
como pregón de Pascua.

3

Lo que siento ahora de aquellos Cursillos de Cristiandad

Ya van 30 años de dimes y diretes de Dios, desde aquellos arriesgados sueños de la ermita de San Honorato. Mucha peregrinación, con la concha del bautismo a cuestas.

Ya van para mí 27 años, desde una noche de la Inmaculada en la bodega espiritual de Creixell. Y una teoría viviente de nombres inolvidables: Eduardo Bonnín, compañero de la aventura de África, con Vidal y Casas. Y otros nombres precursores de aquella isla donde también el Espíritu decidió hacer su turismo. Y tantos hermanos de la península, de la Guinea continental -mártir ahora- y de América y de algún recanto de Europa. (Sabadell y Tarrasa, Tarragona, Gerona, Barcelona, Barbastro, Guadalajara, Vitoria, Ávila, Albacete y... Madrid, con sus ultreyas inter-regionales y cosmopolitas. Y de Madrid al cielo, pasando por el Mato Grosso).

No voy a hacer un análisis de los Cursillos. Otros muchos lo hicieron, a tuerto y a derecho, contradictoriamente. Lo que posiblemente significó, en general, la marca legitimadora de la cruz... Es perseguido, luego es cristiano. Los Cursillos han sido vistos sucesivamente como iluministas, protestantes, antijerárquicos, comunistas, hijos del Opus, reaccionarios, angelistas... Diga Dios la última palabra, mucho más cordial seguramente.

Apenas voy a decir que los Cursillos han sido para mí un acontecimiento de Gracia.

Quizás salvaron mi sacerdocio, en sus primeros años apasionados, un poco solo uno. Me descubrieron al seglar y, con él, al hombre -y a la mujer- y la familia y la profesión y, de soslayo, una buena área de lo social y político. Me dieron un gusto diferente de la oración, como cotidiana y como útil -en el mejor sentido de la palabra- y creo que me aproximaron al Señor Jesús, con ciertos rasgos de una amistad más lozana y más comprometida. Debo a los Cursillos, en gran parte, el sentido de la pastoral del contacto y una nueva esperanza en la fuerza de la Gracia que sigue y persigue y vence al hombre, salvándolo. Si digo que vi muchos milagros de la Gracia a través de los Cursillos, estoy repitiendo lo que millares ya han dicho y lo que muchos -¿sabidos ellos?- han creído infantil. Pero estoy diciendo una verdad de tamaño sobrenatural.

Más o menos entiendo los límites del Cursillo, que los tiene, como todo movimiento humano, por muy eclesial que sea. Y los he insinuado ya en algún escrito mío.

Tuvieron su tiempo. Antes del Concilio. Fueron precursores, como Juan, y les tocó disminuirse -en qué medida, no sé- para que Él -la Iglesia, en este caso- creciera.

Pecaron de prisa y de avalancha. Lo que ya fue repetidamente prevenido por los mejores, por los que yo considero como fundadores de los Cursillos.

Pecaron de legalismo, creo, y de hiperfidelidad al manual; olvidando, a veces, la única gran fidelidad a "lo fundamental cristiano", como obstinadamente venían avisando también esos mejores, los fundadores legítimos, incomprensidos y hasta perseguidos, incluso dentro de casa.

Fueron poco serenos, a veces, en el tratamiento del alma humana. A veces, poco respetuosos, quizás.

En América Latina, concretamente, por lo menos de entrada, se hicieron clasistas, y no de la clase de los pobres (lo que habría sido muy evangélico).

Y, quizá, en casi todos los lugares, no supieron asumir, a tiempo, el compromiso político del cristiano, ineludible. Lo que no debía significar una preterición de la oración permanente ni un vergonzante receso del testimonio escandaloso de Jesucristo, el único Señor y Salvador.

Estoy hablando desde el Mato Grosso. Pero me parece que este diagnóstico sin pretensiones es bastante válido para todas las latitudes.

Así y todo, los Cursillos de Cristiandad fueron el mayor movimiento eclesial del siglo, al lado del Vaticano II y al lado de las Comunidades Eclesiales de Base. Siempre que se quiera entender por Iglesia todo el Pueblo de Dios y no apenas los obispos y los teólogos o escrituristas o liturgistas o pastoralistas. Y conste que doy pleno valor a los grandes movimientos teológicos, bíblicos, litúrgicos y pastorales que posibilitaron el Concilio y lo vienen ordeñando, a veces contra viento y marea, a veces incluso a pesar de ciertas jerarquías anquilosadas.

Ciertamente los Cursillos llegaron a tiempo, en muchos lugares, cuando ya la Acción Católica se sentía incómoda consigo misma o, como decía el chiste del momento, estéril ya, como Isabel. Y dieron al seglar una nueva oportunidad eclesial, sin denominaciones, en principio. Si bien muchos se empeñaron en ser cursillistas denominacionalmente,

embarazando con eso la mejor libertad fundamental del Cursillo. Explicable, por otra parte. Uno se emperrea en hablar de lo que ama y de quien se es deudor.

Fue una pena que la teología de los Cursillos no evolucionase más libremente, sin perder la piedad de los Cursillos su cálida temperatura.

Fue una pena también que un cierto hermetismo, necesario en un primer momento, no se hiciera, después, más autocrítico, más soleadamente abierto.

De todos modos, yo -sea dicho en alabanza de Dios y con infinita ternura para tantos hermanos de peregrinación- en Cursillos viví los mejores días y las mejores noches -¡oh Gracia trasnochadora, la Gracia de los Cursillos!-, juntamente con otros días de vida religiosa en España, y otros días y otras noches de persecución y martirio, ya en esta América Latina.

Nunca podré agradecer bastante, ni en la tierra ni en el cielo, la cantidad y la calidad humana y cristiana de los amigos que los Cursillos me proporcionaron y con los que permanezco en emocionada comunión. Menos aún podré agradecer la nueva aproximación a Jesucristo que los Cursillos me posibilitaron.

Abrazo, desde aquí, al otro lado de muchas aguas, a todos y cada uno de los que encontré en Cursillos y les pido, a todos y a cada uno, que sigan siendo fieles a lo fundamental cristiano, siendo "fanáticos" del Señor Jesús, frecuentado en la oración, vivido pascualmente en la eucaristía y servido incondicionalmente en los hermanos más pobres y oprimidos y desesperados.

A los decepcionados (¿del Cursillo?, ¿de la Iglesia?) me gustaría decirles, en nombre de una vieja amistad nunca renegada, que nosotros creemos en Aquel que no decepciona.

Yo puse siempre a la Virgen en todas mis cosas y la puse también siempre en los Cursillos. A ella le pido que pose la paloma humilde y gloriosa de su mano -todavía, otra vez, cada día más- sobre esa obra del Espíritu de su Hijo, muerto y resucitado...

4

Servidores del alma humana

En la imposibilidad de enviaros un discurso y en la imposibilidad de estar ahí con vosotros, porque vuestra graduación coincide con la Asamblea Nacional de la CNBB, os escribo esta carta. Con libertad familiar. Vosotros eligiéndome como padrino de promoción me dais ese derecho.

Al escogermos, pretendíais prestar "un homenaje a la Iglesia de nuestro país que actualmente paga un alto precio por su libertad de ser..." Iglesia de Jesucristo; por ser lo que debe ser, apenas. Honestamente la Iglesia de Jesús no puede dejar de pagar este precio de encarnación comprometida. De todos modos, gracias. Vosotros, con eso nos confortáis y nos comprometéis más.

Os agradezco también la lección de simplicidad que dais a muchos con vuestra invitación, hoja sencilla vestida de tierra. Sea ella como un pequeño sacramento de la simplicidad con que vosotros pretendéis entrar más comprometidamente en el "espacio social brasileño" y latinoamericano.

Ahora es cuando vosotros os vais a formar, en la lucha, con el pueblo, frente a las tentaciones del dinero, del poder, del prestigio. Frente a la gran tentación del mercado profesional.

También la Psique se ha convertido en materia de mercado, en esta mercantilista sociedad que el capitalismo moderno exagera con repujos de desequilibrios y necesidades.

No olvidéis nunca que la sicología toca el alma humana, "mercancía" otra, "materia prima" nacida del propio aliento del Dios vivo, transacción hecha a precio de sangre -de la sangre del Hijo de Dios, de mucha sangre de muchos hijos de los hombres-.

La maltratada alma humana de estos tiempos de neurosis y de psicosis, en la desencajada sociedad del consumismo y de la supertécnica; donde lo importante es tener más, ser más que los otros, aun a costa de dejar de ser identidad humana.

No os vendáis: ni en las escuelas del sistema dominante, ni en las empresas del lucro capitalista ni en los consultorios de la medicina prostituida.

No vengáis a ser funcionarios bien pagados, psicólogos de los privilegiados del mundo, aliados útiles de la explotación, quizás de la represión.

Sed trabajadores de la ciencia, junto a los trabajadores de la azada o del torno o del puchero. Constructores todos del mundo nuevo que necesitamos, que los pobres de la tierra exigen angustiadamente.

Vosotros, como psicólogos, tenéis una misión específica, escandalosamente "espiritual". El hombre no puede ser máquina. Devolved al hombre su condición humilde y luminosa. Reconciliad la ciencia de los gabinetes con la sabiduría del pueblo. Recuperad para ella misma y para los hermanos aquella sicología popular, aún natural, humana aún, que se expresa en comunión con la naturaleza -sobre todo en los medios indígenas- en sabia paz interior del día a día, en relación familiar o de vecindad sin hermetismos y sin histerismos, en la alegría simple de las fiestas -sin las sofisticaciones de los "reveillons cariocas"-, en la capacidad de hablar con Dios.

Descubrid y asumid las actitudes básicas del hombre nuevo que todos soñamos, que Dios programó, por el cual deberíamos aceptar, minuto a minuto, toda nuestra existencia intentando ser nosotros mismos, en irradiación comunitaria, mujeres nuevas, hombres nuevos, nuevas personas humanas.

La verdadera revolución definitivamente transformadora de la sociedad humana es tanto psicológica como socio-político-económica. Hemos de transformar simultáneamente -subrayad el adverbio, para evitar escapismos dualistas- tanto las personas como las estructuras. Un buen psicólogo sería así, por definición, un militante.

Vosotros estudiáis privilegiadamente el alma humana, para actuar a partir de ella -siendo vosotros siempre humanos-; para actuar en torno a ella -entre humanos hermanos-; para actuar siempre en favor de ella -síntesis vital de la persona humana que, a su vez, es la síntesis consciente del universo, y es la imagen filial del propio Dios creador-.

Hoy, aquí. En esta hora del Brasil y de la Patria Grande común que es esta América Latina. Sed actuales, no tanto por los nuevos libros que conozcáis o por las nuevas técnicas que utilicéis, como por el diario compromiso con que os arrojéis en la corriente viva de la historia.

Me habéis llamado "compañerísimo": seámoslo.

5

La Ciencia y la Técnica al servicio del pueblo

Suerte y garra en la vida, la Gracia de Dios y el cobro del pueblo.

Paraninfo es padrino; quizás, padrino de hoguera. Sensibilizado por la generosa amistad con que vosotros me distinguís, os voy a retribuir con el regalo de graduación que tengo: mi amistad también, en réplica cordialísima, y la flor siempre frágil de la palabra.

Vosotros habéis optado por la graduación conjunta, en un gesto de actitud socializada que promete: Arquitectura, Administración de Empresas, Ciencias Biológicas, Ciencias Económicas, Ingeniería, Física, Matemáticas, Geografía... Continuar socializadamente unidos, entre vosotros y con el pueblo, ahora, después de graduados. No os disperséis por los caminos de la competencia, del egoísmo y de la ganancia.

Esta graduación de hoy más que una llegada es una promesa y un desafío. De ahora en adelante vais a ser graduados por la vida, si entráis de lleno en ella, allí donde la vida lucha con la muerte, allí donde la vida es prohibida lucha por una vida mejor: en la dura, decisiva universidad del pueblo.

La Universidad de las cátedras, de los libros, de las protestas y de los noviazgos, habrá tenido que ser simplemente un noviciado para el compromiso social y político que ahora vosotros no podéis eludir, bajo pena de lesa historia. Ser estudiante no es una profesión, es, en este mundo nuestro, un privilegio y para los conscientes honestos ha de ser una grave responsabilidad.

No hagáis de vuestro diploma un trofeo personal, menos aún un nostálgico fósil de vitrina, mucho menos un cheque de capitalización. Sobran, a millares por ese ancho mundo capitalista, los diplomados de la ciencia y de la técnica, serviles de la codicia, al servicio del lucro, de la explotación y hasta de la muerte.

En estos años que hoy terminan, tan capaces de libertad y de ensueño, cuántas veces habéis repudiado vosotros la traición de los que os precedieron en la universidad; los cuales a su vez también protestaron un día contra el imperialismo y la dictadura, contra las empresas y la codicia. Cuántas veces habéis maldecido el sistema de enseñanza que se nos impone, porque lo juzgabais, y con razón, castrado y deformador; porque aspirabais a una ciencia diferente, a otro tipo de técnica, a una universidad y a una política vueltas hacia el Brasil real, históricamente comprometidas con nuestro pueblo.

La conciencia y la protesta no pueden quedarse en el trazo agresivo de un cartel o en la pintada de una pared o en el grito de una manifestación. Ahora es la hora de la conciencia y de la protesta, compañeros.

Habréis de superar muchas tentaciones vosotros. Dentro de casa, quién sabe, allí donde según el dicho de Jesús, nos acechan a veces los adversarios más difíciles. Os veréis solicitados por el sistema, habituado a prostituir la ciencia y la técnica. Podréis incluso llegar a la conclusión -síntoma de caducidad prematura- de que no sirve de nada enfrentarse con el poder; de que ya soñasteis bastante durante los años lectivos...

Si vosotros llegáis a caer en esas tentaciones, ya os envío por adelantado mi decepción y mi excomunión.

No seáis nunca técnicos puros. Menos aún técnicos impuros, claro está.

La técnica y la ciencia no son, por definición, sabiduría. Ellas serán sabias en la medida en que sean servidoras del hombre, imagen del Dios vivo y Señor del mundo y de la historia. La técnica y la ciencia no son un bien en sí, son una mediación. El bien del hombre, del hombre todo, de todos los hombres, el bien común de los mal llamados tres Mundos que habrían de llegar a ser un Mundo solo, ese bien sí que define la bondad de la ciencia y de la técnica.

Por eso mismo, nosotros creemos, contra toda filosofía estructuralista o funcional, que ni la ciencia ni la técnica pueden exhibir, en ninguna circunstancia, la bandera blanca de una pretendida neutralidad. Todo acto técnico, todo gesto científico chorrean ideología. O se sirve al sistema o se sirve al pueblo. Trazar una carretera en el papel, planear un censo, clasificar un remedio, es política. Todo técnico, todo científico es siempre un político, aun cuando se niegue a serlo: o reaccionario o reformista o transformador. La revolución no germina solamente en los brazos y en la sangre de los labradores y de los obreros. Vosotros, llamados a ser aliados legítimos del pueblo, haréis también esa revolución o lucharéis vendidos contra ella. En este sertão del Mato Grosso yo he visto muchas batas asépticas de médico irreparablemente manchadas con la sangre despreciada del pueblo.

Negaos a aquellos servicios técnicos supuestamente indiferentes. Sed técnica y ciencia al servicio de la libertad, de la justicia y de la vida.

No me deis un día el susto mortal de saber -pongo un ejemplo dramáticamente próximo- que alguno de vosotros está sirviendo y lucrando en el Proyecto Carajás o en el Jica...

Ahora sí, queridos ahijados: felicidades. Habéis llegado a la graduación y os estáis embarcando para la acción. Felicidades para vuestros padres y familiares que tal vez os mantuvieron durante el estudio con el esfuerzo de un trabajo agotador. Felicidades a vuestros maestros y a la Universidad Católica de Goiás.

Hoy es diploma y fiesta. Mañana será, finalmente, el gran curso de la vida. Sin vacación, sin claudicaciones. En la alegre dedicación diaria al pueblo. En la certeza de que este Brasil -prematuramente llamado democrático- será, para nosotros, democracia verdadera, pueblo libre y fraterno, dentro de la Patria Grande de América, por fin liberada.

El padrino bendice también: ¿puedo bendeciros? Os dedico además una oración a Aquel que es la Verdad y la Vida.

6

Mensaje al mundo sardanista

Como un poblado primitivo o una aldea indígena, en rueda de solidaridad, iguales todas las casas, todas ellas mirándose y, en medio de todas, como el corazón cultural de todo un pueblo, la casa de la iniciación, de la fiesta y de la palabra. Desde esta Amazônia así siento yo nuestra sardana, catalanes de todas las Catalunyes, sardanistas de todos los rincones de la patria o de la añoranza, viejos danzarines de la tradición, jóvenes danzarines del nuevo empuje.

Anillo de brazos, de pasos, de corazones; todos dándose las manos confiadas, todos mirando a todos, rojas todas las mejillas por el mismo sol y por una igual alegría; vecinos de siempre o conocidos de poco o forasteros desconocidos que acaban de llegar a la ciudad o al pueblo, o quizás a Catalunya, pero con la voluntad sincera de hacer comunión.

Dándose más el corazón que los cuerpos, danzando a la plena luz de una fiesta tan comunitaria que nunca pueda recostarse en ella ni el aislamiento ni el egoísmo. Danzar sardanas de veras siempre será hacer patria libre y en preservada identidad y conquistar democracia socializada y construir humanidad ecuménica.

Cuanto mayor la rueda, más popular la fiesta. Cuanto más estrechas las manos, más seguro el destino colectivo. Cuanto más comedida la alegría, más humana también, más catalana.

Porque la sardana es un ritual helénico, catalán, que respeta las leyes del número. Y sólo puede moverla acertadamente "la sobria ebriedad del espíritu". Una danza bordada de armonía y medida, que obliga a poner también en los pies aquel "seny" que siempre se lleva en la cabeza. Una danza contada y rigurosa. Pero que la chiquillería aprende jugando y los abuelos nunca olvidan. Civilizada y comprensiva, la sardana bien nacida en el Ampurdán es, sin embargo, juguetona como las olas del mar que la acunó y, como el oleaje y el viento, desafía todas las dictaduras foráneas y las traiciones internas. Cuando no se puede desplegar la "senyera", se despliega la sardana. Siempre ha habido un rincón de montaña con la "tenora" gritando, cuando los ruidos de fuera nos querían matar, en la ciudad, hasta la lengua materna. La "tenora" y las campanas han salvado, muchas veces, la voz de Catalunya.

Tenemos el derecho de sentir la sardana como "la dansa más bella de totes les danses que es fan i es desfan". Pero tenemos el deber de tornarla más bella aún, haciendo que no se deshaga nunca. Como sería profanar la eucaristía de los cristianos si sólo nos diésemos la paz a la hora de la misa y sólo comiésemos juntos en la mesa del altar, así también será profanar la sardana de los catalanes si sólo nos damos las manos igualitariamente a la hora de danzar y sólo dentro del tiempo contado de una danza abrimos para todos el círculo democrático.

Danzar sardanas habría de ser un sacramento de hermandad. Rito sagrado de lo que vivimos en la calle y en el trabajo, en la política y en la educación, en la economía y en la fe. Contados los compases y las habas contadas.

Hogaño habéis hecho ciudad "pubilla" de la sardana la antigua Celsa de los romanos, nuestra Solsona del Claustre y de Castellvell, de las fuentes y los trigales y los pinares, con carta de la más legítima ciudadanía catalana desde los lejanos tiempos del conde Sunyer. Y en la capital del Solsonés queréis rendir homenaje a toda la Catalunya labriega y montañesa; donde las raíces del "seny" y el trabajo y la fe -antes y después de las máquinas y las intrigas- sorben auténtica la sazón ancestral; donde las gavillas escenifican la primitiva sardana de la madre Tierra. Tenéis toda la razón, hermanos. Catalunya será Catalunya mientras sepa al mismo tiempo salir, marinera, hacia los desafíos de la mar y recostarse, labriega, en los labrantíos de montaña.

La luna, cómplice, lo decía a las monjas; el obispo, cómplice y hermano, os lo quisiera decir a todos: danzad sardanas; hacer que nuestra Catalunya las dance siempre, hermanada, libre, ella.

Nietzsche no quería creer en un Dios que no supiese danzar. Tampoco nosotros. El Dios en quien creemos bien que nos ha dado las manos, en Jesucristo, y con Él ha entrado de lleno en la danza de nuestra historia y, en el Espíritu del Resucitado, nos convoca a la mejor fiesta del abril humano, la sardana florida de la Pascua.

7

A todos los indios de Roraima: Resistid unidos

Os escribo esta carta sólo por amistad. Vivo en el norte del Mato Grosso hace 13 años, entre los ríos Araguaia y Xingú. En medio de los indios Karajá, Javaé, Tapirapé, Xavante y otros. El sufrimiento de los indios ha pasado a ser un sufrimiento mío. Quiero que la lucha de los indios sea siempre mi lucha. La victoria de los indios alimenta el fuego de mi esperanza.

De Roraima conozco sólo algunas aldeas (Barata, Livramento, Cabeceira do Truaru, Canoani) y he encontrado alguno de vosotros en reuniones, en la Casa del Indio o de viaje. Así y todo, quiero escribiros esta carta.

Es la segunda vez que estoy en Roraima. Acabamos de tener una reunión con el personal de la Diócesis que trabaja entre los indios. Para mejorar este trabajo, para ayudaros más a todos vosotros en vuestra lucha.

Las dos veces que he venido a Roraima me he sentido muy preocupado. Roraima es la región del Brasil que tiene más indios. Vosotros aquí sois muchos todavía. Pero estáis muy esparcidos, en aldeas pequeñas y son muchas las amenazas que os cercan como una alambrada. Las haciendas, las colonias, las minas, las carreteras están llegando, invadiendo vuestras tierras, echando sobre ellas rebaños y confusión. Grandes proyectos del Gobierno y de empresas multinacionales os quieren robar la tierra. La Funai se hace muchas veces la desentendida. La población blanca de Roraima, aun aquella que se llama cristiana, se interesa muy poco por vosotros.

He leído el informe de la asamblea general de los Tuxauas (jefes indígenas) celebrada en enero de este año, allá en el Surumú, y la carta que ellos escribieron a la Funai. Pusieron el dedo en la llaga. Ese informe puede ser para vosotros como una cartilla de lucha.

Por el amor de vuestros muertos, por el amor de vuestros hijos, por el amor de vuestro pueblo, manteneos siempre unidos. Cada aldea con su Tuxaua. Los Tuxauas entre sí, como hermanos de un gran pueblo haciendo un consorcio de todas las aldeas de Roraima: Macuxi, Wapixana, Ingaricó, Taurepang, Yanomamí, Wai-Wai, Maiongong, Wamiri, Atroari... y otros indios cuyos nombres quizás yo ni siquiera he oído. Todas las comunidades indígenas de este territorio como haciéndose una gran comunidad indígena. La unión indígena hace la fuerza indígena. No os dejéis dividir. No os dejéis comprar. Ni por las amenazas ni por las promesas, ni por el dinero, ni por el aguardiente, ni por la ilusión de la vida de los blancos. Hay mucho indio engañado que dejó un día su aldea y vive ahora rodando y sufriendo y pasando miseria y desprecio por esas ciudades y carreteras del Brasil.

Mantened encendidas, como una hoguera en el corazón de la aldea, vuestras costumbres. Enseñad otra vez la lengua materna a los que ya no saben hablarla. Quien pierde su lengua, pierde el alma de su pueblo. Vuestra lengua no es una jerga; llamarla jerga es una ofensa de los blancos a la lengua que vuestros mayores hablaban. Si la tierra demarcada y defendida es el suelo donde un pueblo se planta y crece, la lengua propia es como la sangre que circula por todo el cuerpo de la comunidad.

Vosotros no estáis solos. Todavía hay millones de indios en esta América Latina. Conoced la vida, el sufrimiento, las luchas, las victorias, las asambleas de los otros pueblos indígenas de todo el Brasil y de toda América.

El hombre blanco, cuando llegó a este continente, metió a todos los nativos dentro de la gamella de un nombre único: "indios". Como si los muchos pueblos de este continente no tuviesen ni nombre ni historia. Y a todos los persiguió por igual, como caza. De todos ellos arrancó la tierra, las costumbres, la paz, la vida.

Vosotros que habéis sobrevivido a tanta persecución y a tanta codicia de los blancos invasores, haced ahora de esa palabra "indios" una sola bandera: la bandera de una gran patria, Amerindia, la América de los Indios unidos, respetados y libres.

El blanco siempre ha hablado mucho de Dios, pero no ha respetado la voluntad del Dios verdadero. Aquel Dios que es el Padre de todas las personas y el Señor único de todos los pueblos está con vosotros, apoyando vuestra lucha. Él es el Dios de la vida y no el Dios de la muerte.

Aquellos que sois cristianos sabéis que Jesucristo no vino al mundo para que los indios dejasen de ser indios. Él no es un colonizador blanco. Él es el Liberador. El indio cristiano que piensa en dejar de ser indio no puede ser un buen cristiano. Quien niega a su pueblo, niega a Dios, creador de todos los pueblos.

La lucha aún será grande, los enemigos son poderosos. Pero la conciencia de los pueblos indígenas crece y crece su unión y su organización. Tened esperanza y continuad avanzando con firmeza. Podéis contar también con muchos amigos sinceros. Somos muchos, con vosotros, los que queremos la Liberación.

8

A la Iglesia y al pueblo de Guatemala

A los amigos hermanos de Guatemala,
 a las Comunidades Cristianas Populares,
 a los mártires vivos, en la cárcel, en la persecución,
 en la ansiedad...,
 al Comité Pro Justicia y Paz,
 al Frente Democrático contra la Represión,
 a la Iglesia de Jesús en Guatemala,
 al pueblo de Guatemala, que será libre.

Os escribo con una inmensa ternura, con toda mi pasión latinoamericana, seguro del pueblo, cierto de que el Señor resucitado nos será fiel.

Hermanos, esta es una hora de Gracia para vosotros, para toda Centroamérica.

Sed lúcidos. Sed firmes. Sobre todo, estad unidos.

Sabed que el continente todo, el pueblo del continente quiero decir, os acompaña. Sois para nosotros como una señal, testigos de la liberación que se conquista, prueba de que nuestro Dios es verdaderamente "un Dios Liberador que sabe librar de la muerte".

No permitáis que nadie utilice al pueblo.

Haced que el Espíritu de Jesús os penetre hasta la médula, en esta "hora".

Rezad. Cantad.

No os escandalicéis si no os comprenden. Aceptad la contradicción, incluso la que viene de dentro, quizás de dentro de la Iglesia. La cruz es el camino de la liberación.

Responded a la persecución con esperanza.

Responded al miedo con unión.

Responded a la muerte con la voluntad del pueblo y con el nombre de Jesús, el Resucitado.

No sé si nos veremos, pero, en todo caso, estamos entrañablemente unidos.

El Espíritu ha derramado, en esta hora, la Gracia continental de la unión en la lucha y en la esperanza.

En nombre de mi pueblo de indios, posseiros, peones; en nombre de mi pequeña Iglesia de São Félix do Araguaia, en la Amazônia brasileña, os abrazo, como hermano y compañero, como cristiano obispo de la Iglesia de Jesús.

9

Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño

Por el sólo hecho de recibir de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (CDHES) el pedido de una declaración en favor de los Derechos del Niño Refugiado Salvadoreño, yo me siento profundamente avergonzado, ante Dios y ante la Historia.

Avergonzado de ser hombre y avergonzado de ser cristiano. Impotentemente irritado, a pesar de mi esperanza.

Porque ya hace años que América Central es una llaga viva. Y el occidente, llamado cristiano, y con demasiada frecuencia la propia Iglesia de Jesús, vienen presenciando con pasiva connivencia, cuando no con abierta participación, cómo el neocolonialismo y la oligarquía y la represión militar -que es prisión, tortura y muerte- diezman esos pueblos menores de la cintura de América.

Y la pesadilla criminal se nos ha hecho rutina de noticiario, o ha dejado incluso de ser noticia ante un balón de fútbol...

No voy a hacer ninguna declaración. Toda palabra apenas palabra, me parece un sarcasmo. ¡Malditos seamos del Dios vivo los que fuéramos capaces de asistir pasivamente al dolor de Centroamérica!

Isaías, Jeremías, Amós... Conminarían con la ira de Yahvé nuestra sociedad y nuestra Iglesia insensibles.

La declaración está ahí, inexorable. El que tenga oídos para oír el llanto de un niño exilado, que oiga. El que tenga ojos para ver los rostros exangües de madres e hijos refugiados, que vea.

A veces, en mi corazón, yo le he pedido a Juan Pablo II que se venga a Centroamérica, antes de que sea tarde, si quiere hacer visitas de Buen Pastor. Su Polonia reprimida y la misma absurda guerra de las Malvinas no pasan de una dolorosa enfermedad frente a la masacre sistemática -verdadero genocidio- que decapita poblaciones enteras en Guatemala y en El Salvador.

Quinientos mil refugiados, de los cuales un cuarenta por ciento son niños; desnutridos, traumatizados, prematuramente condenados a morir, muchos de ellos. "Muertos antes de tiempo", lamentaría nuestro profeta Las Casas.

Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño son hoy, en nuestra sociedad estúpida, como tres estigmas acumulados en una sola misteriosa fragilidad.

Todo lo que hagamos por esos niños, por sus madres, por esos pueblos pequeños -los menores de Judá, Pulgarcitos de América; y, sin embargo, codicia de los prepotentes- no será más que salvar nuestra propia condición de personas humanas.

Todos esos niños son hijos nuestros; sangre de nuestra sangre, derramada; alma humillada de nuestra propia alma.

¡Salvemos a los niños de El Salvador, para salvarnos a nosotros mismos!

Lo menos que podemos dar es dinero, publicidad, protesta, militancia. Y apremiante oración. No le estamos haciendo un favor a CDHES. Pagamos, tarde y mal, una deuda común.

Los que tengamos el coraje de llamarnos cristianos y asistir impasiblemente a esa tragedia de Raquel -que llora sobre sus hijos- o de soltar apenas una oración esporádica, un discurso ocasional o un cheque displicente, no tendremos respuesta en la cara, cuando el Soberano Juez nos pregunte, sin apelación, en aquel último Día:

-Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño (en Honduras, la militarmente utilizada por el Imperio, o en Nicaragua, cuya libertad el Imperio quiere impedir, o en Belice, o en Costa Rica, o en Panamá o en México, o en los subterráneos de Guatemala, la india mártir)... ¡Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño, y tú no me atendiste!

Hermanos de la Comisión de los Derechos Humanos de El Salvador, cuenten conmigo, en todo, hasta la muerte,

Antes que el Justo Juez, nos juzgarán esos niños. Y yo quiero que me juzguen desde su fraterna libertad, limpiamente conquistada por sus padres, por sus abuelos, por sus hermanos mayores.

Esos niños, flores de llanto y de sangre, anuncian el futuro diferente de sus pueblos ahora prohibidos.

Contra toda esperanza y contra todo poder, y por causa del Resucitado que fue muerto y está vivo, yo creo firmemente en la resurrección de Centroamérica.

Niña precoz,
hermana primogénita
de la liberación
que se conquista.

¡Niña novia del Día prometido,
bautizada en la sangre,

grávida de Esperanza
y violada!

Quiero abrazarte, América,
por tu cintura ardiente,
¡Centroamérica nuestra!

10

A vosotros, que sois en Nicaragua "Ministros de Dios y Ministros del pueblo"

Queridos hermanos, compañeros de Esperanza:

Quiero enviaros una palabra de solidaridad. Hace mucho tiempo que os acompaño, que os acompañamos, en la oración, en la comprensión más fraterna, en la gratitud también -eclesial y latinoamericana- por el duro ministerio que os ha tocado ejercer.

Me gustaría hablaros personalmente. Sabed, de todos modos, que estoy con vosotros; como obispo también. Sed fieles al que es Fiel. Vivid en la libertad de los hijos de Dios. Orad, ahora más que nunca. Y pensad que vuestra incomprendida tarea eclesial sostiene la esperanza de muchos en este continente de la muerte y de la esperanza.

Sé que es más fácil hablar que soportar. Sé que os encontráis ahora entre muchas espadas y muchas paredes. Imagino muy bien cómo se os hace amargo el trago de ese cáliz. Dad testimonio con humildad, con entereza, con invencible esperanza.

Vuestro libro con Teófilo ha gustado mucho, ha impresionado mucho -incluso a varios amigos obispos- y está haciendo mucho bien. Creo que es una contribución altamente significativa a la espiritualidad de la liberación y a la pastoral históricamente comprometida. Yo os lo agradezco en el alma.

Rezamos mucho por vosotros, por Nicaragua, por Centroamérica. (Hace dos días nos decía Dom Luciano Mendes, el Secretario General de la CNBB, que la oración por Centroamérica es la primera que hace, infaliblemente, todos los días).

Ayudad a las comunidades en esta hora de prueba. Sostened a los sacerdotes compañeros, en la posible decepción. Sabemos que la comunidad cristiana entera de ahí -la que quiere estar con los pobres de Cristo y nunca pretendió dejar de ser Iglesia de Jesús- se está rehaciendo, con realismo y hasta con humorada generosidad. Necesitamos todos de vuestra gallarda actitud cristiana en esta hora de desconcierto, de antitestimonio, de agresiones mayúsculas y de aprovechamiento por parte de los poderes de "este mundo". Los "no" cristianos de Nicaragua, de Centroamérica, del Caribe, de toda nuestra América... necesitan muy particularmente de vosotros. La visita del Papa os ha levantado en la cruz de un testimonio que va más allá de las fronteras de vuestra patria y de nuestra Iglesia.

Transmitid mis sentimientos de plena comunión a vuestros compañeros de "ministerio" -uno y otro-. Y sobre todo a las madres de los mártires. Y a los que diariamente están siendo llamados al martirio.

Intentaremos ayudaros en la medida de lo posible. Contad con nosotros. Contemos todos con Él. Este es sin duda un misterio pascual, donde también -como en el primero, como en muchas ocasiones de la historia- la Sinagoga y el Pretorio tienen su parte ambiguamente conjugada.

Dios es mayor que la Iglesia. Jesús es el verdadero Pontífice. Comprended al Papa, comprended a los obispos... Y no os sintáis excesivamente juzgados por ellos. A veces hay que hacer Iglesia hasta "contra" la Iglesia.

Hay que ser fieles en humilde rebeldía. Y siempre esperar contra toda esperanza. Un día se hará la luz.

En fin, los amigos os contarán de nuestro caminar y de la apasionada amistad con que acompañamos a Nicaragua, América Central...

Os abrazo de corazón. En el Señor Jesús. Hoy es aquí el día de la Ascensión: El se va y se queda; su Espíritu está con nosotros.

Es hora de decirle algo a la Virgen, para que ponga su mano acunadora, sus ojos maternalmente dulces, sobre tanta herida, tanto desconcierto, tanta marejadilla familiar...

11

Juicio por un obrero asesinado

Querida Ana, esposa de Santo, queridos suyos, queridos compañeros todos:

Estos días se hará el juicio último del policía militar (PM) que asesinó a nuestro mártir Santo Días.

Os escribo a todos vosotros, en mi nombre y en nombre de toda nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia. Esta carta es nuestra presencia, el testimonio de una comunión total en la lucha de Santo -que es nuestra lucha-, en la sangre de Santo -que es abono pascual de nuestra esperanza-. Nuestra lucha y esperanza, que son vuestra lucha y esperanza.

Sinceramente, no nos hacemos ilusiones en torno a ese juicio. ¿Quién es el que va a juzgar? ¿Con qué poderes? ¿Al servicio de quién? El reo verdaderamente autor de ese crimen cometido por todo un sistema contra toda una clase no es un simple PM. Ni podrá ser ese un juicio libre y certero; ni mucho menos será, para todos nosotros, "juicio final".

Tampoco nos interesa ver condenado a un pobre policía, hijo del pueblo, él también víctima del lucro y de la represión; brazo ciego de alguien mucho mayor y más responsable delante de Dios y de la historia.

Que se haga el juicio, sí, y que sea lo más limpio posible. Pero siempre será un juicio parcial y provisorio. El "juicio final", además del que haga un día Aquel que es el único Juez Verdadero, será hecho por el propio pueblo del campo y de la ciudad: esposas, hijos, compañeros de Santo o del Gringo. Hecho día a día; y en aquel Día que esperamos.

La muerte de Santo nos convocó a más vida. Este proceso nos convoca a más lucidez. "Va a ser juzgada la memoria de Santo Días", habéis escrito en vuestros folletos. Va a ser juzgada también la capacidad de "memoria" que nosotros tengamos. Olvidar nuestros muertos es negar la causa por la cual murieron.

El país vive sometido al desempleo y paro y a los casuismos políticos, sometido a la propaganda y a la corrupción electorales y administrativas, aherrojado a la imposible sobrevivencia digna de humanos, en muchos sectores de la ciudad y en muchos sectores del campo. En esta hora, difícil para el pueblo, es el pueblo quien debe decidir: uniéndose, hablando, actuando.

Muchos, que nunca han dado su sangre ni la sangre de los suyos; muchos incluso, satisfechos con su fe sosegada, no van a entender que nosotros exijamos justicia. Celebran la memoria de los héroes, a veces criminales; celebran la memoria de Jesús en ritos esterilizados y sin compromiso... Y quieren impedir que nosotros celebremos la memoria, el martirio y la pascua de nuestros muertos, vivos en el pueblo y resucitados en el Resucitado.

Compañeros, hermanos: hagamos de ese juicio una revisión de conciencia y un compromiso renovado. Juzguemos la injusticia y asumamos de nuevo, fuertes y unidos, la causa de Dios y del pueblo, por la cual nuestro santo, el Santo Días, vivió, luchó organizadamente y comunitariamente murió.

12

Nuevo mártir de la tierra

A los posseiros de Capão Verde y a todos los labradores de Alto Paraguay. Particularmente a la generosa viuda de nuestro mártir, Enrique José Trindade y a toda su familia,

A cuantos -Sindicato, Iglesia, Abogados- apoyan la lucha y la esperanza de ese pueblo hermano.

A todos vosotros escribo, en nombre de toda nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia y de todo este pueblo, también sufrido y también ahincado en la misma esperanza que os sustenta a vosotros.

Hemos recibido la noticia de la muerte de Enrique, nuevo mártir de la tierra, mártir particularmente nuestro. Hemos recibido esa noticia como un capítulo más de las nuevas actas de los mártires que la Iglesia del campo y el pueblo de la tierra están escribiendo últimamente en nuestro Brasil.

En Ribeirão Bonito empieza estos días la celebración de la novena de la Patrona, Nuestra Señora Aparecida. Y, como todos los años, los días 11 y 12 tendremos las grandes conmemoraciones del martirio del padre João Bosco, nuestro y vuestro, de São Félix do Araguaia y de Diamantino.

Duelen tanta sangre, tanto sufrimiento, tanta injusticia. Sentimos particularmente la soledad y el desamparo de nuestra Odomila y sus hijos.

Sentimos también, sin embargo, la fuerza de Dios que esa prueba nos trae a todos nosotros. Como dice muy bien la Comisión Pastoral de la Tierra del Mato Grosso, en su "nota a la prensa", "la sangre de Enrique y de todos nuestros mártires no se perderá: de ella nacerá un pueblo nuevo".

Quisiéramos ayudaros, en esta hora de prueba. Aceptad nuestra oración de hermanos sinceros; aceptad nuestra total solidaridad.

No os desaniméis.

Hemos de responder al odio, a la prepotencia, a la mentira oficial, a su injusta justicia..., con un amor más fuerte que la muerte, con la verdad que nos libera, con la certeza de que está con nosotros Aquel que es el Justo Juez.

Seguid firmes en la marcha. Siempre unidos, en el Sindicato, en la política popular, en las celebraciones y encuentros de la Comunidad Cristiana.

Que los jóvenes y los niños cojan también la bandera. Y que las mujeres continúen dando ese bravo testimonio de coraje, de fidelidad a toda prueba, de participación plena en la lucha, de esperanza indestructible. (La Madre de Jesús es una buena profesora de mujeres fuertes por la causa del Reino).

13

Leónidas Proaño, profeta silencioso

"Yo conozco a Monseñor Proaño personalmente -me escribía María Clelia de Jesús que se autodenomina hermanita brasileña-peruana-, pero, sobre todo por su trabajo en la diócesis, afirmo que él es uno de los que en nuestro continente han optado en verdad y de verdad por la causa del pobre y marginado. Con esta particularidad: que ese pobre real en Riobamba es el indígena. Creo que eso lo aproxima de usted, aun cuando de nuestro lado sea el indígena andino..."

Yo no conozco personalmente a Proaño y es posible que no lo llegue a conocer, ni del lado de allá, donde luchan los indígenas andinos, ni del lado de acá, donde luchan los indígenas y labradores amazónicos. Por lo menos creo que no va a ser posible mientras imperen, de los Andes al Amazonas, las inseguridades de la Seguridad Nacional. Sea éste, hermano Leónidas, el tributo de distancia que nos toca pagar por la verdadera comunión.

De todos, sin conocerlo, tengo hace tiempo la imagen del obispo de Riobamba en mi mente y en mi corazón, y también él es para mí "una llama y una luz". Por muchas referencias de comunes amigos, por una especie de proclamación agradecida de toda la Iglesia de los pobres del continente, por la ejemplar repercusión que la personalidad de Proaño -su vida, su obra y su palabra- viene teniendo en otros sectores, muy amplios, de la Iglesia universal.

El ya es, con perdón del correspondiente dicasterio que podría arrogarse el derecho a dar un último dictamen, un Padre de nuestra Iglesia para la Iglesia toda.

Últimamente he leído su confesión pastoral en *El credo que ha dado sentido a mi vida* y algunos otros textos sobre la Iglesia de Riobamba y su pastor; y esto ha acabado de perfilar dentro de mí la imagen de Leónidas E. Proaño Villalba:

- Alto, en medio de sus indígenas, como un cacique natural (y sobrenatural).
- Con los ojos hundidos y avizores, como quien contempla la Historia, y el Reino en ella, desde los remotos tiempos e intereses del imperio incaico y del imperio español y del imperio yanqui y en las comprometedoras alturas del Chimborazo y de Medellín -a 3.000 metros de altitud y vértigo- y en el año 2.000 de la Iglesia de Jesucristo, hecha y deshecha aquí, entre nosotros, colonizadamente y en busca de liberación.
- Obispo de Riobamba, desde 1954. O sea, con 25 años de obispo en pie de guerra y en pie de paz. Perseguido dentro y fuera de casa. Incomprendido por los grandes y amado de los pobres.
- Un hombre contenidamente pacífico, rodeado de conflictos por todas partes, menos por una: por la inalterable parte de la fe.
- "Afable, sencillez y límpido como un libro abierto", que diría de él "La Vie".
- Profeta de hechos, más que de gritos. Sin gesticulaciones. Con el gesto sobrio y seguro de quien "macetea", desde la niñez, sombreros de paja y, después, cabezas humanas aturridas o ausentes, pajas dispersas que se han de ir trenzando en el ancho sombrero de la comunidad.
- Contemplativo innato, silencioso y sobrio, como un hijo legítimo de la cordillera; con un estilo digno de Azorín, cuando escribe sus memorias; y, sin embargo, metido de lleno en una inquebrantable actividad organizadora que ha hecho de su Iglesia de Riobamba una de las Iglesias mejor "estructuradas".
- Lleno de simplicidad evangélica, pero metódico, realista y político. Amigo de escuchar la Palabra de Dios, el silencio del pueblo y la contribución de la ciencia. ¡Creyente fervoroso y disciplinado, con rasgos de niño grande, ese casi viejo patriarca del Chimborazo!
- Fiel a la Iglesia y libre en su fidelidad. Capaz de exigir comprensión y respeto y justicia, de parte de sus compañeros de Conferencia Episcopal y de parte del Nuncio de Su Santidad, el Papa. Su carta al Nuncio, el 4 de febrero de 1973, es un modelo de colegialidad dignamente corresponsable.
- Un verdadero precursor de lo que ahora otros obispos podemos hacer, con la relativa naturalidad de quien pisa caminos ya abiertos, porque él, a su tiempo, juntamente con otros pocos arriesgados, no sólo "había abandonado el uso de la sotana con vivos y colorines", sino también la actitud privilegiada, doctoral y monárquica de la jerarquía.
- Un pastor de armónicos contrastes que bien podría señalarse como prototipo de pastores latinoamericanos, en estas vísperas y albores ardientes de ese nuevo Medellín que tenemos y esperamos y labramos en Puebla.

Así es la imagen policromada que yo me estoy haciendo del hermano y compañero Leónidas E. Proaño, obispo de Riobamba, en el otro costado herido de América Latina; también él, Proaño, enconado con el latifundio por amor a los hombres sin tierra firme, también él con el sambenito de "comunista camuflado" por hacer del Evangelio una praxis total,

también él "visitado apostólicamente" porque estaría forzando alguna caduca armazón eclesiástica (y sin recibir después el veredicto de Roma), y también él llamando, en última y diaria instancia, al Señor Jesús...

Esa es la imagen que yo me hago del obispo de Riobamba y de su Iglesia, y de ella y de él -la Iglesia es a su pastor lo que el pastor es a su Iglesia- destaco estos tres rasgos como más incisivos y ejemplares: el pueblo asumido en su realidad; comunidad orgánica; evangelización dinámica.

Por todo lo cual, yo también creo que Leónidas Proaño y su Iglesia de Riobamba, en ese alto costado silencioso del continente, son "una experiencia para el futuro de la Iglesia en América Latina", como definía, con categórica exactitud, en su último número de 1976, la revista mexicana "Servir".

Lo que urge, y sería un buen fruto de este jubileo de Proaño que coincide con Puebla, es que las demás Iglesias del continente no nos empeñemos en permanecer en el pasado. El Evangelio siempre es futuro.

14

Méndez Arceo, pastor de fronteras

Querido hermano Sergio, compañero en la Gracia del Señor Jesús y en la corresponsabilidad apostólica sobre esta Patria de nuestra América Latina.

Habrás recibido una carta conjunta de varios obispos del Brasil que estábamos reunidos, con ocasión de nuestra XX Asamblea General en Itaici.

Quiero, además de firmar también en esa carta colectiva, escribirte una carta personal; porque tú has pasado a ser de verdad, para mí, como para muchos otros, una herencia más que fraterna de palabra, de coraje y de profecía.

El obispo Méndez Arceo de Cuernavaca, después de 30 años de ministerio episcopal, se ha tornado para la Iglesia que sufre y espera y avanza en América Latina -bajo la luz de Medellín-, un patriarca apostólico de la liberación.

Los "Santos Padres" no se acabaron hace quince siglos. Cuernavaca, al socaire indígena de Guadalupe -cuna espiritual de la América nuestra- nos suena ya a muchos como una Cartago o una Hipona episcopal de nuestro continente.

Tú, Sergio, hermano mayor, has sido una ancha cabeza clarividente en este medio siglo de represión y muerte; de luchas y esperanzas, que muy bien pueden ser la amanecida de una mejor América.

Tú has sabido abrir diálogo entre la fe de nuestros padres colonizados y oprimidos, pero creyentes, y la inquieta historia recobrada que están forjando sus hijos. Si no hubieses hablado tú, habría faltado entre nosotros una voz, clara y distinta, de Buena Nueva.

Si Dios no te ahorró la cruz, hecha de astillas de los enemigos del pueblo y también de la leguleya incompreensión de tus hermanos, tampoco ahorraste tú las anchas espaldas de tu generosa esperanza para llevar esa cruz gallardamente.

Con tu paz y con tu humor -frutos del Espíritu y del contacto vivo con el pueblo sufrido y pertinaz- has sabido abrir camino por donde aún nadie pasaba. Has sabido ser libre, sin dejar de ser fiel, con la libertad de los hijos de Dios y con la libertad apasionadamente buscada por los hijos de esta tierra; fortaleciendo así, con tu ministerio episcopal, la marcha de una Iglesia latinoamericana más evangélicamente autóctona.

La fidelísima solidaridad que siempre demostraste con tus hermanos obispos sometidos a prueba y con sus Iglesias perseguidas, así como la valiente lucidez con que has sabido bendecir y aconsejar las banderas revolucionarias de nuestros pueblos en liberación, me obligan hoy, hermano Sergio, a expresarte el testimonio de una agradecida y total solidaridad, en nombre propio, en nombre de mi Iglesia, en nombre de este pueblo de indios y labradores.

Tú y toda la Iglesia que está en Cuernavaca y en México contad con nuestra oración y con la comunión inquebrantable de nuestras vidas.

Con sincera gratitud por lo que eres y por lo que significas, te abrazo fraternalmente en Cristo Jesús.

15

Dom Pires, obispo negro y militante de la paz

Por muchos motivos, nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia debe estar presente ahí, en João Pessoa, en esa fiesta conmemorativa de los 25 años de servicio episcopal de Dom José María Pires. No pudiendo ir el obispo, por causa de la Asamblea Regional de la CPT y por compromisos asumidos hace tiempo con las comunidades de la Isla del Bananal, va el padre Manuel, representándonos a todos. Porque todos nosotros estamos con vosotros, hermanos, sobre todo en esa fecha.

Dom José María merece nuestro cariño y nuestra gratitud:

- por su fidelidad al Evangelio y al pueblo,
- por su voluntad de ser cada día más un obispo servidor,
- por la humildad y realismo de las revisiones que ya ha hecho,
- por su despojada encarnación en ese Nordeste sufrido y sacramental,
- por su carácter de Dom Zumbi pastoral de la Causa Negra,
- por las muchas iniciativas pastorales pioneras que ha emprendido
- y por la fraterna solidaridad con que ha acompañado siempre a nuestra Iglesia.

25 años de ministerio episcopal son muchos días de donación, largo camino de muy probada fidelidad. Pueden ser también garantía prometedora de otros 25 años iguales...

Además de mineiro legítimo -y doctor de lo "legítimo" frente a lo "legal"-, Dom José María es un no violento que violenta, como el Reino. Sabiamente terco, armado de la desnuda fidelidad al Evangelio de los pobres.

Su palabra, precisa, luminosa, ha muchos años que clarea los caminos de la Iglesia del Brasil. Muchos vibramos todavía con su homilía antológica en el patio del Carmen de Recife, en la celebración de la temida, prohibida, amada "missa dos Quilombos".

Cuando Dom José María habla, la lluvia de la verdad penetra, mansa y fecunda. Un día la historia de la Iglesia del Brasil recordará a Dom José María Pires como el obispo negro del primer Movimiento de Educación de Base (MEB), de feliz memoria; como el pastor de la no violencia eficiente de Alagamar; como un participante indispensable en tantos encuentros estratégicos de obispos del Brasil y de América...; pero también como un nuevo Padre nativo de la palabra cierta y eficaz.

Ha ganado el galardón de la cruz, señal de autenticidad evangélica. Porque "ha amado la justicia y ha detestado la iniquidad", ha sido desterrado de muchas maneras, a veces dentro de la propia santa y pecadora Iglesia. Pero no ha perdido la paz, porque ha optado por las Bienaventuranzas. Se ha convertido en un testigo claro del Evangelio para muchos hermanos en el episcopado, para muchos agentes de pastoral, para las Iglesias del Brasil y del exterior, así como también para muchos combatientes de la justicia, que sin el nombre de Jesús en la boca llevan con nosotros la pasión de Jesús en el corazón.

Dom José María, querido Dom Zumbi: recibe en esta fecha jubilar nuestro testimonio de gratitud y de amistad. La Iglesia de Dios y de Dom José María, que está en João Pessoa de la Paraíba, reciba, en esta ocasión feliz, el abrazo de la hermana menor, que está en São Félix do Araguaia del Mato Grosso.

Sigamos unidos en el combate, en la oración, en la esperanza. El nuevo Quilombo vendrá, ¡juntos lo haremos! No nos ha de faltar ni la fuerza del Espíritu del Resucitado ni la ternura de Mariama...

16

Con los pescadores de la Isla de Vieques

Querido Monseñor y hermano: Por la prensa venimos acompañando la persecución de que usted es víctima, por su actitud justa y evangélica, al solidarizarse con los pescadores de la isla de Vieques.

Creemos con usted que la prohibición de expresarse como portorriqueño y de estar en contacto libre con su pueblo, es un gesto más del imperialismo, un día español o portugués y ahora norteamericano, que viene dominando hace siglos este continente de muerte, y de esperanza.

Yo, personalmente, como obispo y toda mi Iglesia de São Félix do Araguaia queremos expresarle el testimonio de nuestra total solidaridad. Que es, en verdad, comunión en el Espíritu de Aquel que vino para que fuésemos libres plenamente, ya aquí en la tierra, en la medida de lo posible, y un día plenamente libres y felices en la Tierra de la Libertad.

Por la experiencia propia en nuestra lucha contra el latifundio y bajo los poderes de la represión, sabemos que no se puede ser fiel al Reino de Dios sin comprometerse con los derechos y aspiraciones de las personas y los pueblos oprimidos.

Le pedimos, querido hermano Antulio, que continúe firme en su testimonio -que para nosotros es martirio-. Puerto Rico un día será libre y fiel a su identidad.

Haga extensiva nuestra solidaridad a todos aquellos que luchan con usted por la misma causa y particularmente a los hermanos pescadores de la isla de Vieques. Cada gesto de dignidad que se expresa en un rincón de América Latina dignifica a todo el Continente.

Cuente con nuestra oración. Nosotros esperamos también que no se olvide de rezar por nuestra Iglesia y por nuestro pueblo. Y reciba un abrazo entrañable de su hermano en el episcopado y en el servicio a los pobres del Reino.

17

Alvear y Silva Henríquez, pastores fieles de la Iglesia perseguida de Chile

Os escribo en nombre de toda nuestra Iglesia de São Félix do Araguaia, en el Mato Grosso brasileño, corazón del Brasil. Os escribo por muchos motivos y con un cariño inmenso. En esta carta van muchas cartas, mucha presencia, una comunión que ha ido creciendo y que diariamente crecerá. El Espíritu de Jesús que nos lleva, a pesar de nuestras infidelidades, es el sello de esta carta, hermanos.

Tenemos entre vosotros amigos entrañables y por vuestro boletín vamos siguiendo vuestra *caminhada*, como decimos aquí.

Os escribo hoy para recordar, con emoción y con gratitud, dos nombres de Iglesia, especialmente queridos para vosotros y providenciales para nuestra América: el santo ya glorioso Enrique Alvear y el patriarca, proféticamente firme y sereno, cardenal Raúl Silva.

Los dos pasarán a la historia de la Iglesia de Chile y del Continente como pastores buenos, en el más pleno sentido de la palabra. Dios sea alabado por ellos.

Dadle al cardenal Silva un abrazo de nuestra parte. Sabemos muy bien lo que significa para él ser arzobispo de Santiago de Chile durante estos años oscuros. Un buen pastor, en estas horas, es siempre también un mártir. Necesariamente es un profeta. Sus 75 años son toda una historia de salvación en servicio al Evangelio y a nuestro pueblo.

A Don Enrique rezadle por nosotros, vosotros que lo tenéis "más cerca", por lazos de convivencia mayor. Nos emocionaron hasta las lágrimas los testimonios del pueblo por ocasión de su muerte gloriosa. En esas ocasiones uno siente cómo la Vida es mayor, cómo la cruz es victoria.

Queremos compartir también con vosotros la angustia continental de este momento preciso por la masacrada Centroamérica. Recemos mucho por aquellos hermanos: indígenas, campesinos, moradores, catequistas, pastores, niños, refugiados. Y hagamos todo lo que esté de nuestra parte por la liberación de Centroamérica. Aquí, en el Brasil, empieza ahora en diciembre, una campaña de 4 meses -hasta las fechas de marzo, aniversario del martirio de Don Romero- en solidaridad con Nicaragua, El Salvador, Guatemala... La propia CNBB ha asumido también esta causa.

Os deseamos que la Fundación Enrique Alvear sea un archivo de profecía y de compromiso. Algún día nuestra América habrá de conocer toda la dimensión de aquel pastor de los pobres, lleno del Espíritu de las Bienaventuranzas.

Sigamos unidos, hermanos. En la oración de la fe; en la terca esperanza que vence el miedo y el cansancio; en la comunión que salta por encima de toda frontera. Nuestro Dios marcha con su pueblo y su liberación ya está más próxima.

Os abrazamos a todos, con infinita ternura. La Madre de Jesús, tan presente en nuestra América Guadalupana, canta con nosotros el Magníficat de la esperanza.

18

En el Martirio de Monseñor Romero

Queridos hermanos de la Iglesia y del pueblo de El Salvador: Ayer nos llegó, y todavía con las imprecisiones características en estas latitudes, la noticia de la muerte del entrañablemente querido Monseñor Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador.

Una "buena nueva", en la óptica del Evangelio; un acontecimiento pascual.

En nombre propio, como obispo hermano y en nombre de toda mi Iglesia de São Félix do Araguaia, en este sufrido Mato Grosso brasileño, quiero expresaros, a vosotros -obispos, sacerdotes, comunidades, Iglesia y pueblo de El Salvador-, el testimonio de la más total comunión.

Sólo nos resta recoger la sangre de Monseñor Romero como una bandera de liberación pascual.

Él ha sido un buen pastor que supo dar la vida por el rebaño.

El sufrimiento de su pueblo lo santificó en la libertad y en la fidelidad totales.

Era un hombre libre que ayudaba a liberar.

Las oligarquías nacionales y los intereses imperialistas y todas las fuerzas represivas aliadas no podrán hacer callar esa última gran homilía de Romero, el grito limpio de su muerte, su misa más verdadera.

Modelo de obispo comprometido con la historia de su pueblo, su coherencia pastoral lo llevó al martirio.

Su sangre y la sangre de tantos hijos de Dios, pobres y oprimidos, labradores, sobre todo, e indígenas, jóvenes estudiantes y agentes de pastoral dedicados, forzarán el día nuevo de Centroamérica y limpiarán el rostro de nuestra Iglesia.

América entera y el mundo, toda la Iglesia de los pobres particularmente, se vuelven hacia El Salvador, hacia Centroamérica. Sois para nosotros un Evangelio vivo, un testimonio de Pascua.

No cedáis. Sed fieles. Estad unidos. Orad en común. Contad con nuestra oración y con nuestra solidaridad. Dadle voz y camino al pueblo. El Espíritu de Jesús resucitado está con vosotros.

El miedo y la muerte siempre ceden ante la Vida.

Gracias por vuestro testimonio, gracias por la sangre del arzobispo Romero. Su presencia, ya de resucitado, será una nueva "memoria subversiva" para nuestra Iglesia. Romero es un nuevo mártir de la liberación, un nuevo santo de nuestra América.

A todos os abrazo, os abrazamos, con inmensa ternura fraterna en Aquel que es el Testigo Fiel y nuestra Paz y la Resurrección y la Vida.

19

Arturo Rivera y Damas, sucesor de un profeta mártir

Querido hermano: Aprovecho la oportunidad de un portador amigo para transmitirle el testimonio explícito de mi total solidaridad, en el Señor Jesús, en el servicio de su Reino.

Le acompaño -le acompañamos- con especial cariño desde los días del martirio de Monseñor Romero. Usted fue llamado al ministerio del testimonio en continuidad. Fue llamado a substituir a "un mártir y profeta". Y uno entiende fácilmente todo lo que esto ha significado de discreción, de angustia, de fe, de generosidad, dentro y fuera de la Iglesia.

Acompañamos con verdadera compasión este viernes santo de El Salvador y de toda América Central. Todos los días rezo por ella. Y ésta es también la oración de muchas comunidades aquí en el Brasil. Aún anteayer nos decía Dom Luciano Mendes, Secretario General de la CNBB, que la primera oración que hace diariamente es por América Central.

Usted, hermano, su Iglesia, ese pueblo sufrido, son para nosotros una señal. Que el Espíritu de Jesús lo sostenga en fiel esperanza, a pesar de tantas señales contrarias de iniquidad y de muerte.

Monseñor, dígales a sus sacerdotes y religiosos, a sus comunidades, todo el cariño fraterno, la apasionada comunión, con que los acompañamos en esta hora.

Rece por nuestra Iglesia. Ustedes tienen la oración de los mártires, siempre eficaz.

Un día -que no sea lejano- llegará la libertad y la paz para ese querido pueblo de El Salvador. Que nuestra Iglesia sea digna de esta hora de testimonio.

Lo abrazo fraternalmente en Cristo Jesús.

Memoria subversiva

Esta tarde el Araguaia tiene sus aguas calladas y tranquilas.

-¿Qué te dice este río, Pedro?

-Este Araguaia es una vena abierta de las muchas "venas abiertas de América Latina". Aquí, junto al Araguaia ahora tan silencioso, uno oye muchos gritos, evoca muchas luchas, escucha el clamor de muchos muertos. El primitivo cementerio de los indios karajá, reliquia histórica del martirio colectivo de tantos pueblos indígenas sacrificados en este continente. Y el viejo cementerio de São Félix, ahora ya abandonado, que para mí es el lugar más dramáticamente sagrado de toda la Prelatura. Yo mismo enterré aquí, con mis manos, peones, víctimas del latifundio, sin nombre y sin ataúd. Devolviéndolos a la tierra, devolviéndolos a Dios, para quien nadie es anónimo. El Araguaia ha pasado a ser en el Brasil como un símbolo de lucha campesina y de martirio del pueblo y de la Iglesia. "Nuestras vidas son los ríos", ya sabes... Nuestra vida y nuestra muerte son este Araguaia.

Anoche vine con el pueblo cristiano en procesión hasta este río, con candelas encendidas, entre rezos y cantos. Iluminamos esta orilla del Araguaia (aún no había salido la luna) mientras el pueblo cantaba "Araguaia, meu Araguaia" y mientras el obispo Pedro invocaba la gran bendición. Entre las luces, bajo el misterio del canto y de la bendición, una canoa se adentró en el río y sacó en un gran pote, o cántaro o ánfora de barro karajá, el agua para los bautismos. Una mujer del pueblo subió el ánfora del agua hasta el centro de la asamblea, ante el obispo, que concluyó así la bendición:

"Derramaos, Señor Espíritu Santo, sobre este nuestro Araguaia / y protegéd a los indios, a los sertanejos y a cuantos habitan en sus orillas; / y multiplicad los peces, los pájaros y las plantas que enriquecen las aguas, las márgenes y el cielo de este río; / y sustentad el cuerpo y el espíritu de los que buscan en el Araguaia el pescado y el amor de cada día. / Y acompañad a los que viajan por estas aguas y fortaleced los brazos y la esperanza de las mujeres valientes que ganan el sustento de sus hijos lavando ropa en este caudal bajo el rigor del sol y de la pobreza. / Y purificad la alegría de aquellos que en estas playas buscan recreo y paz. / Y llevadnos a todos, vencidas las tempestades de la vida, al puerto seguro de la Gloria."

La mujer del pueblo llevó sobre su cabeza el ánfora de agua, delante de la procesión, hasta la catedral. El agua, la vida de este río -de este sufrido pueblo-, la memoria de tantas vidas muertas, se hará agua bautismal en el Espíritu: agua que rememora la muerte de Jesús y da su vida resucitada. Agua que cambia la muerte en vida. Memoria y cambio:

- "Memoria subversiva": ¿qué significan para ti estas dos palabras?

-La Iglesia de Jesús es la comunidad convocada en torno al gran memorial: "Haced esto en memoria de mí"; celebrad, vivid, realizad en el mundo la Pascua. Para los primeros discípulos, cada celebración era la "memoria subversiva" de aquel Jesús que vino a hacerlo todo nuevo, que anunciaba un Reino diferente del todo.

El recuerdo de los muertos matados, o por la miseria o por el latifundio o por la represión, es siempre una memoria que nos subvierte: nos desinstala, nos compromete, nos lanza. Ser cristiano es proclamar de palabra y con la vida el memorial de la muerte de todo lo viejo, la llegada de la vida nueva. Mantener viva también la memoria subversiva de los que supieron dar la vida, como Jesús, por el Reino. Es recoger sangre de familia. Es cuidar la semilla del Reino.

Viene a mi imaginación el maíz dorado que corona las fotografías de los mártires sobre la cama de Pedro. Veo los infinitos granos dorados de la arena de esta playa que emerge del Araguaia...

Dos canoas surcan el río mansamente. Silenciosas.

-Son indios karaJá.

Uno rema, otro mira a lo profundo con la flecha y el arco entre las manos. Tienen el rostro pintado de círculos y líneas negras.

Allá, la lancha comercial cruza el río estrepitosamente, transportando pasajeros, y el vaivén que levanta en las aguas mueve una enorme raya muerta que flota en la orilla.

En la arena hay una pluma grande, blanca y rosada. Multitud de pájaros y aves hacen del Araguaia su reino, su paraíso.

-Llévatela...

-Será también memoria. Me traerá al misterio de estas aguas y al vuelo de la Pascua de tu pueblo. Tu "Pueblo de Dios en el sertão", en el desierto: ya liberado y sufriendo aún esclavitud, pobreza de injusticias, expolio, muerte. Este pueblo hermano de los pueblos de todo el continente, del universo entero, que claman liberación y la reclaman y exigen a sus Pastores mantener vivo el memorial de su Dios Libertador.

1

Los indios crucificados: un caso de martirio anónimo colectivo

¿Es el martirio una confesión-testimonio-hasta-la-muerte de la fe cristiana o de la fe en el Reino? Esta sería una primera pregunta previa.

Y previamente se deberían hacer cuatro consideraciones: 1) el testimonio del martirio es un testimonio violento, incluso cuando se presta generosamente por esa fe. 2) Ese testimonio tiene valor en la medida en que se da como tal y en la medida en que como tal es reconocido. Hay que tener sensibilidad para el martirio que sucede delante de nosotros. La Iglesia pierde a veces la sensibilidad frente a ciertos martirios. 3) Los pueblos están cada vez más de acuerdo en canonizar no tanto a los mártires de una fe, quizá privatizada, cuanto a las víctimas públicas de todo imperialismo y de toda represión. 4) La Iglesia Católica aceptó en su martirologio, no siempre históricamente crítico, el martirio de colectividades más o menos anónimas. Existen martirios colectivos, existen pueblos mártires.

I

En la introducción a la "Missa da Terra sem Males", editada por CEDÍ (Río de Janeiro 1980), escribí: "Los cristianos estamos habituados a reconocer y a celebrar a los mártires que otros nos hacen. Ignoramos tranquilamente a los mártires que nosotros hacemos".

Aquí, en el Brasil, 1978 fue el "Año de los mártires" de la Causa Indígena. Se celebraban los 350 años de los tres mártires de Río Grande del Sur: Roque González, Alfonso Rodrigues y Juan Castilhos. El CIMI (Consejo Indigenista Misionero) creyó que era de justicia no celebrar solamente la muerte de los tres misioneros jesuitas, porque los muertos eran muchos más. Había que celebrar también la muerte de los millares de indios, sacrificados por los imperios cristianos de España y Portugal.

Unos y otros (misioneros e indios), mártires de la causa indígena; mártires, creo yo, del Reino. Y la cruz (amada, utilizada o impuesta), en medio de todos ellos. Unos muertos por amor a Cristo. Otros "en nombre" de Cristo y del Emperador...

La destrucción de pueblos indígenas -de pueblos enteros- en todo el continente americano coincide, año tras año, con la llegada, presencia y actuación de los colonizadores europeos y de los sucesivos imperios que van dominando la patria amerindia. Desde los primeros trueques, pasando por el comercio extraente, hasta el latifundio, las hidroeléctricas o los proyectos multinacionales de minería, las relaciones del blanco occidental, cristiano y civilizador, con el indio, salvaje y conquistado fueron siempre de violación, robo y exterminio.

Los invasores dividieron arbitrariamente las tierras de América, sin ninguna consideración al derecho sagrado de los verdaderos hijos-señores de esas tierras. Y redujeron los múltiples y diversificados pueblos aborígenes, con cultura e historia propias, al anonimato colectivo de "indios"...

"Nuestro sufrimiento comenzó con el primer navío que llegó al Brasil", declaraba Sempre, indio xerente (Semana del Indio 82 - CNBB/CIMI, p. 19). "El Brasil no fue descubierto, fue robado", aclaraba Marçal, indio guaraní al Papa Juan Pablo II, en el memorable encuentro de Manaus, en julio de 1980.

América, como continente indígena, ha sido secularmente proscrita y crucificada por los portadores de la cruz. La masacre ha sido permanente y continental.

Hoy persiste esa destrucción de los pueblos indígenas en versiones más o menos "civilizadas", incluso en países latinoamericanos donde la población es mayoritariamente indígena. Cito como ejemplo la actualísima tragedia que el mundo occidental cristiano consigue presenciar sin mayores remordimientos o con connivencias mayores. Así lo denunciaba el CIMI, el 5 de julio pasado, tras escuchar el relato del Secretario General de la entidad, padre Pablo Suess que acababa de

visitar Guatemala: "los pueblos indígenas de Guatemala que representa el 60 por ciento de la población del país, están siendo víctimas de matanzas sistemáticas. Se trata de asesinatos y destrucciones diarias no sólo de individuos, sino de aldeas enteras. Es el método de 'tierra arrasada', experimentado en Vietnam".

El CIMI afirma en su documento que las masacres "corren a cargo del ejército, asesorado por técnicos israelitas, o de grupos paramilitares. Se llega incluso a armar a unos indios contra otros en el mismo ejército y en las patrullas de vigilancia... El material bélico procede, en su casi totalidad, de Israel, subagencia táctica de la geopolítica norteamericana".

Para el CIMI, la situación actual en Guatemala es "la erupción más grave de una crisis crónica global existente en las dos Américas, donde los pueblos indígenas han sido objeto de intereses ajenos, que los expulsaban y asesinaban. Ahora se parte para la solución final, el genocidio continental de los pueblos indígenas".

El CIMI, en este documento, acusa también nominalmente a algunos dirigentes guatemaltecos, entre ellos al actual presidente Efraim Ríos Montt (que se considera "enviado de Dios"), el cual, "en 1973 capitaneó la matanza de los indios de Sansirisay, y al ministro Ricardo Méndez Ruiz, que dirigió la más violenta matanza contra los indios, especialmente Quicho y Poqcomá, de todo el país".

Al señalar las causas comunes y apuntar al común desastre colectivo, la Conferencia Internacional de organismos no gubernamentales de las Naciones Unidas sobre la discriminación de los pueblos indígenas de las Américas, en su resolución final, el 23 de septiembre de 1977, denunciaba: "Los representantes de los pueblos indígenas han revelado a la comunidad internacional cómo se realizan la discriminación, el genocidio y el etnocidio. Aunque la situación pueda variar de un país a otro, las raíces son comunes a todos: incluyen la colonización brutal que abre camino al saqueo de sus tierras y de sus recursos naturales, dado que los intereses comerciales buscaban mayores beneficios; el asesinato de millones de nativos durante siglos y la continua apropiación de sus tierras, que lo privan de la posibilidad de desarrollar sus propios recursos y medios de vida; la negación de la autodeterminación a los pueblos y naciones indígenas, destruyendo su sistema tradicional de valores y su estructura social y cultural. La situación actual demuestra evidentemente que esta opresión continúa, y su resultado se manifiesta en la destrucción de las naciones indígenas". (*Em defesa dos Povos Indígenas*, Documentos y legislación, San Pablo 1980, p. 78).

II

Citaré algunos datos de la tragedia indígena en Brasil que vivo más de cerca. Recuerdo, antes, que la literatura brasileña clasificó al indio de "Y-Juca-Pirama", aquel que debe morir.

Se calcula que eran unos 5 millones los indígenas que poblaban esta tierra de Pau-Brasil, cuando Pedro Alvares Cabral la "descubrió" para la codicia del occidente civilizador. Hoy quedan en el Brasil, católico y civilizado, 220 mil indios aproximadamente. Son los "supervivientes de la gran tribulación" (Ap 7, 14), el "resto" que consiguió escapar de la voracidad del "ídolo invasor" (Dan 9, 27). Según el antropólogo Malatti, entre 1900 y 1957 desaparecieron en Brasil 87 grupos tribales. Los indios Karajá, que habitan casi exclusivamente dentro del área de nuestra Prelatura de São Félix do Araguaia, eran 10 mil a principios de siglo; hoy han quedado reducidos a menos de 1.500.

"Mão branca contra o Povo Cinza" es un folleto de Vincent Carelli y Milton Severiano, editado por Brasil Debates (San Pablo 1980) como un grito de alerta a la opinión pública internacional sobre la dramática situación de los indios Nambiquara, amenazados por una carretera que financia el Banco Mundial y cercados por el latifundio pecuario. En la contraportada del folleto se pide que nos pongamos en el lugar de esos indios a punto de ser exterminados: "Un día, la ciudad donde usted vive desde tiempo inmemorial, es invadida por seres 'civilizados'. Con la ayuda de armas poderosas que usted jamás ha visto ni soñado, expulsan a su pueblo. Quien resiste, muere; quien no resiste, irá muriendo poco a poco de enfermedades desconocidas, de hambre o de tristeza... Le dirán que su música es bárbara y bárbara la existencia feliz que usted lleva hace milenios. Usted, que trabajaba para sí, trabajará para ellos y ellos insultarán como vagabundos a los que no se integren. De improviso le impondrán conceptos 'revolucionarios': morales, económicos, domésticos, etc. Se mofarán de sus creencias, juzgarán como basura todo aquello que hace de usted un hombre digno de este 'jardín de Tupa' (Dios en idioma indígena). Llamarán a todo eso con los nombres bonitos de progreso, interés nacional, proceso civilizador. Bautizarán calles y plazas públicas con el nombre del pueblo extinguido, como un homenaje... Los Nambiquara que eran 20 mil al comenzar el siglo, han quedado reducidos a 650".

Los representantes de varios pueblos indígenas del Brasil, reunidos en las ruinas de San Miguel de Río Grande del Sur, con ocasión del Día del Indio, el 19 de abril de 1977, declaraban: "Lo primero que queremos decir es que el día 22 de abril de 1500, cuando Pedro Alvares Cabral pisó estas tierras por primera vez, fue el comienzo de la expansión de la civilización occidental y el comienzo del fin de las sociedades indígenas".

"Con el paso de los años -constatan- se intensificó nuestra destrucción, acarreada por la civilización occidental. Esta utilizó los más variados instrumentos de degradación, que fueron la masacre de los grupos indígenas. Ayudan a este método

las enfermedades traídas por el blanco y hasta entonces desconocidas por nosotros, la expoliación de nuestras tierras, la aplicación de métodos de educación colonialista-etnocéntrica que no respetó nuestra estructura política-económica-religiosa..."

III

Bastan estas muestras para recordar la dimensión de la tragedia humana -biológica, cultural y espiritualmente- a que fue reducido todo el continente amerindio por el sistema civilizador occidental, tejido de dominio y de explotación, de etnocentrismo y racismo, de colonialismo económico y de proselitismo religioso.

Hace tiempo -desde que entré en contacto habitual con las poblaciones indígenas- que siento la desaparición de pueblos enteros como un absurdo misterio de iniquidad histórica que me reduce a la más abatida fe. "Señor, ¿por qué los has abandonado?" ¿Cómo puede el Padre de la vida, el Espíritu creador de toda cultura, permitir esos aniquilamientos plurales...?

Para nosotros, los cristianos, para las Iglesias en cuanto Iglesias, esa tragedia indígena es una acusación histórica nunca suficientemente valorada. Debería ser un remordimiento asumido, una convulsión profética y eficaz. Porque hemos sido más perseguidores que perseguidos.

La generosidad hasta el martirio de muchos misioneros en las Américas; las obras de beneficencia y educación de las Misiones; los gestos proféticos aislados de unos cuantos Las Casas en tiempos pasados y el tardío clamor que algunas Iglesias, también aisladas, alzan hoy contra ese exterminio continental, no eximen a la Iglesia -a las Iglesias- de una culpa histórica de omisión y connivencia, que solamente tiene igual con otra culpa histórica, quizás mayor de las mismas Iglesias respecto a la esclavitud y el desprecio de los pueblos negros.

Me asombra ver que Roma manda cartas de desaprobación por la "Missa da Terra sem Males" (celebración indigenista) y por la "Missa dos Quilombos" (celebración negra), con el pretexto de que la eucaristía no puede utilizarse para reivindicar los derechos de un pueblo... (¡Cuántas eucaristías no hemos celebrado sacerdotes, obispos y Papas para conmemorar una dudosa efemérides cívica o militar o para agradecer el donativo, sacrilego tal vez, de un príncipe, una empresa o una dama!). Como si la eucaristía no fuese siempre la celebración pascual de una liberación y la "memoria peligrosa" de una muerte ejecutada por los "poderes de este mundo".

La Iglesia solamente será anuncio del Reino en la medida en que sea denuncia del anti-Reino. Y solamente podrá ser testimonio del perdón y de la Gracia en la medida en que ella misma sea penitente y gratuita. "El anuncio de la Buena Nueva se hace siempre en un contexto de la mala noticia del robo y de la invasión de las tierras indígenas, de la extinción de sus culturas, de las prácticas paternalistas y opresoras. El anuncio de la Buena Noticia no puede hacerse separado de la denuncia del genocidio y etnocidio. Pero al anuncio y denuncia deben preceder la renuncia y la conversión de toda la Iglesia misionera" (Em defesa..., p. 12).

Evangelizar ha sido demasiadas veces equivalente de civilizar, occidentalizar, integrar.

Algunos grandes misioneros de las Américas, de Asia o de África, a los que la Iglesia marginó bajo sospecha, sólo pecaron de una mayor sensibilidad evangelizadora. Ellos se negaron a transmitir cultura en la evangelización. Se encarnaron despojadamente como el Jesús de la Carta a los Filipenses. No se prestaron a martirizar los pueblos a que eran enviados.

Porque el Evangelio nunca puede ser la sustitución de una cultura por otra, sino la fuerza transformadora de cualquier cultura, el alma de un pueblo, colectivo hecho dinámico, capaz de la gratuita sublimación escatológica.

La misionología debería revisar, en su historia, los análisis que se han hecho, demasiado etnocéntricamente, de las reacciones de los pueblos llamados "paganos".

Para descubrir los verdaderos motivos por los que esos pueblos martirizados reaccionaron frente a los extranjeros que invadían sus tierras y su alma, su lengua y sus mitos. En nombre del Dios "verdadero" se mató y se mata a un supuesto Dios "falso", asesinando las almas y también los cuerpos de sus adoradores, aniquilando culturas y pueblos enteros. ¡Nosotros tenemos que cargar tanto con la gloria como con la culpa del martirio!

El jefe indígena Seattle replicaba en 1854 al presidente, blanco y cristiano, de los Estados Unidos, con aquellas palabras de profeta ya antológicas: "...tampoco el hombre blanco, cuyo Dios camina y habla con él de amigo para amigo puede quedar exento del destino común. Es posible que seamos hermanos, a pesar de todo. Veremos. De una cosa estamos ciertos, y el hombre blanco podrá venir a descubrirla un día: nuestro Dios es el mismo Dios. Vosotros podéis pensar que lo poseéis, como deseáis poseer nuestra tierra; pero esto no es posible. El es el Dios del hombre y su compasión es igual para el hombre piel roja que para el hombre blanco..."

El cacique guaraní Potirava, en 1628 aconsejaba enfrentarse al jesuita misionero Roque González porque lo consideraba como la gran amenaza contra "nuestro ser antiguo" y contra "las costumbres de nuestros padres"; porque el misionero pretendía introducir "deidades desconocidas" -"el Dios de los españoles"-, los "vanos ritos cristianos" en lugar de "nuestras verdaderas deidades", una "mentira extranjera" en vez de la "verdad de nuestros padres". Y en nuestros días Mairaué, indio Kayabi, se lamentaba con dolorido acento religioso, en una reunión de jefes indígenas: "desde la llegada del blanco, toda

nuestra vida quedó amenazada. Nuestros lugares santos están profanados. Antes podíamos celebrar nuestras fiestas y pintarnos, echar carreras, cantar y luchar en hukahuka. Con el blanco, todo eso quedó amenazado" (Semana..., p. 19).

IV

La Iglesia de las Américas y la Iglesia de Europa deberían volver la mirada, con espíritu nuevo de encarnación y de escucha, al exterminio-martirio y al grito-mensaje de esos pueblos crucificados. De esa Galilea de los gentiles llega una luz libertadora.

La Amerindia cuenta aún con más de 40 millones de supervivientes, con identidad propia, profundamente religiosos, adoradores habituales del Dios de la naturaleza y de la vida, comunitarios, pletóricos también del Verbo. "Resto" de un gran pueblo mártir, que nadie puede ya contar porque ya no existe en su grandeza, pero que, paradójicamente, posee la fuerza evangelizadora de un martirio secular y colectivo.

Ese martirio, fruto de nuestras manos, y esa identidad alternativa fecunda a nuestra sociedad caduca, nos provocan a la conversión. "Su condición de abandonados y marginados, privados de todo poder, nos hace comprender claramente que esas minorías han de ser, por la fuerza del Espíritu, una fuente de renovación para todo el Pueblo de Dios y para la sociedad humana en general"» (Em defesa..., p. 68).

2

Camilo Torres es una causa

Quien me pidió este prólogo, hacía oportunamente una salvedad: "siempre que eso no le comprometa...".

Yo pienso que este prólogo me compromete, sí. Como todo el libro compromete a sus lectores. Como nos compromete a todos Camilo Torres, su vida, su muerte.

Contra lo que pretendía la prensa reaccionaria de Colombia, que respiraba a fondo sobre el "ex-cura bandolero" muerto, el sacerdote guerrillero Camilo Torres no es un pasado bajo una tierra anónima sin flores, "un modesto capítulo de historia!" ya cerrado.

Un artista gallego advertía, en la guerra de España: "el fascismo no entierra cadáveres sino semilla". Mucho antes, Jesús enseñaba que el grano de trigo que muere generosamente produce mucho fruto.

Camilo Torres es una causa. La causa de América Latina.

Así lo veía, reciente aún el fecundo fracaso del luchador, un gran amigo suyo, Aníbal Pinedo, especificando en dimensión agraria la significación latinoamericana de Camilo; "víctima de su razón, víctima de América Latina, soñó con la tierra repartida, llena de flores y de niños sonrientes. Fue una víctima de la reforma agraria, el problema capital de nuestro convulsionado continente". "Símbolo antes que mito", lo definía su biógrafo Germán Guzmán Campos: "garantía de la autenticidad que América reclama, sin foraneísmos ni mistificaciones. Porque la revolución de este continente o es de América o es nada". (*El padre Camilo Torres*, Siglo XXI, Editores, S. A., 7.^a edición, 1975, pp. 302-308).

No se trata de justificar sus yerros políticos, de visión o de táctica. Muchos, incluso no enemigos, lo tacharon de ingenuo y de precipitado. (Todos los epitafios acostumbran a ser demasiado breves).

Tampoco sería fácil dilucidar el acierto o desacierto de cada una de sus actitudes frente a la jerarquía eclesiástica, en un tiempo, ya vencido, en que la jerarquía siempre tenía razón. Ciertamente, el procedimiento canónico usado con Camilo Torres no fue modelo de diálogo eclesial.

Apasionadamente, mucho se ha escrito sobre Camilo. Siento, sin embargo, que aún no ha sido estudiada serenamente su figura, como patriota colombiano, como sacerdote, como sociólogo, como militante, dentro del real contexto político y eclesiástico que la produjo.

Porque, en todo caso, Camilo Torres sucedió en el país y en la Iglesia de Colombia. Alguien dijo que sólo en Colombia podía suceder. Por la compacta e inmovilista tradición católica de aquella nación; por la sumisa dependencia que esa tradición ha venido imponiendo sobre las clases desposeídas; por el rotativo juego de poderes, siempre oligárquicos, de las manos de los liberales para las manos de los conservadores; por la consustanciada apariencia de democracia en que vive la Colombia nación, justificando la situación de penuria en que malvive el pueblo colombiano,

Un columnista del diario liberal "El Espectador" afirmaba, el 21 de febrero de 1966, que "el joven revolucionario murió de exceso de idealismo" y explicitaba, con desahogo familiar: "sus propósitos eran tan sanos que ni siquiera percibió que estaba actuando en el país más conservador del mundo..." (o. c., p. 296).

La pureza de ese idealismo le venía de lejos a Camilo. "Ya de pequeño manifiesta su solidaridad con los explotados", testifica su madre. "Ese inmenso amor por los humildes le llevó a considerar que solamente con la toma del poder por la clase popular cambiaría eficazmente la situación".

Esa pureza de ideal, mejor que de idealismo, tal vez sea el aspecto más difícil de negar en Camilo Torres, siempre que haya un mínimo de exención en los ojos que contemplan sus gestos y su estatura.

"Equivocado o no -escribía Carlos Pérez Herrera, en aquella época secretario de prensa de la Curia archidiocesana de Panamá-, el padre Torres prefirió que lo llamasen 'comunista' a guardar un silencio cómplice delante de la falta de sensibilidad social de una sociedad que es refractaria al mensaje de justicia y de amor del cristianismo. Equivocado o no, el padre Torres abrió una trocha por la cual han de caminar muchos idealistas que buscan la justicia como quien busca un tesoro escondido por las inhóspitas regiones de América" (o. c., p. 287).

El comentarista Lucio Duzán afirmaba categóricamente: "todos sabemos que este hombre ardiente, desbordado, vehementemente, era un hombre puro" (o. c., p. 299).

Y nuestro siempre lúcido y coherente Tristão de Athayde, aun discordando del recurso a la violencia armada, ya en 1966 canonizaba a Camilo Torres, "sacerdote para siempre", como "una flor excelsa del catolicismo colombiano", como "un mártir de la nueva cristiandad". En oposición a los carlistas de España, a los miguehistas de Portugal e incluso a los cristeros de México, que también "perdieron la paciencia y empuñaron el fusil", ellos para defender "el retorno al pasado", "hoy los Camilo Torres hacen lo mismo, invocando también a Cristo, pero en nombre del futuro...". Y "Cristo -subrayaba Tristão de Ataíde- no es del pasado, sino del futuro" (o. c., pp. 303-304).

Muchos -y yo con ellos- no tendrán escrúpulo en calificar a Camilo Torres como un mártir latinoamericano y como un profeta de nuestra Iglesia. Amó hasta el fin. Dio la prueba mayor, dando la vida.

Camilo Torres fue un precursor dramáticamente aislado en la frontera de la Iglesia con el mundo. Reconozcamos que 15 años atrás era difícil entender, muy difícil aceptar su comportamiento.

Después de Camilo, ha corrido mucha agua entre los Andes y el mar, mucha sangre mártir y guerrillera, ha corrido mucho viento del Espíritu sobre la carne dilacerada de América. Medellín ha sido después de Camilo. (¡Medellín, "la blanca" contradictoria Medellín!). Y después ha sido Chile, aunque truncado. Y Nicaragua victoriosa. Y ahora El Salvador de san Romero.

Hombre de contrastes violentos y violentadores, Camilo Torres sólo podía provocar entusiasmo o ira o prevención. De extracción social burguesa, sacerdote privilegiado por sus superiores, catedrático universitario formado en los emporios de la sabiduría extranjera, funcionario público, creativo y solicitado periodista, orador de masas ("tribuno", como gustaban decir en la retórica Colombia), Camilo traiciona abiertamente su clase, deja la sotana y se pasa con bagaje y... con armas al lado del pueblo de los suburbios y fábricas y las veredas campesinas, al lado de las fuerzas "ambiguas" de la revolución. Muere en la montaña, como un excomulgado, bajo las balas del orden "legítimamente establecido".

La soledad -la celiaca amada- que ciertamente lo acompañó muchas veces, en vida, y sobre todo en los últimos meses de su aventura generosa, lo sigue acompañando también ya muerto, en amplios sectores de la Iglesia y en los círculos malpensantes y bien-vivientes de la sociedad conservadora y liberal de Colombia y del mundo. En el Brasil, Camilo Torres todavía hoy es un ilustre desconocido, nombre apenas de la canción de Viglietti para los enamorados de la revolución. Llevo 12 años de Brasil y en estos 12 años casi nunca, fuera de la canción, he oído el nombre y el significado histórico y eclesial de Camilo Torres.

Este libro de Global Editora -el pensamiento de Camilo, su trayectoria humana, su compromiso evangélico- llenará, entre nosotros, un espacio vergonzosamente vacío. Con perdón de las oligarquías conservadoras o liberales, con perdón de los hermanos más comportados.

Los textos presentados en este libro -una treintena de documentos seleccionados conscientemente: cartas, discursos, charlas, mensajes- ayudarán a seguir el proceso vital de Camilo y a vencer el posible equívoco de imaginar al sacerdote guerrillero como un momento abrupto.

El guerrillero Camilo Torres fue previamente un sociólogo y un pastor. Antes de enrolarse en la guerrilla, estudió, oró, consultó, evaluó, probó mil recursos de opinión pública, de movilización, de organización popular, colaborando incluso en programas oficiales de educación, de cooperativismo y de reforma agraria.

La guerrilla y la muerte fueron el desenlace lógico de un caminar, con ilusiones y yerros posiblemente, pero, a mi modo de ver, heroicamente honesto.

Según Germán Guzmán Campos hay cuatro elementos o pasos que pueden considerarse "como determinantes, porque dan la clave de la parábola humana de Camilo Torres y posibilitan inmensamente una interpretación integral:

1. Concibe la existencia como amor y busca en el cristianismo y en el sacerdocio la mejor manera de realizarse en el servicio del hombre.
2. Conoce la problemática colombiana con base en sus estudios (cualificación científica) y mediante el contacto con las realidades socioeconómicas (aplicación de métodos objetivos).
3. Como cristiano, como sacerdote y como científico, concluye que la solución para esa problemática es la toma del poder por el pueblo, mediante la revolución.
4. Juzga que la única salida eficaz para hacer la revolución es la lucha armada" (o. c., pp. 8-9).

Sociólogo colombiano y hombre de Iglesia, Camilo hizo un amplio y severo diagnóstico de la sociedad y de la Iglesia de Colombia. De la jerarquía, del clero colombiano, ajenos, según él, a las exigencias de la justicia social. (Lo cual le mereció amarga réplica, venganza póstuma, del más conceptuado clero de la Colombia catolicísima.) De las "25 familias millonarias", la oligarquía colombiana, que ya se transformó en vértebra y novela del país, y que nunca podría perdonar la traición de clase de un Restrepo, hijo de la burguesía bogotana.

No soy especialista en sociología, menos aún en historia colombiana -historia que aprendí a conocer y a amar, siendo aún niño-, pero considero indispensables los estudios sociológicos de Camilo Torres para entender colombianamente esa época social -fin de carrera, si Dios y el pueblo ayudan- de la historia oligárquica de ese país hermano.

Del diagnóstico, seriamente fundado en estudios, en contactos con la realidad, en perseverante trabajo de organización popular, surgió la decisión de Camilo. Había que romper, "abandonar nuestro sistema de vida burguesa", estar "con los pobres y como pobres", "confiar en los valores del pueblo". Hacer la revolución, Porque "todo reformismo tibio será sobrepasado" y "solamente mediante la revolución se puede realizar el amor al prójimo"...

Su fe se tornó urgencia práctica. Su cristianismo se hizo tarea histórica. Como cristiano, Camilo era un humanista integral, sin dicotomías, un humanista de la persona y de la sociedad. El Hombre se hizo en él pasión, la pasión de su vida. Como entendía que lo había sido en la vida del propio Cristo Jesús "sin el hombre, Cristo sería un redentor inútil". Camilo

quería, quiso, "realizar en toda su extensión las aplicaciones, psicológicas, sociológicas e históricas de la encarnación de Dios con todas sus consecuencias".

Para él, siempre sacerdote, el sacerdote ha de ser "un profesional del amor, a tiempo integral". "Descubrí el cristianismo como una vida centrada totalmente en el amor al prójimo; percibí que valía la pena comprometerse en este amor, en esta vida, y por eso escogí el sacerdocio para convertirme en un servidor de la humanidad". Si proclamaba que "solamente mediante la revolución era posible realizar ese amor al prójimo", es porque él exigía -generoso, impaciente- que ese amor fuese "eficaz". "El problema para el cristianismo se presenta en términos de caridad eficaz, o sea, en términos de aquello que constituye la primera prioridad del apostolado en el mundo moderno y de los países subdesarrollados". "... comprendí que en Colombia no se podía realizar este amor simplemente por la beneficencia sino que urgía una revolución con la cual este amor estaba íntimamente vinculado". "La revolución, repetía Camilo, es un imperativo cristiano".

Los lectores, como ya he dicho, necesariamente se comprometerán leyendo este libro. Los dejo, libres, frente a estas páginas, palabra y vida de un testigo excepcional de América. Los dejo frente a su propia conciencia.

Los estudiantes, que Camilo conocía de cerca, con quienes convivió en dialéctica amistad, y todos los impacientes, nuevos o viejos, siempre un poco estudiantes a la hora precisa de actuar, podríamos recoger el consejo que el joven maestro diera solemnemente, en el recinto de la Universidad Nacional de Bogotá: "La revolución no se hace tirando piedras a la policía o quemando un carro"... "Es necesario que la convicción revolucionaria del estudiante lo lleve a un compromiso real, hasta las últimas consecuencias". Y añadía con espíritu de ascética revolucionaria: "la pobreza y la persecución no se han de buscar. Pero, en el actual sistema, son las resultantes lógicas de una lucha sin cuartel contra las estructuras vigentes. En el actual sistema, son los signos que autentican una vida revolucionaria".

Todos los que pretenden ser aliados honestos del pueblo; los grupos, fácilmente divididos entre sí, por ese don peculiar de las izquierdas que juegan a dividirse para ser vencidas; y cuantos soñamos con una revolución verdaderamente eficaz, deberíamos desear siempre, con Camilo, ser aceptados como "servidores de las mayorías"; trabajar para que "la clase popular se unifique, se organice y decida", no olvidar nunca que "la revolución se hace a base de hechos y esos hechos el pueblo es quien los realiza".

Incluso los militares menores, los soldados, podrían aprender de Camilo, y con qué benéficas consecuencias para nuestra América drásticamente militarizada, que ellos, paradójicamente, no son más que "campesinos y obreros uniformados", hijos del pueblo a quien dispersan y disparan y prenden o matan...

Los cristianos podemos, debemos recoger de la misa prohibida de Camilo Torres -sacerdote, profeta y mártir- la antigua y nueva lección que el Señor Jesús dejó, en testamento a sus discípulos: amar al prójimo eficazmente, ir, en este amor, hasta el extremo de dar la propia vida.

3

Monseñor Angelelli, un mártir prohibido

Caíste en el camino, desabrochando el Llano,
con los brazos abiertos en asumida cruz.
(Mientras agosto calcinaba el odio, chapado en las
guerreras.

Mientras la Iglesia echaba sus cerrojos prudentes,
negándose a la Muerte y a la Resurrección.
Mientras sobre la Pampa quebraban sus relinchos los
mil potros domados, hijos del viento indómito,
y el gaucho Martín Fierro

lloraba
de vergüenza...

Patria de San Martín, libertadora un día,
triste llama celeste, ¡tu bandera arriada!).

Caíste en el camino, santiguando la marcha. Enrique,
pastor bueno.
Precediendo tu Paso, Chamical destacaba sus diáconos
pascuales,
también sobre el camino.
("Hay que seguir nomás",
por el camino

de Emaús, en la tarde.

Por "la tierra preñada de vida" prohibida.
Con el pueblo que anda, noche adentro, callado,
detrás del alba nueva...).

"Con un oído puesto al Evangelio
y el otro al Pueblo", fiel entre los fieles,
caminabas llanero, en catequesis viva.
Empapadas tus páginas de rocío y sudor y padrenuestros.
Leídas, letra a letra, por los ojos del pueblo acompañado.
"Pelado" como un cerro, claro como un arroyo, libre
como Jesús.

Quemados en el fuego del servicio todos los oropeles.
Pelado como el pueblo de los pobres.
Como el cardón

hirsuto de silencio y escucha,
rebelde de esperanza
sin otras concesiones
que la raíz primera
y los desnudos brazos:
¡fibra y vigía de la Patria Grande!

"Sólo se es poeta cuando se muere"
(el ave
deshoja en el ocaso toda su antología).
Sólo se es profeta cuando se muere, hermano.

La "chaya" que te canta
 -"trenzado" de las voces de tu pueblo-
 no callará jamás tu profecía, Enrique.
 Los cerros de Anillaco y de Calmayo
 repetirán tu confinado nombre
 a toque de campanas, entre el viento y la estrella.
 Cada niño que nazca en La Rioja
 sentirá, con el agua del bautismo,
 el tacto luminoso de tu sangre apostólica.
 Tu cruz, la cruz de Cristo, la piedra consagrada de tu
 pueblo,
 no cederá a las bombas sacrílegas del odio.
 Las ruedas que cortaron tus pies agonizantes
 levantaban tu vuelo, para siempre,
 sobre el llano del corazón de América...
 Tú vives, nos precedes, tu sangre nos convoca.
 La Rioja, argentina, la Patria Grande entera
 necesitan sentirte presente en la calzada.
 Queremos rescatar, con tu memoria, Enrique,
 la memoria de Pascua, camuflada de ritos reticentes.
 Queremos desnudar, a pleno testimonio, al aire del
 Domingo,
 la tumba que sellaron el Templo y el Pretorio.
 Queremos que la Iglesia del miedo recupere la voz y
 la andadura
 -vestida con la estola de tu sangre, vestida
 con los ríos de sangre y de sollozos
 y ausencias
 de tantos hijos suyos...-.
 Para "desenterrarle la luz" que esconde, omisa.

Que "los del Puerto" nunca más ahoguen
 la voz de la Quebrada, verdad de tierra adentro.
 Que no se diga más que "en Buenos Aires
 (casi) todo es mentira".
 Que no se niegue a ser latinoamericano Buenos Aires:
 hijo que debe ser de tierra adentro, ese lobo de mar
 cosmopolita.
 (Los buenos aires, fuertes, de la sierra,
 más que los buenos aires, ambiguos, de la mar...).
 Que las Madres fecundas de la Plaza de Mayo
 -alaridos de América en dolores de parto-
 consigan dar a luz
 el Hombre Nuevo,
 el nuevo Pueblo Libre,
 ¡la gran Patria amerindia, negra, criolla, ella!

Adolfo tallará la paz de la justicia
 con el cincel de su sonrisa larga,
 con todos los cinceles anónimos del pueblo.
 Y haremos, aquel día, el grande Tinkunaco,
 rebosando cantares el corazón de América.
 Toda la Mama Tierra se encontrará con Dios y con el
 hombre
 en el Niño "vestido con la carne del pueblo":
 ¡el único Alcalde que reconoceremos!

¡el único Alcalde que reconoceremos!
¡el único Alcalde que reconoceremos!
(Es bueno que lo sepan
los señores del Norte,
los virreyes de turno,
los lacayos del juego).

Entre tanto, Enrique, pastor de tierras adentro,
testigo interceptado,
"hay que seguir andando nomás", por el camino de
Emaús, en la tarde.
Con el pueblo que anda, noche adentro, obstinado,
detrás del alba nueva;
Presente a nuestros ojos el Desaparecido
(los desaparecidos);
abierta la posada del Encuentro, quizás en la penumbra;
cantando en nuestras bocas el vino de la Sangre,
nutriendo nuestras vidas el pan de la Promesa.
("Hay que seguir nomás" por el reguero de tanta
sangre, Enrique...).

4

Oscar Arnulfo Romero

El ángel del Señor anunció en la víspera...

El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.

Tú ofrecías el pan,
El Cuerpo vivo
-el triturado cuerpo de tu pueblo;
su derramada Sangre victoriosa-
la sangre campesina de tu pueblo en masacre
¡que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu pueblo.

Y se hizo vida nueva
¡en nuestra vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
¡San Romero de América, Pastor y Mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la Esperanza incólume de
todo el Continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.

Pobre pastor glorioso,
asesinado a sueldo,
a dólar,
a divisa.
Como Jesús, por orden del Imperio.
¡Pobre pastor glorioso,
abandonado
por tus propios hermanos de Báculo y de Mesa...!
(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a
Cristo),

Tu pobrería sí te acompañaba,
en desespero fiel,
pasto y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.
El pueblo te hizo Santo.
La hora de tu pueblo te consagró en el kairós.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

